

SOPHIA LYNN, ELLA BROOKE

*La Amante
Contratada*
DEL JEQUE

Tabla de Contenido

La Amante Contratada del Jeque

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

OTRA HISTORIA QUE DISFRUTARÁ

El Secreto del Príncipe

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

La Amante Contratada del Jeque

Por Sophia Lynn & Ella Brooke

Todos los Derechos Reservados. Copyright 2015-2016 Sophia Lynn.

[¡HAGA CLIC AQUÍ](#)

**para suscribirse a nuestro boletín y conseguir actualizaciones
exclusivas sobre todas las ofertas, avances secretos y nuevos
lanzamientos!**

Capítulo Uno

Los ojos de Laine se redujeron a líneas delgadas y se fijaron sobre el trabajador temporal.

Sus ojos se abrieron como platos. El reloj hizo tictac. Podía haber pasado una planta rodadora del desierto.

Puso su bloc de notas en el escritorio de Laine y contestó el teléfono. —Brandt Interiors — medio cantó —Jacob al teléfono. ¿Cómo puedo ayudarle?

Laine sonrió victoriosa y miró hacia atrás a la pantalla de su ordenador. Tenía mucho trabajo que completar en esta cuenta antes de irse a casa. Convencer a los Madison de que necesitaban rehacer su apartamento igual que *todos* sus baños, y que ella era la única decoradora en el estado (y sobre todo la única en Brandt Interiors) que debían incluso tener en cuenta había retrasado su planificación unos días, pero valdría la pena. La comisión en esta cuenta iba a ser astronómica. El señor Brandt tenía la tendencia de no hacer caso a su trabajo o dar los trabajos a los empleados más mayores (y masculinos), pero en cuanto viera lo que había hecho, convirtiendo una remodelación de un baño en un proyecto completo de una vivienda, tendría que llamar su atención. Un aumento y recibir clientes preferentes no podían tardar.

Jacob intentó darle el teléfono, pero ella le cortó haciendo un signo de negación con un dedo.

—Es tu hermana.

Ella lo miró, tomó aire y volvió a su trabajo.

—Ya te llamaré —dijo Jacob. Parpadeó después de recibir el mensaje y después recuperó su bloc de notas antes de volver a sus ocupaciones.

Si Laine hubiera tenía un segundo para respirar, se habría sentido culpable por no atender a su hermanita Emma. Pero la ya bulliciosa carrera de actriz de Emma había despegado el último año, y rara vez tenía tiempo para Laine y su padre. Sin duda Emma estaba entre tomas o sesiones de fotos o fabulosas comidas con gente hermosa. Tendría que esperar unas horas a que Laine se tomara un descanso.

Laine había sido contratada en Brandt Interiors directamente después de graduarse en Parsons hacía cuatro años. Desde entonces, su vida había sido patronos, muestras y regateos con los proveedores. Era simplemente cómo le gustaba, aparte de tener que buscar reconocimiento entre asociados menos talentosos. Eso no le dejaba demasiado tiempo para esas raras criaturas conocidas como fines de semana y vacaciones. Laine solo sacaba tiempo para ir a visitar a su padre, que vivía solo al norte del estado. Laine lo llamaba casi todos los días. Era casi tan bueno en la creación de lazos sociales como Laine. Emma había intentado jugar a casamentera para él mientras estaba en secundaria, pero no había conseguido nada. Greg McConnell había sido siempre un hombre de una sola mujer.

—¡Hiii-eee! Emma cantó desde la puerta, golpeando sus nudillos hacia arriba y abajo del marco.

Laine casi escupe su café. —¿Em? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No deberías estar en algún plató en algún lugar en Hollywood?

—¡Si respondieras a mis llamadas, sabrías que estamos filmando alguna escena aquí en Nueva York! Emma se colocó detrás de la silla giratoria de Laine y desordenó su cabello cuidadosamente dispuesto. —¡Tómame un descanso! ¿Con qué frecuencia ves a su hermanita?

—Tal vez más a menudo, si vinieras a casa por vacaciones —dijo Laine, girándose hacia su ordenador. —Me alegro de que estés en la ciudad. Acabo de recibir un sofá bastante decente...

Emma se echó a reír. —Oh, no. Me quedo en un hotel, amorcito.

—Laine resopló.

Emma se apoyó en el respaldo de la silla de Laine. —¡Sal conmigo esta noche! Todo el reparto va a ir a esta fiesta increíble. ¡Va a ser una locura!

—¿Qué parte de «locura de fiesta» dice Laine McConnell para ti? Laine acabó de escribir un correo electrónico a un distribuidor. —Yo me debo estrictamente a los negocios. Si tienes alguna función donde puedo tomar vino y cenar con algunos posibles clientes, llámame.

Emma sacudió los hombros de Laine y se apoyó en el borde de su escritorio.

—¡Ten cuidado con esos papeles!

—¡Tienes que empezar a vivir tu vida, Lainey! Emma lanzó sus manos hacia delante. —Hay mucho más ahí fuera que tu trabajo.

—Me gusta el trabajo —argumentó Laine. —No subes si no le echas horas. *A ti te gusta tu trabajo.*

—Soy una actriz. Actúo por dinero. Emma, saltó sobre el escritorio y cruzó sus piernas. —En serio. Ven conmigo. Te presentaré a mis compañeros de reparto atractivos.

—Mmm. Deliciosos hombres bobos. ¿Qué más podría pedir?

Emma bajó bloqueando la pantalla de Laine. —¡Dale una oportunidad a esos bobos! O por lo menos, baila con ellos y disfruta de unos de los mejores aperitivos y champán.

Laine se sentó nuevamente en su silla y miró a su hermosa hermana destellando la sonrisa que la había hecho ganar tanto dinero desde su primer anuncio nacional vendiendo chicles. Emma podía ser exasperante. Cada movimiento tenía una inyección de gracia bien practicada. Laine todavía podía ver a Emma desfilando de niña con los zapatos de tacón de su madre. Laine, por el contrario, no había ni nacido con gracia ni se había sentido obligada a practicarla. Su estilo era el de una mujer de negocios elegante, con tacones altos pero con estilo, de los que rara vez se olvidaba en público. Solo se podía imaginar a ella misma vestida al estilo de Emma entre todas las celebridades en esta fiesta. Se sentiría como una cigüeña desfilando por ahí en un vestido de fulana.

Sin embargo, era muy duro decirle a su hermanita que no.

—¿Qué tengo que hacer para convencerte de que me dejes terminar mi trabajo? —preguntó.

—Prometer dejarme vestirme y llevarte a esta fiesta. Al menos, unas dos horas.

—Una hora. Me metes en tu mundo durante una hora, y entonces tienes que venir a casa conmigo y comer comida tailandesa y beber algo mientras diseño un nuevo patrón de papel de pared en mi portátil.

—Tu vida es un cadáver, Lainey. Emma se echó a reír. Apretó el hombro de Laine. —Te enviaré mi número de habitación.

—No puedo esperar. Laine se centró en su pantalla.

Iba a tener que tener listas esos pedidos en la siguiente hora. Pasó una mano por su cabello.

Emma querría hacer algo ridículo con eso, también. Laine tendría que evitar que le pusiera brillantina o que se lo tiñera. Su pelo era castaño oscuro, como el de su madre, aparte del mechón blanco que crecía desde el nacimiento de su pelo, había estado allí desde que tenía doce. Lo dejaba caer sobre su frente, como siempre. Le ayudaba a cubrir la cicatriz.

Laine murmuraba mientras corregía los códigos de color para las paletas de baño —He dejado de trabajar por ti por esta fiesta, hermana. Preferiría rellenar formularios de compras...

Como Laine esperaba, Emma estaba esperándola en su apartamento con una pared llena de vestidos de noche escotados y una vestidora personal para pintarla y peinarla hasta que estuviera tan molesta que a pesar de sus inclinaciones naturales, le dijera a su hermana que la dejara en paz. Pero al final de todo, allí estaba parada Laine, en todo su esplendor con su metro ochenta con tacones de diez centímetros (había perdido la batalla sobre eso, a pesar de su queja de que a los hombres no les gusta una mujer por encima de ellos), en un vestido suelto azul y púrpura que parecía que alguien lo hubiera tejido de una pila de pañuelos suaves. El dobladillo estaba un poco alto, y el corte resaltaba cada curva de la que ella podía presumir, pero Laine pasó un mal rato quejándose sobre su aspecto. Sin duda nunca había llevado antes nada tan sensual.

—Hicieron este para mi coprotagonista en *Magnifique*. Emma tocó el pelo de Laine con cuidado, para no perjudicar la obra de arte en que se había convertido transformar su recogido diario. Habían dejado mechones alrededor de su cara junto con su mechón de pelo blanco, con todo el efecto suavizando el aspecto habitual de encargada de Laine.

—¿*Magnifique*? Laine se giró para mirar a Emma. —¿Tu coprotagonista no era una drag queen?

Emma sonrió y tomó el brazo de Laine mientras caminaban hacia el edificio donde se celebraba la fiesta.

—Recuerda que es un *Nihayat Alhaya* —dijo Emma.

—¿Un qué?

—Ese es el diseñador de tu vestido. La gente preguntará.

Laine cerró sus ojos. Era poco probable que algún paparazzi tomara alguna foto de ella. No con Emma llamando su atención.

La fiesta tenía lugar tantas plantas arriba que Laine perdió la cuenta de cuántas había pasado el ascensor. Era como si fueran para arriba al mismo cielo. Brevemente, se preguntó si llegaban tarde, ya que no había nadie en el ascensor, aunque Emma parecía despreocupada. Solo sacó su neceser y comprobó su maquillaje. Laine respiró profundamente varias veces y trató de ser paciente. Si solo fuera una situación de negocios. Ella se podría desenvolver allí, en su mejor Ralph Lauren y un bonito pañuelo, amaba los pañuelos y un cuarto lleno de marcas. Laine nunca se iba de un evento sin conseguir por lo menos dos o tres clientes.

—No pienses en todas las personas importantes en esta fiesta —se dijo a sí misma. No pienses en todas las personas que quieren ver las estrellas, no a los decoradores de las estrellas. Llegarás a casa a las diez con comida para llevar y una pinta de helado con algún tipo de aderezo. Caramelo, dulce tal vez.

Emma lanzó a Laine una sonrisa cuando el ascensor paró y se abrió camino en el vestíbulo. La gente estaba parada en grupos dispersos, llevando copas de champán y tomando de vez en cuando algún pequeño bocado de las bandejas que pasaban alrededor de los camareros vestidos de blanco. Laine exploró la multitud y pilló una brocheta de gambas envuelta en bacon mientras el camarero pasaba.

—¿A dónde, al Golden Globe? —preguntó.

Emma tiró de Laine a lo largo del ático, que realmente era más como un hangar de avión que como un apartamento. Solo había algunos muebles dispersos; en cambio los televisores de pantalla plana montados en las paredes reproducían música y representaban figuras amorfas bailando. No había nadie bailando en la fiesta, pero las pantallas reflejaban la idea de movimiento. Parecía un desperdicio para Laine. Sin embargo, suponía que las personas estaban realmente ahí para ser vistas.

Mientras Emma iba de persona en persona, Laine levantaba sus ojos de la gente hacia la estructura de techo abovedado y las obras de arte que colgaban de las paredes. Tomaba notas mentalmente. Evaluó las conversaciones a su alrededor de ella para cambiar el tema hacia el diseño,

o al menos al arte. Ella miró hacia abajo al suelo de madera (madera dura, pero no de una calidad que perduraría mucho a un pesado desgaste). Una persona normal estaría buscando a sus actores y actrices favoritas entre la multitud, pero Laine no pasaba demasiado tiempo pensando en las películas que ponía de fondo mientras trabajaba por la noche. Después de asomarse a los bordes de conversaciones durante lo que le pareció una eternidad, Laine se desvió de su hermana hacia una escultura extraña y alta de plata. No podía decir si se suponía que era alguien volando o algo más atrevido.

Laine se dio la vuelta de repente, al notar a alguien detrás de ella. Sus ojos se encendieron inmediatamente ante una cabeza gruesa, exuberante de pelo negro. El hombre al que pertenecía el pelo se levantó en toda su altura imponente de dos metros, si no más, y sonrió. Una sonrisa rápida, amplia y fácil que se plasmaba en sus mejillas bronceadas bañadas por el sol y aspiraba el aire de los pulmones de Laine e hizo que ella sintiera un hormigueo en su piel.

—Me estás llevando a mi, creo —dijo el hombre.

Capítulo Dos

—Yo, ummm, ¿qué? —Laine se espantó ante el increíblemente apuesto hombre de pie ante ella.

—¿Su vestido? —añadió.

Laine miró hacia abajo y pasó sus manos por sus muslos. —Oh, es un Ni... Niya...

—*Nihayat Alhaya*. Soy el propietario de la empresa. Conozco al artista que creó este. Aunque acortaron el dobladillo un poco. Él levantó una ceja significativamente.

—Bueno, creo que tengo que agradecerle por hacer algo bonito para nosotras las chicas altas.

Hizo un gesto con una mano. —Le queda muy bien. Es como si Niha se lo hubiera hecho a medida.

—Yo... Gracias.

Ahora que ella estaba mirándolo más de cerca, él era un poco una obra de arte por sí mismo. Su mandíbula era amplia y cincelada, y estaba alineada con una fina barba perfectamente recortada. Pero sus ojos fueron lo que la atrajo, De un cálido, verde avellana, que parecían reírse de su asombro, y estaban enmarcados por dos cejas oscuras.

—Perdóname. No me he presentado Soy Aziz bin Mohammad bin Ali al Amirmoez. Hizo una leve reverencia.

—Oh. Laine asintió lentamente. —Yo soy Laine McConnell.

Las cejas de Aziz se levantaron y sus ojos se ensancharon. Él tomó su mano y la besó. —Es un placer. Cuando te he visto aquí con un vestido de Niha, no pude evitar venir a examinar tu belleza.

Laine parpadeó. ¿Hablabas en serio?

—¿Estabas examinando esta escultura? Aziz la miró y se puso junto a ella. —¿Te gusta?

Laine inclinó la cabeza. —Para decir la verdad, no lo sé. Definitivamente podría venderlo a un cliente como una pieza de la sala de estar, pero no me podría sentir bien acerca de ello.

—Es sugerente. El punto mismo del arte. Aziz giró su mirada de la escultura para mirarla a ella una vez más. —Como una hermosa mujer. Provoca.

—Laine se echó a reír. Su voz era cálida y cadenciosa, con acento pronunciado pero inteligible. Era reconfortante. Pero ella no podía creer que él creyera lo que estaba diciendo. Tenía la facilidad de un hombre que podía conseguir decenas de mujeres solo levantando el brazo.

—Eres tan encantadora... dijo casi en un susurro cerca y levantó su mano hacia el pelo que caía sobre sus ojos. —Eres como una rosa que ha florecido en rojo y blanco. ¿Las que llaman tigres?

Laine se alejó. —Debo volver con mi hermana.

—Deberías pasar la noche conmigo.

Laine miró boquiabierta a su sonrisa y balbuceó.

—Ah, me he expresado mal. Me refiero a que debes mantener mi compañía en esta fiesta. Es un poco aburrida, ¿no? Creo que piensas lo mismo, o no estarías observando esta escultura. Él se acercó más, lo que la hizo mirar hacia arriba y tragar saliva. —Déjame hacer que tu noche sea interesante. Déjame que te provoque, Laine.

Laine vaciló. Aún podía sentir su presencia. Era como si el calor de su piel dorada se proyectara de él como otro ser que presionara aún más en el espacio personal de ella. Normalmente, ella querría dar un paso atrás de él, para mantener su espacio propio, pero al sentirle, casi se sentía poseída por él. Él ya se había declarado. Todo lo que ella tenía que hacer era aceptar.

Pero eso era una tontería, por supuesto. Él era sólo un hombre. Un hombre guapo sin paliativos y uno claramente acostumbrado a conseguir lo que se proponía con las mujeres. Daría igual que ella tercamente rechazara dicha petición.

—No sé si la fiesta es aburrida, o yo soy demasiado aburrida para apreciar a todas las celebridades que hay aquí. Laine se giró y señaló a su hermana. —Es mi hermana pequeña. Es la estrella de la familia. Ha sacado tres películas este año.

—Ah. Aziz asintió con la cabeza. —Los miembros de mi familia también tienen bastante éxito, o la mayoría de ellos.

Aziz entonces procedió a regalarle en gran detalle acerca de los logros de todos los miembros de su familia, que eran, por cierto, obscenamente ricos y poderosos. Lo que significa que él, también era obscenamente rico y poderoso. Un jeque. Laine intentó evitar imaginárselo con un pañuelo

blanco sobre su cabeza mientras continuaba con las propiedades físicas y empresariales que estaban bajo su propiedad.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Laine.

—He estado visitando la ciudad. Me dijo un amigo que esta fiesta nos mantendría entretenidos durante la noche. Aziz se inclinó para murmurar en su oído. —Mintió.

—Bueno, no me gustaría defraudar a un jeque. Tal vez encontramos algo que nos intrigue — sugirió Laine.

Aziz miró alrededor, con un brillo travieso en sus ojos. Levantó un dedo y asintió, y se alejó rápidamente. Laine se quedó de pie allí, esperando mientras él se deslizaba entre la multitud. Pensó por un momento que Aziz encontraría a otra mujer con un llamativo vestido y sería atraído en esa dirección. Cada movimiento que hacía parecía bien ensayado. Habría seducido a una mujer o dos en su tiempo.

Probablemente sería un mejor partido para Emma, para ser honestos. El hedonismo no era exactamente el fuerte de Laine.

Laine miró a la pantalla más cercana en la pared. Se había puesto en negro y oscilaba a un protector de pantalla con un garabato rebotando. La música se había detenido. Por un momento, los invitados se dispersaron descontentos, pero entonces comenzó la música nueva, un funky tango que salió de los altavoces.

Aziz volvió y tomó su mano.

En un momento estaban en medio de la pista, con su mano en la suya haciéndola bailar en círculos. Sus movimientos de baile no eran realmente de un tango, pero estaban bien. Laine no sabía cómo bailar el tango. Lo que sí sabía era que la sensación en su pecho, la sensación, sin aliento y alegría, que hacía años que no había experimentado.

Es un jugador. Él sabe cómo hacer esto a las mujeres —se dijo. Entonces él la tiró hacia abajo, le dio un giro y la acercó a su pecho amplio, cálido, y sus reservas se evaporaron.

—Todo el mundo está mirando —dijo, girando la cabeza hacia la fiesta.

Aziz tomó su barbilla con dos dedos. —Es lo que tendrían que hacer. No hay nada más digno

de mirar.

El corazón de Laine se aceleró en su pecho. ¿Era de la adrenalina de estar en el centro de atención? ¿Era por estar tan cerca de Aziz? Ella no estaba segura, pero le gustaba. Una avalancha de sensaciones brotaron dentro de ella como una ola, y de repente se estaba poniendo de puntillas, apretando los lados de la cara de Aziz y besando sus labios carnosos. Su ligera barba rozaba contra su barbilla mientras ella lo besaba, y la palma de su mano se aferró posesivamente contra su espalda. Laine se estremeció.

—A... Aziz —murmuró ella. La música había dejado de sonar sin que ella se diera cuenta, y los dos estaban de pie allí, presionados uno contra el otro. El aire a su alrededor parecía vibrar.

—Tú lo iniciaste, tigresa —dijo con una voz fuerte. No la soltó.

—Lo hice, lo hice realmente, pero...—Laine frunció el ceño y trató de recuperar el sentido. Esta no era ella. Ella no era una mujer que llamaba la atención del hombre más poderoso en la sala. Ella no era una mujer que llamaba la atención de todos. —Yo... Necesito algo de aire —tartamudeó ella, comenzando a soltarse de los brazos de Aziz.

Aziz aflojó sus brazos, pero salió detrás de ella cuando corrió y salió fuera al balcón.

Ahí Laine se arrojó a la barandilla, haciendo que mucha gente se girara alarmada. Ella no hizo caso, aspirando en respiraciones profundas el aire frío de la noche y agarrando la barandilla tan fuertemente que sus dedos comenzaron a escocerle. ¿Qué acababa de hacer? ¿Por qué había bailado con él? ¿Por qué había huido? Ninguna de sus acciones fueron sensatas. Aziz exudaba experiencia y control pero sin peligro para ella. El único peligro, tal vez, era que ahora encontraría un objeto menos asustadizo para sus atenciones.

—Laine...

De nuevo, Laine le sintió acercarse antes de incluso hablar. Una sombra de las luces del balcón cayó sobre ella. Inevitable, al ser él tan alto. Dio otro apretón a la barandilla y levantó su cabeza para encontrar su mirada.

—¿Estás bien? Comenzó a desabrocharse la chaqueta de su traje.

—No salgo mucho. No estoy acostumbrada a...—Hizo un gesto hacia la fiesta de dentro. —¡Oh,

pero era tan divertido! ¿Por qué no bailan? ¿Para qué sales, si vas a estar así?

Aziz asintió lentamente y se sacó la chaqueta. —Hablarán durante días de quién bailó en esta pequeña fiesta triste.

En un movimiento Aziz cubrió con su chaqueta los hombros desnudos de ella. Laine sonrió de lado. No había nada pequeño en esta fiesta de famosos, pero era gracioso que a él le pareciera así. Probablemente él montaba espectáculos más grandes y mejores cada fin de semana.

—Gracias. El frío había disminuido algo, pero su piel, sin embargo, le escocía. Ella quería y no quería que esta noche se acabara. —Lo siento. No ha sido tu culpa. Creo... Yo no me siento tan cómoda siendo el centro de atención. Sobre todo aquí.

—Esta gente no es para ti. Ellos quieren ser vistos pero no conocidos. Son grandes pero se hacen más pequeños. Aziz sonaba malhumorado en la última palabra. Puso sus grandes y fuertes manos sobre sus hombros.

Laine dejó que sus ojos cayeran medio cerrados cuando Aziz se inclinó sobre ella, cepillado unos de los mechones de cabello a un lado mientras él tomaba su rostro en sus manos. —Necesitas menos de una multitud, o una multitud diferente.

—¿De verdad? Laine se encontró fascinada por sus ojos verde avellana intenso.

Aziz murmuró "sí" y sus labios se unieron una vez más. Sus besos eran deliberados y firmes. Se trasladó a un largo beso y luego aspiró su labio inferior sensualmente. Era como si cada beso fuera puntuado con otro. Pronto, Laine estaba muy, muy caliente.

—Mmm. Laine suspiró cuando Aziz se alejó.

—Hay otras fiestas en esta ciudad. Otras cosas que hacer... que podríamos hacer juntos — sugirió Aziz .

Laine dudó solo un momento antes de tomar el brazo de Aziz. —No he conducido hasta aquí.

—Yo me ocuparé de nuestro transporte.

—¿Oh? ¿Y cómo viaja un jeque?

—Solo con el más alto estilo. Aziz levantó su barbilla mientras caminaban hacia dentro, pareciendo un conquistador extranjero. Laine estaba segura de que las estrellas y personas de la alta

sociedad estaban debidamente impresionadas e intimidadas.

Laine atrajo la mirada de su hermana antes de que ella y Aziz desaparecieran por la puerta delantera. Los ojos de Emma brillaban con escándalo y alegría. Cuando llegaron al ascensor y la puerta se cerró detrás de ellos, Aziz empujó a Laine contra la pared y sus ojos destellaron. Él devoró su cuello sin piedad con pequeños besos, mordiendo y chupando y arrastrando sus dientes a lo largo de la carne tierna. Laine apoyó la mano contra la pared del ascensor. Cerró sus ojos, y entrelazó sus dedos en el exuberante cabello de Aziz.

—Esta fiesta ya es mejor —ella abrió la boca.

Aziz dejó escapar una risita desde el fondo de su garganta.

Cuando tuvo un momento, Laine mandó a Emma un mensaje de texto rápido: —¡Tu hora se ha acabado, hermanita! ¡Nos vemos mañana!

Capítulo Tres

Un paseo en limusina, varias manzanas de la ciudad y dos appletinis después, Laine y Aziz estaban de vuelta en una pista de baile. Esta vez, sin embargo, con luces bajas y otros bailando a su alrededor, Laine empezó a olvidar donde estaba y lo que había a su alrededor. Oh, ella era vagamente consciente de que había otras personas en el club y que un siniestro guardaespaldas calvo de Aziz estaba discretamente al acecho en algún lugar, pero nada de eso ocupaba su mente. No había nada, aparte de la pura forma física de Aziz mientras bailaba, la energía que había alrededor de los dos y el ritmo de la música reverberando a través de cada átomo en el club.

Laine había visitado muy poco los clubes de la ciudad; honestamente no podía recordar la última vez que había ido a bailar, o la última vez que había ido a cualquier lugar con un hombre sin haberlo planeado varias semanas por adelantado. En el camino, eso la había puesto un poco nerviosa. No había pensado en dejar la fiesta con un hombre que ni siquiera conocía. Pero había algo acerca de Aziz que era tan tremendamente honesto que ella no podía creer que él fuera diferente a lo que parecía. Aunque resultara que todo lo de ser un jeque fuera una patraña, cosa que ella dudaba, Aziz se presentaba como un hombre en control, con ganas de pasar una velada agradable y con la seguridad de poder garantizar como fuera y con quien fuera. Laine era buena valorando a la gente, a menos que él fuera un actor de método.

Las luces los iluminaban en azul y verde, convirtiendo a la gente que bailaba en figuras etéreas color turquesa. La música bombeaba y aumentaba, y los dos se movían juntos. Primero sus ojos estaban mirándose mientras bailaban, sin tocarse pero lo suficientemente cerca para sentir su calor. Después Aziz tomó su mano, como para mantenerla cerca, aunque ella no se iba a ir a ningún lado. Laine sonrió y se dio la vuelta dándole la espalda, manteniendo sus dedos unidos por encima mientras le miraba hacia arriba y detrás. Ella sonrió, lo que hizo que él también sonriera. Aziz se movió a su alrededor, poniendo su mano primero bajo su estómago, y después a lo largo de la parte frontal de su muslo. Sus cuerpos rodaron junto con la música como uno solo.

Cuando la música cambió, Aziz se inclinó para besar la curva de su cuello. Laine cerró los ojos y sintió como algo se liberaba dentro de ella, como un cable fijado firmemente que se hubiera desenganchado. Sus respiraciones vinieron con más frecuencia, más profundamente. Apretó los dedos de Aziz y arqueó su cuello para darle el acceso, que él pedía osadamente. No había ninguna duda, si alguien hubiera estado mirando, que ella era de él esa noche. No era que nadie estuviera mirando, y eso en sí ya era liberador también. Aquí todo el mundo era su propio público y de nadie más. Aquí todo el mundo, incluidos ellos dos estaba inmerso en su propia fiesta privada.

Por lo que siguieron bailando, impulsados por la adrenalina y la alegría exuberante que el baile aporta, haciendo que el corazón se aligerara y las articulaciones se sintieran flojas y anhelantes, hasta que Aziz tocó su pelo y se acercó a su oído.

—¡Ven conmigo!

Laine volvió la cabeza, sin saber si lo había oído bien. La música estaba muy fuerte. Aziz tiró de su mano y ella se giró para seguirlo. Ella reconoció rápidamente, hacia dónde se dirigían. Ella conocía bien este club y a su dueño. Le habían asignado el reciente rediseño del local. Se colaron a través de la multitud y después subieron por una empinada sinuosa escalera metálica que conducía al segundo piso y a la zona de la azotea restringida y privada. El guardia de seguridad en la puerta grande que llevaba fuera hizo un guiño a Aziz y la abrió para ellos. Había sólo una otra pareja allí, sentada a un lado y hablando tranquilamente.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó Laine.

—A veces, cuando estoy en la ciudad.

Inhaló aire fresco. Las luces estaban alineadas en la parte superior del toldo, creando un efecto acogedor, de crepúsculo. En el centro del patio había una fuente grande de la que se oía el murmullo del agua. Ella sonrió, recordando cómo convenció al propietario para que la instalara. Laine caminó lentamente hacia la zona de asientos donde Aziz se reclinó, extendiendo su brazo por encima del sofá y cruzando una pierna sobre la otra apoyándose sobre el tobillo. Podía imaginárselo lo descansa exactamente de la misma manera en un trono de oro con asientos de terciopelo rojo, con dos hombres a cada lado abanicándolo.

—Acércate. Aziz sonrió e hizo un movimiento con su barbilla para que se adelantara.

Laine tomó asiento junto a él, pero dejó un asiento y medio de espacio entre ellos. Él la sonrió, reclinándose hacia atrás lánguidamente como un gran gato perezoso que observa a la presa a la que podría cazar en cualquier momento. Con una mano levantada, llamó la atención de un camarero que estaba parado cerca de la otra pareja y le pidió que les llevara algo de agua.

—¿Lo estás pasando bien ahora?

Laine pasó sus manos sobre sus piernas, quitando algunas arrugas de su vestido. —Es mucho mejor que la fiesta, lo admito. No pensaba que era el tipo de chica que sale a bailar.

—¿Qué tipo de chica crees que eres? —preguntó él.

—Del tipo adicta al trabajo. Levantó sus ojos y frunció los labios a propósito. —El tipo que generalmente ignora a tu tipo.

Aziz sonrió y tomó su mano. Pasó su pulgar sobre sus dedos. ¿Y qué tipo de hombre soy? ¿Me has calado tan rápido?

—¿No lo sabes tú mismo? —Se burló Laine. —Eres un playboy implacable, ¿no? Podrías haber traído a cualquier mujer de esa fiesta aquí.

—Podría, sí —Aziz acordó. —¿Lo habría hecho...?

—¿Vas a negarlo? ¿A cuántas mujeres has seducido en fiestas? ¿Con qué frecuencia metes a una mujer en tu limusina y le haces pasar el momento de su vida? —Laine le desafió.

Aziz frotó sus dedos sobre sus labios. —Tal vez unas pocas —contestó él recatadamente.

—Unas pocas. Laine estrechó sus ojos.

—Tal vez más de unas pocas. Aziz se encogió de hombros y extendió las manos. —Yo soy quien soy. ¿Estás decepcionada con esto?

—No, yo..Laine se giró cuando el camarero les servía dos botellas frías de agua. —¡Gracias!

Aziz miró al camarero brevemente antes de volver hacia Laine otra vez. Laine miró al camarero alejarse.

—¿Los Jeques no dicen gracias? —preguntó.

—Estaba haciendo su trabajo —dijo Aziz rotundamente. —Los estadounidenses son tan

extraños. Sois generosos y amables con los extraños, pero fríos con el resto del mundo.

—¿Cómo somos de fríos? —Laine sacudió la cabeza con una risa.

Otro encogimiento de hombros. —Cuando nos conocimos, hablaste de tu trabajo, sobre cosas que no importan, pero no sobre tu familia. Creo que no valoras esas cosas de la manera que nosotros lo hacemos. Te importa más lo que siente el hombre que trae el agua.

—Te dije quien era mi hermana —señaló Laine. —No tengo un linaje noble que recitar, o nada.

—¿Y tu padre? ¿Tu madre?

—Laine abrió su agua y tomó un trago largo. —Los estadounidenses hablan de sus familias con personas que conocen y confían. Es diferente para nosotros. Pero si realmente necesitas saberlo, mi padre vive al norte del estado.

—Ah. Aziz se inclinó hacia adelante, pasando sus dedos por la mejilla de Laine. —A los estadounidenses les gusta separar las cosas, para poder afirmar que un sentimiento va aquí y otro allí. Sus dedos se movieron lentamente por su cuello. —Pero todo está conectado a la emoción.

Los ojos de Laine se movieron hacia donde la otra pareja estaba sentada, pero habían desaparecido.

—No puedes cortar tu vida y ponerla en cajas separadas, incluso si crees que sería más adecuado hacerlo —susurró, inclinándose cerca de ella.

—¡Puedo intentarlo! —protestó Laine.

Aziz parecía sorprendido y entonces se echó a reír. —¡Tal vez por eso me gustan tanto las mujeres americanas, nos hacen trabajar por las cosas que más deseamos!

—¿Es eso realmente lo que más deseas? Laine tomó la mano que había estado flotando alrededor de su clavícula y miró a Aziz a los ojos mientras se la apartaba.

Parecía a punto de reír otra vez, con sus ojos centelleantes maliciosamente. De alguna manera él había reducido la distancia entre los dos, y ahora estaba prácticamente encima de ella. Él podría hacer lo que quisiera con ella allí mismo. Podía tomarla ahora en sus brazos y hacerlo ahí con ella, ahí mismo en el sofá. Nadie estaba mirando. Pero no hizo ningún movimiento, sólo miró atentamente, esperando.

—¿Qué es lo que más deseas, Aziz? —preguntó Laine. Ella dejó ir de su mano y se inclinó sobre sus palmas, a la espera de su respuesta. El corte bajo de su vestido y el movimiento causó que su pecho diera un pequeño rebote, y por supuesto, ahí es exactamente donde fueron los ojos de Aziz.

—Laine, no estoy totalmente seguro de quién está seduciendo a quién aquí —dijo Aziz.

—¿No? Yo apenas soy el playboy experimentado aquí.

—Quizás simplemente tienes una habilidad innata —sugirió Aziz. —Tal vez soy solo yo que estoy atrapado tan rápido por tu encanto... aunque es poco probable.

Puso su mano en su muslo. Su contacto era leve, pero Laine de todos modos se tensó en anticipación. Escuchó su respiración por un momento, y cuando él se movió para sacar su mano, ella puso su mano sobre la de él. Sus cejas se levantaron. Su mano se movió lentamente por encima de su muslo. El material transparente de su vestido se deslizó para arriba con él, y Laine se estremeció.

Ella tocó suavemente su mejilla y le dio un beso. Su mano quieta, apretando la parte superior de su muslo mientras él le devolvía el beso con entusiasmo. Su otra mano apoyada en su nuca, Aziz profundizó su beso, y metió su mano aún más. Laine comenzó a retorcerse, y su corazón latió más fuerte.

—Aquí no — murmuró ella, zafándose rápidamente.

Aziz miró hacia abajo, con los ojos desenfocados y el ceño profundamente fruncido. —Por supuesto.

Se puso de pie repentinamente, dio unos pasos y entonces se volvió para mirar a Laine. Sacudió su cabeza y caminó hacia la fuente.

Lo siento —dijo Laine.

—No sé porque usted te disculpas. Aziz pasó sus manos por su cabello. —Me excitas mucho, pero el deber de contenerme debe ser mío.

Laine se levantó y comenzó a caminar hacia él. Aziz se sacó los zapatos, y Laine miró fijamente por un momento. Entonces él se subió al borde de la fuente.

—¿Qué estás haciendo?! —Laine se echó a reír.

—¡Refrescarme! Aziz abrió sus brazos hacia fuera y cayó hacia atrás en la fuente.

Capítulo Cuatro

Hasta que Aziz golpeó el agua, Laine sintió como si el tiempo se hubiera detenido; Ella simplemente no podía creer lo que estaba sucediendo. Pero nuevamente cayó en la fuente, llevando un traje que debía costar varios miles de dólares.

Volvió a la realidad con el sonido de la salpicadura del agua y saltó al lado de la fuente. ¡Parecía profunda, pero no era una piscina!

—¡Ha! Dijo Aziz apareció, con sus ojos chispeando.

Laine saltó hacia atrás, pero después golpeó con fuerza su brazo. —¡Qué te pasa!

—Nada. El agua es muy agradable. Aziz le guiñó un ojo y salió a flote con sus brazos extendidos.

—¡Hace frío aquí! —Laine objetó. Pero tenía que reírse también.

Aziz movió sus piernas sin prisa. —Podrías entrar aquí conmigo. Aunque eso fastidiará el propósito de entrar aquí para enfriarme. Me volverías a poner a cien.

—Creo que tu mayor preocupación podría ser la hipotermia.

—Si es la voluntad de Alá, que así sea. Acepto mi destino.

—Estás de broma.

Laine cruzó sus brazos y le miró nadar en la fuente. Aziz se giró en un movimiento acrobático y levantó una rodilla mientras le hacía señas con un dedo. La propia fuente de la que salía agua hacía arriba a través de una pieza manaba agua sobre él. Él no parecía darse cuenta.

Laine sacudió la cabeza. —Yo no me meto ahí.

—Tienes que hacerlo. Estoy solo. Aziz levantó una ceja. —Haz esto por mí.

—Yo...El tono de su voz la sorprendió. Él podría haberle ordenado hacer lo que hubiera querido. Podía haber emitido su decreto y esperar que sus deseos se siguieran tan rápidamente como ir a por agua. En cambio, él parecía estar realmente, en serio, preguntando.

Laine se sacó sus zapatos y se acercó a la fuente. Tímidamente, sumergió sus dedos en el agua

para probar lo fría que realmente estaba. Aziz agarró su muñeca y la tiró hacia adelante. Laine cayó y se estrelló en el agua con un enorme chapoteo. No se hundió demasiado, porque inmediatamente los brazos de Aziz estuvieron alrededor de ella. Ella subió para arriba jadeando.

—¡No estaba lista! —dijo Laine, golpeando el agua lo suficientemente fuerte como para causar una pequeña ola que golpeará a Aziz en la cara.

Aziz puso sus manos hacia arriba como defensa. —¡Parecía que necesitabas algún estímulo! ¡Quería ser solidario!

Laine le volvió a salpicar y se metió debajo del agua. Ella miró a su alrededor por un momento antes de que sus brazos estuvieran alrededor de su cintura, arrastrándola hacia dentro. Por un momento, Laine mantuvo sus ojos firmemente cerrados. ¿Qué estaba haciendo Aziz? ¿Cómo de limpia estaba la fuente? Cuando los abrió, pudo ver la cara de Aziz al lado de la suya. Entonces ella miró hacia arriba.

Ella podía ver el cielo de la noche a través del agua ondulante, a través del toldo transparente que cubría el patio. Era como si las estrellas estuvieran bailando para ellos. Miró a los ojos expectantes de Aziz y tocó su pecho. Entonces ella subió hacia arriba.

Laine salió a través de la superficie del agua y jadeó. Aziz subió con ella y apartó el pelo de sus ojos.

—Está congelada, pero todavía es mejor que esa fiesta —dijo Laine.

Aziz envolvió su brazo alrededor de ella. Frunció el ceño al mirarla Laine estaba a punto de preguntarle que estaba mal, cuando su dedo trazó hacia abajo la cicatriz sobre su frente. Ella apartó la mirada y tiró de la parte superior de su vestido, que empezaba a deslizarse en el agua.

—Ah. Ya lo sé —susurró Aziz. —Te guardas tus secretos para los que conoces y confías. Pelearé para ganarme el derecho a ser considerado uno de ellos.

Laine se alejó de él. Se hizo evidente que ella era mejor nadadora, aunque al principio él pareciera tener más gracia. Trató de atraparla, pero cada vez que casi la agarraba un pie o un codo, Laine daba una vuelta en el agua y se movía a su alrededor tan rápidamente como una foca.

Al final, entre risas y salpicaduras, Laine dejó que la atrapara, la besara, y pasara sus manos

sobre su cuerpo.

—¡No podéis estar aquí! —retumbó una voz de hombre.

Las cejas de Aziz se juntaron y su mandíbula se puso dura al mirar hacia arriba por su interrupción. Eran el portero y un hombre delgado en traje. Probablemente un gerente.

—¡Estaré donde quiera! —avisó Aziz.

—¡No en nuestra fuente! —se quejó el gerente. —Señor, usted debe salir de la fuente inmediatamente.

Obstinadamente, Aziz levantó la barbilla. —Nos iremos cuando hayamos terminados, ni un momento antes.

—No hagáis que tenga que arrastraros —dijo el portero. —No me importa quién seas.

—No nos vas a tocar a ninguno de nosotros —dijo Aziz con confianza. Ni se movió para ponerse de pie.

Laine observaba el intercambio con los ojos abiertos. Entonces vio al guardaespaldas de Aziz. Sabía que el hombre tenía que estar en algún lugar cercano, pero era como si simplemente se hubiera fusionado con su entorno. Laine tampoco dudaba de que si Aziz quería forzar el asunto, podría salirse con la suya. Probablemente podía hacer que despidieran a cada persona que trabaja esa noche. Probablemente había comprado el maldito club a la pareja que había contratado a Brandt interiors para mejorar el aspecto del club.

—¿Piensas eso, amigo? —desafió el portero.

Laine fingió un escalofrío, a pesar de que ella estaba bastante caliente ahora. —Aziz —dijo ella tranquilamente. —Quiero irme. Tengo frío. Podemos volver a la limo, ¿poner algo de calor?

Aziz la miró y le tocó la mejilla. Inmediatamente se levantó, salió fuera de la fuente y le ofreció una mano. Laine la tomó agradecida, ya que tenía que usar la otra mano para evitar que su vestido se cayera, ya que estaba pesado y empapado del agua. Ella recogió sus zapatos con dos dedos y se apretó a Aziz, dejándola guiar el camino hacia fuera.

Puso su brazo alrededor de ella y la sostuvo firmemente. Y no se disculpó al gerente mientras iba con su guardaespaldas.

Laine, sin embargo, volvió ligeramente la cabeza y dijo: —¡Gracias! ¡Hemos pasado un rato maravilloso!

Cuando llegaron a la limusina, Laine estaba realmente temblando. Sus dientes empezaron a castañear. Aziz la metió en el coche y mandó a su guardaespaldas que se sentara delante.

—Debería haber considerado que te enfriarías después —dijo Aziz, quitándose su chaqueta húmeda.

—Lo consideraré. Laine se encogió de hombros. —Lo hice de todos modos.

Aziz se quitó su camisa también. —Deberías quitarte la ropa.

Laine miró su vestido, que ahora se aferraba a cada curva de su cuerpo. Se sentía como si no debiera desnudarse completamente, pero no podía dejar de temblar.

Aziz abrió un compartimiento al lado de la barra y sacó un par de camisetas. —No tengo nada apropiado para una dama como tú, pero eres bienvenida a utilizar ropa mía.

Laine se inclinó para mirar. Las camisetas de Aziz eran lo suficiente largas para ser vestidos para ella. Ella se dio la vuelta de Aziz, que se estaba quitando su pantalón y e intentó bajar su cremallera.

—Oh, claro. —Está atascada —se quejó ella.

Aziz apareció detrás de ella, tocando su hombro suavemente y luego agarró la tela en la mano y bajó la cremallera hasta abajo. —Ya está.

Laine se deslizó fuera del vestido. Los dedos cálidos de Aziz tocaron su omóplato. Por un momento, pensó en pedirle una camiseta. Debería taparse, volver a casa y recordar la noche que había nadado en una discoteca con un extraño guapo y carismático.

Pero estaba muy cansada de ser la hermana buena. Estaba cansada de hacer lo que se debía hacer, igual tenía miedo de no hacerlo.

En cambio, se puso frente él, con un brazo cruzado sobre su torso desnudo, un poco tímidamente. Él tampoco se había puesto nada más. Como era de esperar, su traje había escondido sus hombros anchos y sus bien definidos pectorales. Su cuerpo entero estaba tan finamente cincelado como su línea de la mandíbula. Entre el aire y los latidos de su corazón, Laine comenzó a sentirse

caliente otra vez, y a pesar de ella misma, se acercó y lo tocó, moviendo su mano a lo largo de cada ondulación de músculo.

Honestamente —dijo, sacudiendo su cabeza.

—¿Oh? ¿No estábamos siendo honestos antes? —Aziz inclinó la cabeza.

—No, me refiero a que si me pareciera a ti, honestamente no llevaría ropa. Nunca. Ella le sonrió.

—Tú eres hermosa. Aziz tocó su costado y luego pasó su mano sobre su cadera y en su espalda, donde se quedó.

Atrevida, Laine pasó sus manos a lo largo del pecho de Aziz, explorando la sensación de él. Aziz se inclinó hacia abajo y la besó. Laine le devolvió el beso una vez, después dos veces. Mirando a los orgullosos ojos verdes de Aziz, se sentó hacia atrás y lentamente se sacó su sujetador. Sus ojos se ampliaron, tratándola como una escultura. Su mano subió por su costado y luego se detuvo, tomando en su mano uno de sus grandes pechos con ternura. Se inclinó sobre y comenzó a besarla allí.

Laine dejó su cabeza caer hacia atrás y suspiró suavemente, pasando sus dedos por su cabello, mientras adoraba sus pechos como si fuera un nuevo converso. Sus besos se trasladaron a su vientre mientras sujetaba la parte baja de la espalda, animándola a arquearse contra los suaves cojines, aterciopelados y dejaba que le diera placer. Después llegó debajo de su estomago, bajando sus bragas con su mano y apretando su cadera. Los muslos de Laine comenzaron a temblar cuando Aziz empezó a devorarla.

El único pensamiento, que revoloteaba por su cabeza mientras sus caderas daban sacudidas involuntariamente en respuesta a la hábil lengua de Aziz, era preguntarse si la limusina tenía un panel de insonorización entre el compartimento que estaban profanando y el asiento del conductor. Ella siempre había sido silenciosa durante el acto sexual, pero de alguna manera Aziz le hacía emitir ruidos que no parecían ser humanos.

Sus jadeos y gemidos fueron más fuertes, su respiración más desigual, hasta que se corrió y todos sus músculos se tensaron. Aziz no paró. Él simplemente siguió, agarrando su culo con sus manos, como si no tuviera necesidad de respirar. Los dedos de Laine agarraban su pelo, y se dio

cuenta de como comenzó a calmarse, y se dejó ir.

—Oh, Dios. Oh, gracias, guau... —balbuceó Laine. Aún podía sentir sus músculos crispase ahí abajo, tan excitada del trabajo que Aziz había realizado.

Aziz se levantó con una sonrisa. —¿Gracias? Le dio un beso en el interior del muslo de Laine. —Eso es un poco formal, después de esto, ¿no?

Laine respiró profundamente, frotando su mano arriba y abajo de su vientre y tratando recomponerse. Se puso de pie con una mano y miró a Aziz, sorprendida de que estuviera tan dispuesta a arrodillarse ante ella.

—¿Entonces tal vez debería mostrar lo que siento? —preguntó Laine. Ella se inclinó sobre Aziz, acariciando su mejilla, le dio un beso y le hizo sentarse.

—Creo que me gustan más las vistas desde aquí. Aziz se puso encima y frotó arriba y abajo sus lados.

—Vas a hacerme sentir insegura sobre mis caderas —se quejó Laine, doblando los brazos sobre su vientre.

—No tengo claro porque dices eso, pero no cambiaría nada de ti. El vaivén de tus caderas, el tacto de su carne, tus pechos, tan pesados y redondos, y perfectamente formados. Aziz dio un apretón a su culo. —Es como si hubieras sido formada solo para mí.

—¿Ah si? Laine montó a horcajadas sobre sus piernas y se sentó en su regazo.

Sus labios se encontraron de nuevo. Ella sujetó su rostro con ambas manos, mientras él la mantenía en su lugar, las manos por debajo de cada glúteo donde se unían sus piernas. Ahora no podían parar. Laine se agachó para sentir el amplio endurecimiento esperándola debajo de sus calzoncillos mojados. Ella se frotó contra él, hasta que dejó escapar un gemido.

—Espera —murmuró, quitándose sus calzoncillos. Finalmente libre, su erección cayó perezosamente hacia adelante. Laine deslizó su mano sobre su generosa longitud, dando varios sacudidas largas y un giro antes de levantarse lentamente.

Con otra sonrisa, Aziz metió la mano en un compartimiento, y la brillante envoltura de un condón llamó la atención de Laine. Estaba tomando la píldora, pero si era tan playboy como parecía,

agradecía el gesto. Ella asintió y lo agarró, rasgándolo con los dientes y después guiando el condón lubricado en su lugar. Entonces, ella pasó un brazo alrededor de la nuca de Aziz. Aziz no necesitaba más y guió su gran erección dentro de su resbaladiza y anhelante cavidad.

Laine gimió cuando él entró en ella, bajando lentamente y relajándose para acomodar su considerable tamaño. Se sentía tan llena con él en su interior. Pero por supuesto, él era un hombre grande, y ninguna parte de él no compartía ese rasgo. Aziz sonrió a ella y acarició su espalda, como para calmar sus gemidos.

—Pero apenas hemos comenzado —le dijo con una sonrisa.

Laine se rió e hizo un sonido como un gruñido .

Con la ayuda de sus fuertes manos, se levantó y cayó, deliciosamente empalada dentro de su hombría. Sus gemidos fueron más bajos y guturales, y pudo sentir su sudor chorreando por su espalda. Las manos de Aziz la agarraron cada vez más fuerte, y pronto sus caderas se unieron a las de ella. Eran dos imanes, uniéndose en frenesí y nada podía haberlos parado.

Cuando Laine comenzó a correrse otra vez, agarró la parte posterior del hombro de Aziz con una mano y la apretó alrededor de él fuertemente. Un ruido profundo, gutural salió de Aziz y sus caderas sacudieron hacia adelante una y otra vez sin parar.

Y entonces, completamente agotado, cayó hacia atrás contra los asientos, acariciándole su espalda y acercándola a él. Ella seguía encima de él y le dejó acribillarle su cuello y sus pechos con sus besos. Ella puso su cabeza sobre su hombro y le dio un beso debajo de la barbilla.

—Espero que esto demuestre adecuadamente mi gratitud —dijo ella tímidamente.

Te mantendría aquí durante el resto de mis días —dijo Aziz.

Laine escuchó a su corazón un rato. Su mano se movió hacia arriba y abajo de su pecho firme y cálido. Hacía casi demasiado calor en el coche. Estaban ambos empapados en sudor, en lugar que del agua de la fuente.

Entonces Laine se sorprendió a ella misma.

Vamos a mi casa —murmuró ella.

Capítulo Cinco

La primera luz de la mañana, pasaba a través de las persianas, y calentaba la habitación lo que hizo que Laine pusiera las sábanas sobre sus ojos. Estaba cómodamente instalada en las sábanas de su cama de espuma y era demasiado pronto para estar corriendo para ir a trabajar, de eso estaba bastante segura. Con un bostezo, Laine se asomó a su teléfono que descansaba sobre la mesilla de noche para confirmar que aún no tenía que levantarse. Entonces se dio cuenta de que era sábado. No tenía necesidad de levantarse.

Cerró los ojos otra vez y se tumbó un poco más, con la intención de disfrutar de aquellos últimos momentos antes de que su reloj interno le hiciera levantarse y atender todas las obligaciones que no había acabado esa semana. Sin embargo, un momento después, un brazo fuerte la agarró alrededor de su cintura por detrás, y Laine saltó en shock, causando que su teléfono se cayera de la mesita de noche.

—Shhhh —le susurró Aziz dulcemente. —Sólo soy yo.

—¡Soy...!

Laine se dio la vuelta y parpadeó, siguiendo luchando contra la niebla del sueño. Ella lo miró fijamente por un momento largo y entonces rodó y se acurrucó en sus brazos. De alguna manera, ella no esperaba que aún estuviera ahí con la primera luz de la mañana. Después de acordar volver a su casa, habían hecho unas cuantas rondas adicionales de aeróbic horizontal por todo el apartamento acabando finalmente en la cama, con la intención real de dormir. Parecía obvio que Aziz se habría ido una vez que hubiera tenido tiempo para descansar.

Pero ahí estaba, tarareando suavemente mientras acariciaba su espalda. Sus ojos se cerraron. Parecía que también estaba tratando de luchar contra la luz del día y robar unos minutos más de sueño. Por lo que tenía que ser eso, simplemente tenía que estar cansado. Después de todo, la noche había sido larga, .

A pesar de ella misma, Laine se sintió repentinamente totalmente despierta. Miró a Aziz

mientras dormía. No sólo había sido la emoción de la noche, reflexionó ella. Realmente era un hombre increíblemente guapo. Algo en su rostro era tanto resistente como suave. Estaba también en cada movimiento que hacía. No necesariamente hacia los extraños, pero definitivamente sí hacia ella. La noche anterior había visto momentos en los que él parecía como si pudiera ejercer su poder sin piedad, pero él se había echado atrás cuando ella se lo había pedido. Nunca había sido implacable con ella.

Por el contrario. Aziz la había tratado como si fuera algo raro y valioso. Él extendió a ella toda su cortesía, incluso cuando estaba siendo reservado y un poco grosero. Laine tenía que preguntarse, ¿era eso parte de la seducción? ¿Un hombre como ese podía realmente ser herido por una mujer como ella?

Se encontró pasando sus dedos por su cabello y él abrió los ojos con una sonrisa.

—Me estás mirando —señaló, aunque las palabras parecían afectuosas.

—Supongo que lo estoy. Estás todavía aquí. Laine se movió un poco.

—¿Debería estar en otro lugar? Aziz miraba curiosamente alrededor del cuarto.

—Pensaba que sí. Había pensado que tendrías algún lugar importante donde estar.

Aziz asintió con la cabeza. —A menudo, eso es cierto. Pero no este fin de semana. Todos necesitamos algún tiempo lejos de nuestras responsabilidades.

—No estoy seguro de saber que es eso. No hago vacaciones.

Aziz cerró sus ojos. —Claro que no lo haces. Los norteamericanos viven para pagar sus facturas.

—Mira, es un poco temprano para hacer grandes generalizaciones sobre oriente y occidente, ¿vale?

Aziz se rió entre dientes. —Esto es cierto. Se levantó con cuidado de no molestarla. —No me di cuenta ayer por la noche, pero tienes una casa encantadora. Podríamos haber ido a mi habitación del hotel, que es mucho más grande, pero tu casa es exquisita.

—Gracias. La he decorado yo mismo. Es lo que hago. Laine se levantó también y se reclinó contra él.

—Lo sé. Aziz sonrió al verla.

—¿Sobre qué estás sonriendo?

—Tengo una reunión esta semana, que puede resultar muy divertida. Miró críticamente alrededor de la habitación. —Me gusta la elección de ese cuadro. Es intrigante, aunque un poco sin pulir.

Laine lo miró. Representaba una mujer con una mirada astuta en el rostro con una tetera de la que salían mariposas. Era su propio trabajo. Lo había pintado hacía tiempo en la escuela de diseño cuando había tenido que cumplir con los requisitos básicos basados en habilidades. Para ser honesta, mantuvo el cuadro allí no porque fuera su favorito, sino porque lo recordaba a ese dolor durante mucho tiempo ignorado. Ella siempre había querido seguir con la serie, pero no se conseguía ningún dinero pintando sus propios sentimientos. Con lo difícil que era hacerse un nombre en el en diseño de interiores, ser pintora independiente habría sido un desastre fiscal. No podría apoyar a su padre con ese tipo de ingresos, ni tendría ningún tipo de futuro para ella, ni posiblemente ningún reconocimiento por sus esfuerzos hasta después de su muerte, o nunca.

No había ninguna razón para seguir con eso y todas para mantener ese sueño en la pared.

—Tan curioso como es el tema, es casi como un sueño. Los colores traen paz a la habitación —evaluó Aziz. —Es buena energía para un lugar de descanso. La miró. —U otras cosas.

—¿Conseguimos hacerlo en la cama? —preguntó Laine.

No, no lo creo. Debemos corregir este grave error.

Rápidamente, Aziz se levantó y agarró su cintura. Laine se rió y agarró sus hombros para calmarse a sí misma. Él pasaba su lengua por su cuello cuando Laine oyó la puerta cerrarse de golpe y se quedó helada.

—¡Oh! ¡Para! —susurró.

Aziz lo hizo, pero frunció el ceño y miró hacia arriba.

—¡Levántate, empollona! —Emma gritó. —¡Sé que acabaste aquí ayer por la noche!

—Es mi hermana —dijo Laine a Aziz.

Tiró las sábanas hacia arriba y miró a su alrededor rápidamente en la habitación para ver si

tenía alguna ropa disponible. Había una de las camisetas de Aziz en una silla, pero nada más.

—¡Estoy en el dormitorio! ¡Dame un minuto! —gritó Laine .

—¡Entro! —gritó Emma detrás.

Aziz se rió con ganas.

—¡No, no entres! Laine miró a Emma mientras entraba por la puerta, con una bolsa blanca y una bandeja de café.

Emma se quedó con la boca abierta al ver algo con lo que no estaba familiarizada. —¿Qué...?

—Te dije que me dieras un minuto, enana! —dijo Laine.

Emma bromeó con locura. ¡Tal vez necesitas más de un minuto!

—Buenos días —dijo Aziz agradablemente. —¿Eres la hermana de Laine?

—Lo soy —Emma se medio giró hacia la puerta, y miró hacia las esquinas del techo.

—¿Qué estás haciendo? —Laine dijo, aguantando las sábanas.

—Buscar cámaras ocultas —dijo Emma impasible.

—Yo no hago vídeos de mi haciendo el amor —dijo Aziz. —Sería impropio de un miembro de mi familia tener algo por ahí así para que lo viera la gente.

Laine se cubrió el rostro.

—Traigo café y donuts, para vuestra información —dijo Emma. —Pensé que podría obtener algo de información de ti sobre el tipo con el que estabas bailando ayer por la noche. ¿Pero supongo que serías tú?

Aziz hizo un saludo.

—Déjanos ponernos algo de ropa, ¿eh? Laine declaró, haciendo un movimiento espantando. —Puedes esperar en la cocina.

—Bien, bien. Pero ahora tienes que contármelo todo. Para nada en el mundo esperaba que te llevaras al tío a casa. Emma miró a Aziz. —Sin ofender.

—Tranquila —dijo él .

Después de ponerse rápidamente algo de ropa, Laine salió de la habitación. Su hermana estaba en la cocina, donde había unas sillas y una mesa sobrecargada con correo abierto y pilas de

archivadores. Emma bebió su café, leyendo algo en su teléfono. A pesar de lo temprano que era, su cabello estaba cuidadosamente arreglado, su maquillaje impecable y su ropa perfecta.

—¿Tu asistente personal te viste todas las mañanas? Laine fue a sentarse junto a su hermana.

Aziz la siguió, pero no se sentó.

—No, sólo sé que hay personas esperando a hacerme fotos en cualquier momento. Los labios de Emma se curvaron a propósito. —Pero mi foto no es la que se ha convertido en viral ahora mismo.

Emma dio la vuelta a su teléfono para que Laine viera lo que estaba mirando. Era un vídeo de Aziz y Laine bailando en la fiesta. Laine presionó sus labios y comenzó a ponerse roja.

Aziz se inclinó sobre ella. —Ah... alguien nos pilló.

—¿Qué, te estabas escondiendo? Cambiaste la música y ocupasteis la pista de baile en un evento repleto de estrellas. Emma se echó a reír. —En verdad, hubo mucha gente molesta. Estaban tan celosos que no pensaron en hacerlo ellos mismos.

—¡No somos malos! Aziz se levantó y se echó a reír.

—No es broma. ¿Te conozco? ¿Has trabajado con Raj? —le preguntó Emma.

Aziz cruzó los brazos y le sonrió. —Yo no soy actor, querida. Gestiono el considerable patrimonio y holdings de empresas de mi familia.

Emma dio la vuelta a su teléfono en su mano, mirándole con dureza. —¿No estoy segura de lo que eso significa?

—Significa que es asquerosamente rico y terriblemente aburrido —bromeó Laine. —Aunque es bastante influyente en Bahrein.

—Oh, no solo en Bahrein, guapa. En toda la Península Arábiga. Aziz sonrió, abrazó a Laine por los hombros desde atrás y besó su mejilla.

Emma aspiró sus mejillas y después miró a Laine. —Oh. Dios. Mío.

—De hecho. Nuestro encuentro fue el destino —dijo Aziz con confianza.

Laine abrió la boca pero no sabía qué decir. ¿Destino? ¿Estaba bromeando?

Aziz estaba mirando ahora a Emma. Sus ojos intensos estaban fijos, casi hambrientos. Una vez

más, Laine se preguntaba por qué Aziz la había escogido a ella en lugar de a Emma. Aquí estaba Emma, a estas horas intempestivas, tan hermosa como podría estar. Mirando como si, en cualquier momento, pudiera ser fotografiada y la gente pasaría la foto por las redes sociales asombrados de lo hermosa que era. Una estrella de cine sería un mejor partido para este magnate de Oriente Medio. Una mujer tan hermosa como Emma sería mucho mejor para él.

Aziz se movió hacia adelante, y Laine tragó saliva. Este sería su momento para empezar a coquetear con Emma. Pero no lo hizo. Simplemente agarró un donut y sonrió a Laine al morderlo. Laine se inclinó sobre su mano y le miró masticar.

—¿Puedo tomar prestada tu ducha? —preguntó Aziz.

—Oh, claro. Laine señaló a Aziz el baño y vio como pasaba disfrutando del donut con la facilidad de una persona con cero preocupaciones. Cuando se volvió a mirar hacia atrás a Emma, su hermana le dio la mirada más engreída que nunca había visto. —¿Qué?

—Dios, Laine. ¡Te llevaste el premio gordo de la fiesta! Emma se inclinó sobre la mesa. ¡Y sellaste el trato! ¿Qué ha sido este, tu primer ligue de una noche?

—Yo no hago este tipo de cosas. Laine tomó el otro café y dio un trago. —Para hacer eso, tienes que salir.

Emma se echó a reír. —¡Pero lo hiciste! Lo disteis todo, ¿eh?

—No lo hicimos. Tampoco bebimos mucho. Me tomé un par de appletinis, pero eso fue todo. Laine se mordió el labio. Haberse emborrachado podría haber excusado sus acciones. —Nos echaron de un club por nadar en su fuente.

—Oh, Dios mío. ¿Os echaron de Las Llaves? Emma aplaudió sus manos de la alegría.

—¿Cómo sabes que ese fue el club?

—Porque ese es el único con una fuente lo suficientemente grande como para nadar en ella. A esa estrella de la comedia, Johnny Right lo pillaron follándose a dos chicas allí.

Laine retrocedió horrorizada. ¡Dios, espero que la limpiaran!

Emma se retorció de la risa. ¡Seguro que lo hicieron! Oh, esto es impresionante, Laine. Esto es tan bueno para ti. ¡Y él es rico! Es genial. Me preguntaba qué hacía ese espeluznante tipo de Oriente

Medio, solo allí de pie fuera de tu apartamento.

—Es solo Faruq. Es el guardaespaldas de Aziz.

—Tan casual —bromeó Emma. —Nunca pensé que serías del tipo ámalos y déjalos.

Especialmente no a un real con un guardaespaldas.

—Yo no soy. Yo solo... Supongo que sólo quería, que por una vez en mi vida, dejar que algo bueno me sucediera. Laine eligió un pastelillo y lo sumergió en su café. —Probablemente estará fuera de aquí a la hora del almuerzo.

Eso estaría bien, se dijo ella. Él era un hombre importante. Él tenía cosas que hacer, y Laine tenía su trabajo y su familia.

Sería mejor si siguieran sus caminos.

Aunque Laine no había esperado volver a saber de Aziz después de que él hubiera dejado su apartamento, lo vio otra vez solo unos días después. Ella tenía una reunión programada en un lujoso hotel en la ciudad. Sucedió alguna vez, aunque Laine nunca antes había recibido esas cuentas, que los estilos de vida de ricos e indiferentes daba lugar a espacios inhabitables para vivir. Laine se había sorprendido de verlo en su calendario, pero la cita se había hecho por la petición, así que Laine no tenía que preocuparse de que le quitara el trabajo algún gestor de proyecto senior.

El conserje hizo que Laine esperara a ser escoltada hasta la suite, donde un miembro del personal la animó a tomar asiento en una mesa de reuniones circular. Sacó su agenda y echó un vistazo a su lista de tareas mientras esperaba.

—Buenos días, guapa.

Laine miró y sintió que su corazón saltaba de golpe. —¡Aziz! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Bueno, pedía una cita para contratar a un decorador. Aziz paseó con las manos en sus bolsillos y se humedeció su su labio inferior mientras sus ojos la miraban arriba y abajo.

—Un decorador. Laine miró fijamente sin comprender por un momento.

—Sí. He estado buscando uno desde hace tiempo. Imagínate mi sorpresa cuando me encontré con la misma mujer con la que iba a reunirme esta semana.

Laine se inclinó hacia adelante con incredulidad. —¿Y resulta que puramente por accidente, me elegiste?

—Para nada. Aziz paseaba alrededor de Laine y se apoyó contra la pared. —Te elegí muy conscientemente. Sé que ayudaste en el diseño del club al que fuimos este fin de semana, y tus diseños han salido en varias revista del hogar. Por no mencionar el premio Northeastern Interiors que ganaste el año pasado. Querida, por supuesto que sé quien es Laine McConnell.

Aziz separó sus manos. —Ir a esa fiesta donde resultó que estabas, fue el accidente. Uno feliz. Como dije, debió ser el destino. ¿Cómo de diferente sería nuestra relación si sólo ahora nos hubiéramos conocido?

—Nuestra relación habría sido mucho más apropiada para el trabajo si lo hubiéramos hecho —le informó Laine.

—Pagaré muy bien por un trabajo bien hecho —continuó Aziz, haciendo caso omiso de su preocupación. —Mi casa es bastante grande, y tenemos mucho trabajo para actualizarla. Supervisaría más del trabajo, pero como te puedes imaginar, soy un hombre muy ocupado. Estoy en una especie de vacaciones de trabajo ahora, pero en casa, no puedo pasar el tiempo para tomar estas decisiones.

Laine se levantó de la mesa lentamente. —¿Quieres decir que deseas contratar a nuestra empresa?

—Quiero contratarte. Laine, he visto tu trabajo. Nadamos en él.

Laine no pudo evitar reírse un poco de eso.

—¡Tienes el instinto muy del estilo que necesito! ¡La manera de seleccionar color, e incluso el arte! Te imploro que consideres mi oferta. Aziz se acercó a un armario debajo de una televisión de pantalla plana. Allí, sacó una carpeta, la puso sobre la mesa y sacó varias fotografías de habitaciones grandes.

—Es a ti a quien quiero, Laine, no a tu empresa —continuó Aziz. —Pero como trabajas para ellos, respetaré sus reglas... si tú lo exiges. —Yo preferiría contratarte y dejar en tus manos el rediseño de nuestro hogar.

Laine lo miró y después miró las fotografías. Su casa era simplemente enorme. Parecía más un

palacio que una casa. Laine tuvo que reconocer que el desafío de diseñar un espacio tan enorme era muy atractivo. No es que a ella no le gustara decorar apartamentos para personas de la ciudad, pero había mucho que hacer y ella había estado haciéndolo con continuidad y bien, durante un tiempo ahora. Sus músculos creativos querían estirarse. Con este lienzo y el presupuesto de Aziz, este trabajo podría ser algo que la satisficiera.

Laine se levantó mientras miraba las habitaciones frente a ella. —Necesitaría fotografías mucho más detalladas.

Aziz se dirigió a ella y tocó su barbilla con dos dedos. —No, no, Laine. Quiero que vengas conmigo a Bahrein.

Laine se tomó un momento para asimilar ese concepto. ¿Volver con él? ¿Ir a medio mundo de distancia de su casa, para decorar su casa? ¿Podría dejar su oficina tanto tiempo? Otros diseñadores viajaban. Se hacían cargo de cuentas en Chicago, Maine, Florida. ¿Pero al señor Brandt le parecería bien que ella lo hiciera? Laine pensaba que sí. Ella se había probado a sí misma ser más que fiable, pero saber que ella merecía el respeto y exigirlo eran dos cuestiones diferentes.

—Yo... yo no puedo dejar el trabajo aquí, Aziz. Tengo otras cuentas —soltó Laine después de un momento.

—Te pagaría generosamente para que las pasaras a otra persona y te centraras en mi casa.

—Y realmente no necesito estar allí para elegir los patrones.

—Pero debes vivir en el lugar. Debe sentir su energía y aprender más acerca de nosotros, si vas a hacer lo que mejor sabes hacer. Aziz rozó sus dedos por el mechón de pelo blanco que caía sobre su frente. —He tenido esto en cuenta. Puedo convencer a tu jefe de que es lo mejor.

—¡No quiero que hables con mi jefe! —dijo Laine, apartándose de él. —Yo hablaré con él. Ella suspiró y puso sus manos en sus caderas. —Muy bien, podría venir una semana. *Tal vez dos.* Comprobar el lugar, y evaluar realmente tus necesidades. Tendré que volver a consultarte. ¡No puedo simplemente recoger y ir!

No sé si ni siquiera puedo ir —pensó para sus adentros. ¿Qué pasaba si el señor Brandt decía que no? ¿Qué pasaba si papá necesitaba algo mientras estaba lejos?

—Lo entiendo. Aunque si pudieras estar en el avión conmigo cuando volviera, las cosas serían mucho más simples. Aziz cruzó sus brazos. —¿Dos semanas es tiempo suficiente para hacer un trabajo como este?

—Tendrá que serlo. —Solo... déjame tiempo para pensar... Laine se desplazó hacia la ventana, tratando de poner más distancia entre ella y Aziz. La atracción química entre ellos era casi demasiada, a veces.

—Tómate algo de tiempo —permitió Aziz. Se trasladó detrás de ella y la abrazó por la cintura. Su barbilla descansaba sobre su hombro, y Laine casi no podía respirar. —Pero por favor, Laine, ven a mi casa. Devuélvela a la vida para mí.

Laine cerró los ojos, disfrutando de la sensación de sus fuertes brazos por un momento. Se sentía desgarrada. Ir con él sería un gran impulso para su estatus y para su carrera. Uno que ella necesita, si alguna vez quería avanzar. Pero si se iba con él, dejaría muchas cosas detrás. Estaría arriesgando mucho. ¿Qué pasaba solo si sus diseños no eran lo suficientemente buenos para un proyecto de esa magnitud? Y en última instancia, Laine tenía miedo de que si fuera, no habría escapatoria a enamorarse de él.

Capítulo Seis

Laine entró en la reunión de personal al día siguiente con un corazón lleno de ansiedad y una cabeza llena de ideas. Había estado pensando sobre la oferta con cuidado. Había pasado una hora al teléfono con su padre la noche antes de hablar de ello. Por supuesto él había animó a Laine a aceptar el trabajo. Siempre había alentado a sus chicas en sus carreras. Eso no significaba que estaría del todo bien si ella lo dejaba solo, sólo con la visita ocasional y aleatoria de Emma.

Laine dejó su café y su iPad y se sentó. Le gustaba llegar a las reuniones temprano. Le permitía observar a las personas al entrar y prepararse para las siguientes conversaciones.

—Vi un pequeño vídeo de nuestra señorita Lainey —dijo Adrian Ramos al entrar y sentarse al otro lado de la mesa.

Laine cerró sus ojos. —Ya. De la fiesta.

—No. En el club que tu y yo diseñamos juntos. Adrian se inclinó hacia delante sobre la mesa. —¿Quién se imaginaba que nuestra Lainey podía deslizarse sobre la pista de baile? Y con un tío tan atractivo.

—Uy. Estaba... cortejando a un cliente potencial. Había algo de verdad en eso.

Adrian parecía dudoso, pero otros comenzaron a entrar y se volvió para hablar con Richards cuando entraba. Pronto el señor Brandt llegó, y comenzó la reunión. Cada uno presentó sus cuentas actuales y sus clientes potenciales. Cuando le llegó el turno de Laine habló de varias de las cuentas más pequeñas que había terminado la semana anterior y después sobre los diferentes añadidos que había hecho en la cuenta de Madison.

—Llevará unos meses más ejecutarla, pero los diseños estén terminados y aprobados. Al final, la cuenta Madison va a ir muy bien para nosotros —concluyó Laine.

—Bien hecho. El señor Brandt movió su cabeza. —Vale. A partir de ahora, quiero que Joel se haga cargo de la cuenta de Madison. Ultima los detalles y asegúrate que quedan contentos. ¿Lo entiendes?

El señor Brandt miró a Joel al mismo tiempo que Laine. Joel pareció encogerse bajo el escrutinio, ya que el señor Brandt era apreciativo, pero la mirada de Laine era francamente asesina.

—Lo siento, señor —dijo Laine con tanta cortesía como pudo reunir. —Yo traje la cuenta de Madison. Los he visto a través de todos sus diseños y les convencí para que hicieran mucho más trabajo del que originalmente querían hacer. Incluso hice que un artista local que la familia ama pintara un mural para la habitación de sus hijos.

—Y estás sugiriendo —el señor. Brandt respiró encogiéndose de hombros —¿que es tuya? La empresa tiene mi nombre. Todo lo que hacemos aquí es para Brandt Interiors.

—Por supuesto que no, señor, yo solo...—Laine sintió que no tenía palabras.

¿Cómo podía hacerle eso el señor Brandt? ¡Ella había sido inquebrantablemente leal desde su primer día! Había rechazado otras oportunidades para seguir trabajando aquí, porque la reputación de Brandt era la que atraía a los tipos de premios que había ganado. Con Joel cerrando la cuenta de Madison, recibiría la mitad del reconocimiento por un trabajo en el que ella había hecho el 97% del trabajo, y recibiría la mitad la comisión.

Y ni siquiera Joel tenía antigüedad. Él había empezado hacía seis meses. El señor Brandt había entregado la ballena que él había criado a un maldito bebé.

—¿Así que esto no supone un problema, correcto? El señor Brandt golpeó su bolígrafo sobre la mesa. —Aquí necesito jugadores de equipo. Necesito que todos estén pensando en lo que es mejor para el equipo Brandt, no el equipo McConnell o el equipo Ramos.

Adrian levantó la vista de sus uñas y llamó la atención de Laine como queriendo decir, ¿Qué hemos hecho para ser señalados con metáforas deportivas?

Laine presionó sus labios juntos en una línea muy fina y estrechó sus ojos. Parecía haber descendido unos grados la temperatura de la habitación, y podría decirse que Joel estaba terriblemente incómodo.

Bien.

—En realidad, señor, esta es una excelente noticia —dijo con una confianza fría. —Con Joel atando todos los cabos sueltos y haciendo el papeleo, puedo comenzar en el siguiente cliente grande

que he cerrado durante el fin de semana.

—¿Oh? El señor Brandt levantó una ceja. —¿Cómo de grande?

Laine vio la mirada que estaba lanzando a Richards. Podía decir que estaba considerando hacer un esfuerzo de "equipo" si el cliente era lo suficientemente grande.

—La finca Amirmoez en Bahrein.

—¿Amirmoez? El señor Brandt frunció el ceño. —Ese nombre me suena.

—Tienen grandes holdings empresariales en sectores de la economía internacional —dijo Richards.

—Suena como un trabajo un poco para ti, pequeña dama —dijo el señor Brandt. —¿Por qué no hacemos un equipo contigo y con Richards y Jenkins para esto? Ellos pueden trabajar en el lugar y tú puedes coordinarlo desde aquí.

—Aziz preguntó por mí personalmente. No va a contratarnos si envías a dos extraños a su casa —dijo Laine.

—¿Disculpa? El señor Brandt enderezó sus hombros. —¿Quién es Aziz?

—Aziz es el jefe de la finca Amirmoez, con quien me reuní ayer. Voy a tener que estar en el lugar para la planificación inicial, pero estoy seguro de que al final, con lo que Aziz ha prometido como mi tarifa, valdrá la pena para el equipo —añadió.

El señor Brandt parecía debatirse entre el enfado y destellantes signos del dólar en sus ojos.

—Tal vez deberíamos tener una reunión con el señor Amirmoez —sugirió Richards.

—Tal vez deberías, John —respondió Laine. —Tal vez si lo escuchas de él, entonces creerás lo que estoy diciendo. Si no soy la que está en ese avión con él, se irá con otra empresa. Él se citó conmigo buscando específicamente mi trabajo, no mis habilidades secretariales. Así que mientras que parece que ninguno de vosotros parece aceptar reconocer el éxito que he aportado a este negocio, Aziz está más que dispuesto a verlo.

—Laine, estás pisando terreno pantanoso — advirtió el señor Brandt.

Laine miró a la esquina derecha de la habitación. Era donde ella miraba cada vez que él entregaba a un caso o menoscababa algún logro que ella había hecho. ¿Por qué ella siempre esperaba

una recompensa por sus esfuerzos?

El resto de sus compañeros de trabajo estaban sentados con un silencio incómodo. Aparte de Adrian, que estaba prácticamente lleno de palabras que no sería apropiado decir en voz alta.

—Necesito al menos dos semanas —dijo Laine. —Y creo que va más allá del absurdo dejar escapar esta cuenta, simplemente porque no crees que pueda ser capaz gestionarla. Casi literalmente sería como poner 1 millón de dólares en un montón y prenderle fuego. Ella se levantó de su silla. — Puedo hacer que mi asistente envíe la información.

—Señorita McConnell, tú y yo necesitamos tener una charla en mi oficina —dijo el señor Brandt en voz baja.

—Supongo que sí.

Mientras Laine volvía a su oficina, se pasó una mano por su cabello y respiró profundamente. Si todavía tenía trabajo, era por los pelos y tal vez porque inconscientemente el señor Brandt se daba cuenta de que sus nuevas contrataciones no serían capaces de compensar el dinero que Laine producía regularmente. Un interno comenzó a venir en su camino pero se desvió a un cubículo al otro lado de la sala. Lo que Laine necesitaba ahora era un tiempo sola para pensar. Solo quería irse a casa, tomar un baño caliente y reflexionar sobre esa reunión tipo pelea de bar con una copa de vino en la mano.

Laine se paró y fijó sus ojos en una figura alta apoyada en la mesa de la guapa empleada temporal fuera de su oficina. No se había quedado con el nombre de esta. Tendían a ir pasando por la oficina ya que el señor Brandt era demasiado agarrado para contratar al tipo de asistente que pudiera realmente durar aquí. La joven tenía un el cabello rubio largo y miraba a Aziz con estrellas en sus ojos, riéndose y tapándose la boca mientras hablaba.

Laine cerró sus ojos y hizo que le rechinaran los dientes. Aceleró su ritmo y se acercó al escritorio, haciendo que la chica saltara del sobresalto.

—Justamente estaba pensando en ti —Laine dijo a Aziz.

—¿Lo estabas? Excelente. Espero que estuvieras pensando sobre mi oferta. Aziz la miró y sonrió beatífica mente.

Fastidiaba a Laine aún más que ella sospechara que él sabía que estaba molesta.

—Ven a mi oficina. Tenemos algunas cosas que discutir. Laine caminó hacia la puerta y luego dio una mirada punzante a la chica. —Ve a la sala de correos a comprobar paquetes para la cuenta de Madison, ¿puedes? Tienen que ser entregados a Joel Pratt lo antes posible.

La chica saltó asintiendo y se alejó rápido. Laine entró en su oficina.

—No me gusta esa expresión —dijo Aziz al seguirla. —¿Has decidido no venir conmigo? No voy a rendirme tan fácilmente.

—Te equivocas del todo. Acabo de hablar con mi jefe en nuestra reunión semanal de personal. Soy toda tuya —respondió Laine bruscamente.

Aziz levantó las cejas. —¡Eso es excelente!

Laine caminó alrededor de él para cerrar la puerta. Necesito que hables con el señor Brandt acerca de tus expectativas. Sinceramente, es eso o va a cambiar de pensar en las próximas dos semanas y me va a despedir.

—¿Despedirte? No imagino a ninguno de tus compañeros trayendo un cliente que ofrezca lo que yo.

—Eso no le importa.

Aziz frunció los labios. Deberías dejarlo. No te quedes con este viejo solo porque tienes miedo.

—¿Quién ha dicho que tengo miedo? Laine pasó por delante de él para llegar a su escritorio.

—¿Por qué sino trabajarías para un hombre pequeño como ese? El propio Brandt no hace su trabajo. Contrata a otras personas para hacerlo por él, e intenta hacerlos pequeños. Eres mucho mejor que este lugar. ¡Vete y no mires atrás!

Laine tragó saliva, sintiendo un nudo en su garganta. Tenía razón. Lo dejaba. Básicamente había emitido un ultimátum a su jefe sobre este trabajo en Bahrein. ¿Cuándo se había decidido? Con una respiración lenta, irritada, se dio cuenta de que debía haber sido en el momento en el que llegó a tener claro que tomaría ese trabajo de ella sin pensárselo dos veces. El señor Brandt le quitaría todo lo que pudiera a ella y le daría sus alabanzas y adelantos a sus compañeros masculinos.

Aún así, tomar una decisión vital tan grande porque estaba enfadada no era la acción propia de una mujer racional orgullosa de sí misma. Pero no podía ir ahora a la oficina del señor Brandt y

recuperarlo.

—Solo para que lo entienda —dijo Laine. —Vengo solo en calidad oficial. Habrá momentos en los que necesite tratar contigo, y espero que no estés demasiado ocupado flirteando con otras mujeres para poder ayudarme a hacer este trabajo.

—Ahh. Estás celosa. ¿Por qué no simplemente dices eso? Aziz se echó a reír y se movió para deslizar sus brazos alrededor de su cintura. Ella se apartó y cruzó sus brazos. La sonrisa de Aziz solo creció más amplia. —Otra vez, me haces trabajar por lo que quiero.

Laine volvió la cabeza lentamente mientras Aziz comenzaba a rodearla. Se acercó más a la ventana que daba al resto de la oficina y cerró las persianas. Después, bajó su mano para bloquear la puerta.

—Nos hemos divertido. Pero ahora soy tu empleada. Esta es mi carrera. ¡Es importante para mí! Laine se apagó mientras Aziz se desabrochaba el cinturón. Recordó la energía entre ellos sólo unos días antes y cómo extrañaba su olor y su calor contra su cuerpo.

—Tu carrera también es muy importante para mí. No pretendo perjudicarla de ninguna manera —aseguró Aziz. —O tú. A menos que me lo pidas.

Cuando Aziz se acercó a ella otra vez, sus manos agarraron sus caderas y empujaron su espalda contra su escritorio. Se movió un poco, y Laine miró detrás de ella los papeles y el marco con una foto de su padre dentro.

—Estás enfadada —susurró Aziz. —Muéstrame tu fuego, guapa.

Besando con avidez a Aziz, giró la foto y comenzó a acariciar su nuca. Sus manos se movieron arriba y abajo de sus lados, y en un momento, ella dejó que sus grandes manos levantaran su falda.

Sus bragas desaparecieron fácilmente, y ella evitó gemir cuando sintió dos dedos grandes, ásperos dentro de ella. Ella se mordió el labio y arqueó la espalda mientras Aziz ponía sus dedos a trabajar, acariciando y la incitaba de la manera más experta y hacía que sus músculos se contrajeran y saltaran con anticipación queriendo más.

Laine inclinó su cabeza sobre su hombro y dejó que su cuerpo cubriera su jadeo. Aziz acarició la parte de atrás de su pelo y movió sus manos para levantarla fácilmente. Apartó las cosas y los

marcos de fotos que cubrían el borde de su escritorio antes de que Aziz pusiera su espalda en una cama de archivos, dibujos y notas garabateadas. Él aflojó varios botones en la parte delantera de su blusa mientras mordisqueaba hacia abajo su pecho, después deslizó una mano en su sostén. Su pulgar tocaba su pezón, haciendo que se mantuviera erecto antes de que sus labios se posaran sobre él con besos suaves, con la boca abierta.

La cabeza de Laine cayó hacia atrás y su boca se abrió en un grito silencioso. Miraba el horizonte fuera de su oficina mientras sus pechos le dolían y su interior palpitaba de necesidad. Un suave golpe le indicaron que sus pantalones habían caído al suelo.

—Aziz... por favor...

—Hm... ¿No es inadecuado? —murmuró contra su carne.

—Nada sobre ti es apropiado. Es parte de tu encanto —se burló Laine.

Aziz, pasó su lengua alrededor de su areola y entonces dio a su pezón una succión húmeda mientras frotaba el otro suavemente con sus dedos.

—Fóllame apropiadamente —Laine abrió la boca.

—¿Es eso todo lo que quieres?

—Fóllame —rogó.

Aproximadamente, una de sus manos agarró su cadera, y la otro levantó su rodilla. Laine sintió su dureza caliente entrar dentro de ella. Esta vez empujaba más y más rápido pero ella se abrió para él igual que una flor muriendo de hambre por la luz del sol. Ella ya estaba húmeda anticipándose, Aziz sabía claramente como respondía el cuerpo de una mujer y sus dedos agarraron su hombro, como tratando de meterlo más profundamente dentro de ella.

La mesa temblaba debajo de ella y sonidos de necesidad se escaparon de sus labios a pesar de sus intentos de permanecer callada. En poco tiempo, su cuerpo se estiró y se contrajo por el calor y el placer floreció contra su longitud dura presionando en su suave carne. Aziz acarició su rostro mientras ella se corría y arrugó su frente y bloqueó sus caderas, empujando profundamente en su interior.

Los párpados de Laine se agitaron. Agotado, se inclinó sobre ella en el escritorio y rozó su

nariz con la suya.

—Tú te vienes conmigo —dijo Aziz pícaramente.

Lo haré —dijo Laine. Ella miró sus ojos verdes avellana y la dejó descansar un momento.

Sería demasiado fácil perderse en ellos, y ella no podía hacerlo, no con un hombre como este, que podría ser la elección de prácticamente cualquier mujer en el mundo. Pero oh, qué divertido era, querer algo parecido a esta aventura, que no era bueno para ella y que ella no debería querer. Por primera vez en mucho tiempo, Laine simplemente se dejó a ella misma desearlo. Podía ser temporal, pero podía tomar lo que Aziz estaba ofreciendo, por ahora.

Capítulo Siete

Entender que iba a ir a lo que esencialmente era un palacio y estar en realidad de pie en el inmenso vestíbulo eran dos cosas totalmente diferentes. Incluso el exterior del palacio, donde Laine había admirado los detalles arquitectónicos modernos mezclados con el clásico estilo del Medio Oriente, no la había preparado para mirar hacia arriba al techo y quedarse sin aliento ante la vista. No la había preparado para ver exuberantes, plantas con flores fuera de macetas alrededor o diseños de mosaico subiendo superficies increíblemente altas. Laine sabía que debía seguir a Aziz, pero ella no podía apartar sus ojos de las ventanas ornamentadas que dejaban que el sol inundara el vestíbulo.

De repente Laine se sintió mareada, y en un momento se encontraba mirando fijamente hacia arriba al techo en los brazos de Aziz.

—¿Estás bien? —Aziz la sentó.

—Solo... me he mareado —murmuró ella. —Tienes una casa encantadora.

Aziz peinó su pelo fuera de sus ojos. —El calor, pienso. Se tarda un poco en acostumbrarse. Ya no estamos en Nueva York.

—Me di cuenta en el momento en el que bajé de tu jet. Laine respiró profundamente y se apoyó contra el pecho de Aziz. Ella había intentado vestirse adecuadamente. La investigación que había podido hacer antes de su viaje le indicaba que la cultura de Bahrein no exigía que ella, una extranjera, estuviera tapada de la cabeza a los pies. Aún así, no había previsto como se sentiría caminando con un tiempo de 50 grados.

Aziz ayudó a Laine a ponerse de pie y mantuvo su mano sobre su espalda. —Encontrarás que las faldas te mantendrán más fresca que los pantalones, aunque sé que los prefieres. He preparado algo de ropa que te espera en tu habitación.

—¿Me has comprado ropa? Laine respiró profundamente y miró los viejos cuadros que colgaban en los pasillos.

—Hice que una persona en la que confío eligiera algunas cosas. Puede decidir cuáles te gustan.

No debería ser un problema que estés un poco más cómoda detrás de nuestras paredes, sobre todo en tu habitación y en tu oficina. En público, confío en que tengas buen juicio.

—No planeaba aventurarme mucho tiempo por Bahrein, aunque estoy segura de que es muy bonito —dijo Laine.

—¡Pero tienes que ver nuestro país! ¿Qué sentido tiene estar en un lugar hermoso, extranjero, si no tomas el tiempo para sumergirte en él?

—El sentido, según entendí, era decorar este hermoso palacio extranjero. Laine hizo una pausa para asimilar un enorme jarrón antiguo que probablemente podría mostrarse en el museo nacional.

—Este palacio que no parece necesitar un decorador.

—Oh, pero si lo necesita. Hice renovar la fachada para que fuera más moderna, pero como puedes ver, el resto del palacio es prácticamente un mausoleo. —Aziz lanzó una mano en el aire.

—Laine sonrió. —No está tan mal.

—Bahrein se ha hecho un nombre por sí mismo en el nuevo milenio. Contamos con una población diversa y una economía robusta. Tenemos dos parques acuáticos, ¡en el desierto! Y tenemos muchas mujeres en nuestro parlamento —la informó Aziz. —Es correcto que nuestros líderes económicos reflejen las fortalezas de nuestra gente: bueno, Dios y progreso.

Laine vio que la expresión de Aziz crecía en intensidad y orgullo. Era un cambio agradable del playboy aparentemente despreocupado. Mientras que ella adoraba al playboy más de lo que era bueno para ella, ver cuánto Aziz se preocupaba por su país hacía que su corazón se agitara un poco.

También era un cambio agradable verlo sin sus trajes. Parecía un poco más accesible en su camisa estampada, que tenía vides color melocotón que se extendían sobre un fondo rojo en su pecho y rojo sobre melocotón en sus mangas. Cuando estaba en el trabajo, algo así estaría cubierto por un traje.

Aziz la llevó a su habitación, que era fácilmente del tamaño de todo su apartamento en Nueva York y se comprometió a que desde ese día, él no estaría presente allí a menos que ella le invitara explícitamente. Ese momento de caballerosidad parecía raro después de que hubieran sudado juntos en una limusina, en su oficina y en un jet privado, pero estaba en consonancia con el tono de su estancia allí hasta el momento.

Laine se sentó en una cama tan grande que no podía alcanzar los dos extremos aunque se estirara de pies y de manos. El edredón era deliciosamente sedoso al tacto, y un rico dosel verde esmeralda colgaba sobre la cama y abajo a los lados, con el extremo atado atrás en ese momento con cintas anchas. Sería como dormir en una tienda secuestrada.

Una vez que ella había asumido la enormidad de su cuarto, Laine volvió su atención a los estantes de ropa que la esperaban. Tenía que reconocer que los vestidos adornados, que volaban ligeramente con la brisa de un conducto de aire acondicionado parecían mucho más cómodos que los trajes de negocios que había llevado. Su equipaje ya estaba colocado esparcido pulcramente por la cama, dejado ahí por algún miembro invisible del personal. El vestido rojo que había conseguido en unos grandes almacenes era suficiente para su rutina diaria para una semana más o menos. Había traído muchas más muestras y materiales para su trabajo de decorar el palacio.

Laine pasó sus manos por los vestidos y faldas que Aziz le había llevado. ¿Cómo sabía qué le gustaría a ella? Aunque él se habría basado en el vestido que ella había llevado, no se habría imaginado que estuviera interesado en la ropa de mujer. ¿Tal vez uno de los diseñadores, o un asistente personal? Independientemente, cada una era encantadora y parecía ser de cerca de su tamaño.

Con una sonrisa, Laine seleccionó un vestido largo color púrpura en las mangas y los lados que pasaba a un rosa bonito en el centro. Se ducharía, se cambiaría y llevaría éste para la cena. Después de todo, ella podría considerarlo un beneficio del trabajo, y necesitaba refrescarse, por lo que podría explorar el palacio correctamente y comenzar a bosquejar y tomar notas para sus diseños.

El palacio parecía interminable. Laine se perdió dos veces vagando de habitación en habitación, tratando de envolver su cabeza alrededor del diseño para una casa tan grande. ¿Debería darle a cada habitación un tema diferente? ¿Deberían los temas progresar de una habitación a otra? ¿Ella intentaría infundir la cultura y la historia de la familia de Aziz, o debía alejarse de las cosas sobre las que no sabía nada?

La tarea fue difícil, tanto en tamaño como por el hecho de que estaba poniendo en peligro su carrera por estar aquí. Realmente no le quedaba ninguna otra opción que hacer un trabajo magnífico.

Finalmente, uno de los sirvientes se acercó y se ofreció a mostrarle el comedor. Decidiendo que debía abordar el problema por la mañana después de dormir bien toda la noche, siempre que Aziz cumpliera su promesa de no entrar en su habitación, Laine siguió al sirviente mientras repasaba sus notas en su cabeza.

El comedor, como todas las habitaciones, era enorme. La mesa era tan larga que Laine se imaginó a no menos de cincuenta empresarios sentados alrededor hablando sobre los aranceles de importación y ventas. En cambio, sólo una persona se sentó en la mesa, y cuando Laine se acercó más, se dio cuenta que no era Aziz. Era una mujer joven, tal vez de veintipocos años, con un pañuelo sobre su cabeza, con una fila de joyas cosidas en el borde donde debería estar su raya del pelo.

La mujer se levantó al acercarse Laine, fijó sus ojos sobre Laine e inclinó su cabeza hacia el lado. —Pensé que estarías hermosa con él —dijo ella . —Le dije a Aziz que te gustaría y que le gustarías con él.

El pecho de Laine se le oprimió al encontrarse detenida por los grandes ojos verdes de la joven. Ella era fascinante, casi como una muñeca por sus facciones. Estas, a su vez, estaban mejoradas su vez, por su lápiz de ojos y una mejilla bien contorneada, que no necesitaba realzarse mucho. Laine podría haber ardidido de envidia por esos pómulos incluso si estuvieran sin maquillaje. El vestido largo de la mujer solo mejoraba su belleza y caía amablemente sobre curvas suaves sugiriendo una exuberante figura ocultada por modestia. Laine estaba celosa e hipnotizada.

—Oh —murmuró ella. Estaba segura de que sus mejillas estaban vuelta bajo el escrutinio de la mujer. *¿Dónde estaba Aziz?* —Gracias.

La mujer dio otro paso hacia Laine, separando sus rollizos labios. malva y apretó el hombro de Laine cariñosamente. —Lamento que Aziz no se una a nosotros para cenar esta noche. Le han llamado para que fuera a la capital por un negocio, y ha estado viajando tanto tiempo que no podía posponerlo. Pero le aseguré que tú y yo podríamos presentarnos a nosotras mismas perfectamente.

Su sonrisa desprendía calor y una vibración de espíritu.

Y fue entonces cuando Laine se dio cuenta de quien era esa mujer.

—¿Eres Hadiya? —preguntó Laine. Cuando la mujer asintió, Laine sintió un calor, pero esta

vez de vergüenza por haberse sentido tan celosa de la hermana de Aziz.

Hadiya agarró por el brazo a Laine y la llevó a un asiento. —Cenaremos juntas. Nuestras habitaciones están cercanas. No nos mantenemos totalmente separadas de los hombres, pero le dije a mis hermanos que probablemente te sentirías más cómoda en la casa con una mujer de compañía. Aziz es tan tonto, dejando aquí a mujeres solas.

—Pero tu vives aquí, ¿no? —preguntó Laine.

—A veces lo hago. Como nuestro hermano mayor Amin, suelo pasar más tiempo en Manama. Hadiya se encogió de hombros y tocó el hombro de Laine. —Estamos un poco lejos de todo aquí en nuestra casa familiar.

Hadiya levantó su otra mano para hacerle una señal al sirviente. Tenían una serie de salsas ligeras con verduras y pan de pita para comenzar y una bebida fría, refrescante bebida de cubiletes exquisitos. Hadiya se abrió a Laine fácilmente, haciéndole preguntas sobre su trabajo y sus planes para su tiempo allí, sin entrar demasiado en los sentimientos de Laine acerca de Aziz.

Laine tuvo que preguntarse si Hadiya había realizado esa tarea más de una vez.

—Tal vez tú me puedes dar alguna orientación sobre mis diseños. Laine lamió de sus dedos un poco de algún tipo de salsa que había sido mezclada con semillas de sésamo. —Aziz dijo que quería algo moderno, pero que sentía que sería un pecado derribar toda esta historia y comenzar de nuevo —Laine se encogió de hombros —algo posmoderno, o enteramente occidental.

Hadiya golpeó su dedo índice sobre la mesa. —Tienes que mantener un equilibrio con él. Es un punto de terquedad con Aziz. Él piensa que sabe lo que quiere... pero no siempre tiene razón y cambia de parecer.

Laine tragó saliva. Por supuesto Aziz era voluble. Todo lo que un hombre poderoso podía ser.

—¿Él realmente quiere redecorar todo este palacio? Laine le preguntó sin rodeos. —Yo no soy la primera mujer que trae aquí por capricho, ¿no?

—Apenas. Hadiya bromeó. —Pero eso no quiere decir que realmente no quiera que lo hagas. Él no te haría perder el tiempo así, y ha pasado mucho tiempo buscando un diseñador que le gustara suficiente.

—Pero él puede decidir posteriormente que le gustaría mejor otra cosa —conjeturó Laine.

Hadiya colocó su mano sobre la de Laine. —Si es así, le diré lo que debe mantener tu mejor trabajo. Por lo menos, la familia Amirmoez valora el arte.

Laine se ruborizó y rió suavemente. —Tú y Aziz sois muy parecidos.

—Esto puede ser cierto. Aunque, no viajo tanto como él.

Laine no dudaba de que existían otras diferencias. Pero la energía de Hadiya le hacía darse cuenta de que echaba de menos tener a Aziz allí, y estaba decepcionada de que no la viera con ese vestido. En cambio, estaba en Manama, haciendo negocios y probablemente coqueteando con otras chicas, y tal vez asaltando alguna fuente. Era un recordatorio necesario para Laine de que necesitaba para mantener su mente en el trabajo, aunque ella no podía evitar que Aziz distrajera su cuerpo.

Capítulo Ocho

Los siguientes días Laine los pasó o sola o con Hadiya, desarrollando un plan para el palacio. Laine hubiera dirigido sus ideas a Aziz, pero con cada día de ausencia, ella estaba cada más molesta y menos arrepentida de seguir adelante con sus planes. Después de todo, tenía un plazo. Uno al que ella había dado mucha importancia y que prometía grandes recompensas o un despido espectacular.

Laine eligió realizar ligeros cambios a las habitaciones que Hadiya había sugerido que serían utilizadas para actividades de negocios. A pesar de que Bahrein era más progresista que sus países vecinos, Laine sospechaba que muchos de los socios de Aziz y funcionarios del gobierno agradecerían un enfoque más tradicional. Laine podría resaltar más la historia cultural en las habitaciones, manteniendo sus detalles editoriales estructurales en naturaleza. Sería un buen compromiso con el que Aziz podría vivir después de que ella se hubiera ido. Aunque Hadiya le había confirmado que Amin y el resto de la familia vivían en Manama la mayoría del tiempo, había habitaciones que podían utilizarse para negocios o simplemente para una visita. Sería incómodo tener arte altamente abstracto o 'provocativo' del tipo que Aziz le gustaba en habitaciones que serían potencialmente frecuentadas ejecutivos o funcionarios estatales conservadores.

Laine deslizó en uno de sus cuadros para probar el pegamento y la pintura contra una pared. La mitad de sus muestras de papel pintado se había desintegrado con el calor antes de que ella pudiera incluso abrir las cajas, y necesitaba ver cómo los suministros supervivientes funcionarían. Sin duda tendría que ser flexible con sus conceptos y materiales.

Con el pelo hacia atrás desordenado, Laine pintó una amplia franja de pintura en la pared para ver cómo se extendería uniformemente con el calor. Se formaron burbujas y entonces goteó hacia abajo de la superficie.

—Maldita sea —murmuró ella.

—No sé lo que pienso de este estilo —dijo Aziz detrás de ella.

Laine se giró y frunció los labios, inclinando su cabeza hacia el lado. —Esto no es un estilo.

¡Estoy tratando de averiguar lo que realmente puedo utilizar con este calor que no aguanta ni Dios!

¡No creo que Dios tenga mucho que ver con eso! El tiempo es diferente en todo el mundo. Aziz se puso a mirar sus cuadernos y comenzó a pasar páginas. Laine se dio cuenta que volvía a llevar traje y que admiraba las buenas vistas.

—¿Eso es todo? ¿Ningún aviso ni saludo? ¿Simplemente entras y sales cuando quieres?

—Tengo muchos asuntos que tratar... Hay muchas, muchas notas aquí —dijo Aziz.

—Hay muchas habitaciones. —Laine resopló. —He intentado crear un plan general, pero estoy estancada por las mencionadas ausencias y el tiempo. ¡Ha derretido mis pegamentos y mis pinturas!

—Podemos pedir más suministros. Eso no supone ningún problema.

—Sé lo que necesitamos. Embalé las cosas tan rápido, que no tuve tiempo de supervisar que muestras se pusieron, y los asistentes no saben lo que están haciendo. No embalaron los artículos correctos.

Aziz paseaba más allá de ella y corrió sus dedos sobre la pintura líquida. —Esto es un fastidio.

—Sí, lo es. Laine pasó sus manos por el cabello de él. Un peso colocado sobre su pecho. No estaba segura de cómo podría terminar este trabajo en dos semanas. Tenía incluso menos tiempo, ahora que había pasado tanto tiempo tratando de adivinar qué hacer.

Las deliberaciones mentales de Laine se cortaron cuando Aziz se dio vuelta y manchó su mejilla con pintura.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—¡Todavía se extiende bastante bien! —se burló él.

Laine se puso las manos en sus caderas. —¡Pero no se irá uniformemente!

—¡Supongo que tendremos que estudiar eso! Permíteme probar otro color...

Laine le miró hacia abajo y entonces alcanzó para un cepillo diferente. Aziz no se apartó mientras pintaba con pegamento su pecho.

—Eso no es pintura —dijo él.

Agarró su cuaderno, garabateó algo, arrancó la página y lo pegó en su pecho. Ponía, "Gran contable de lujo".

—¡Gran..., Laine! —Aziz abrió la boca. —¡Yo no soy un contable!

—¡Mmm!

—Administro las vastas, vastas propiedades del patrimonio de la familia.

Laine, solo sonrió.

—Que son tanto locales en Oriente Medio como internacionales. Aziz se dio la vuelta mientras Laine se alejaba para mirar sus notas. —Y consulto la política económica de nuestra nación...

Después de un momento de silencio, Laine miró hacia atrás justo a tiempo de ver una lata de color azul cerúleo inclinándose sobre su cabeza.

—¡Ah!

—¡Es un buen color para ti!

Laine resopló y agarró un pincel para pintar su caro traje con un verde esmeralda.

Las latas se vaciaron, voló la pintura, hubo salpicaduras de pegamento, mientras los dos se enzarzaban con el inventario ahora inútil de muestras de decoración de Laine. Aziz se echó a reír con ganas y Laine resoplaba y unos minutos más tarde, ambos se desplomaron contra la pared.

Laine sacudió la cabeza. —Esa es una manera de liquidar material inservible.

—¡La pared se ve mejor ahora! —dijo Aziz.

Laine inclinó su cabeza hacia atrás para ver las salpicaduras. —Absolutamente no. Parece como si un niño de cinco años lo hubiera hecho.

Aziz se rió entre dientes. —Deberías mantenerlo. Se lo mostraré a Amin y le diré que vamos a hacer el palacio entero con este estilo.

—O sea que no te gusta demasiado tu hermano mayor —bromeó Laine.

—Él no tenía ningún interés en continuar las reformas. Me corresponde a mí, por desgracia, y él aún no lo ha aprobado por ahora.

—A nadie le gusta un decorador de segunda fila. Saca una foto de y envíasela. Las personas que no saben demasiado sobre arte probablemente creen que todo se parece a esto de todos modos. Laine

se limpió pintura de su frente. Los dos parecían collages andantes.

—Ah. Eso es cierto. Te debería llevar a nuestro museo de arte moderno. Las personas no piensan en Bahrein por el arte, pero estamos creciendo rápidamente en esta zona. Aziz tomó su mano y dejó que la pintura se embadurnara hasta que el color morado rezumaba entre sus dedos.

—Admito que no. Pero sinceramente no he estado en el juego de comprar arte desde hace tiempo. Estoy demasiado ocupada con el diseño.

—Tú elegiste esas piezas preciosas en tu apartamento —sostuvo Aziz. —Tienes buen ojo para él, incluso si no te pasas todos los días descubriendo lo que otros piensan.

Laine tiró para arriba sus rodillas y envolvió sus brazos alrededor de ellas. Realmente no había ninguna razón para no explicarle de donde procedían los cuadros. De alguna manera, sin embargo, no quería que supiera nada sobre su hobby abandonado.

—¿Qué sucede? —preguntó Aziz.

—Bueno, para ser honesta, yo no he seleccionado esos cuadros.

A Aziz se le cayó la cara. —Ya veo. O sea... ¿qué tienes a otro que los hace para ti? ¿Quieres que despida a esa persona también, para que puedas hacer tu trabajo más eficientemente?

Laine hizo un ruido. —Soy perfectamente capaz de hacer mi trabajo.

—No pretendo ofender, pero me gustaría algo de ese tipo de arte en el rediseño.

Laine la miró con dureza. —Yo no los elegí, los pinté yo, Aziz. Les pinté hace años. No necesitas contratar a nadie. Solo tienes que conseguirme pintura con la que pueda trabajar. Yo me encargaré de todo lo demás.

Los ojos de Aziz se ensancharon y se enderezó, agarrándola como si la hubiera visto por primera vez.

—¿Tú creaste esas hermosas obras de arte?

—Pues claro que fui yo —dijo sarcásticamente.

—Estás enfadada conmigo, y no estoy seguro del motivo. Son verdaderamente sorprendentes. Eres una artista, igual que una mujer de negocios. —Aziz se encogió de hombros. —Yo soy un hombre de negocios, pero no un artista. Es natural admirar lo que no puedes hacer.

—Yo no soy...—Laine sacudió la cabeza. —Soy simplemente una diseñadora. No he trabajado nunca como artista.

—Tú creas arte. Eso es todo lo que se necesita para ser un artista.

—Tal vez. Pero no se paga, y no es práctico. Emma tiene su carrera como actriz, y papá pasó un mala temporada durante un tiempo para poder llegar a fin de mes. Justo al salir de la escuela, yo tenía que ser la que fuera práctica.

Aziz frunció los labios y asintió con la cabeza. —Una artista práctica.

Laine torció la boca hacia un lado.

—Yo digo que nos limpiemos y saquemos a nuestra artista para que se inspire. Él tocó suavemente su pelo.

—¿Qué, de repente tienes tiempo para sacarme por ahí?

—Sí. Llegué casa temprano porque se canceló una reunión. A veces es así. Mi tiempo no es siempre mío. Aziz dio un beso en un lugar sin pintura en la frente de Laine. —Pero cuando será, soy toda tuya.

—Ya lo veremos.

Era extraño caminar por los bulevares en Bahrein. Eran un poco como los que Laine estaba acostumbrada en casa. Las tiendas estaban pegadas, pero la estructura del centro comercial de alguna manera era diferente. La apariencia y la sensación eran diferentes. Parecía como si hubieran tomado un bazar y lo hubieran pegado dentro. Más luz natural iluminaba los espacios. Más espacio abierto permitía movimiento más fácil. Laine no podía destacar la mayor diferencia, aunque, reflexionó sobre ella mientras ella y Aziz recorrían la amplia zona común.

—¡Los anuncios! —exclamó de repente.

Aziz inclinó sus gafas de sol oscuras hacia abajo y la miró. —¿Perdón?

—Los anuncios. No están desparramados por todas partes. Miró hacia arriba y alrededor del espacio. Los hombres y las mujeres pasaban a su lado, charlando de sus propios asuntos.

—Esto no es una mala cosa. —Él pasó una mano sobre la parte delantera de otra camisa de dos

colores. Incluso sin el traje, él parecía que esperaba ver al rey en cualquier momento.

—No, no lo es. Me estoy dando cuenta... En América, estamos bombardeados con anuncios prácticamente desde que nacemos. Están por todas partes. Centros comerciales, aeropuertos, escuelas. Incluso los meten en programas de televisión. Estás viendo un drama adolescente y de repente todas las personas tienen superpoderes por la marcha de chicles que están tratando de vender. Laine levantó una mano sosteniendo una copa invisible. —Disfruta de una refrescante Cherry Snork.

—Eso no puede ser efectivo. Después de un tiempo debes dejar de darte cuenta que están.

—Oh, lo hacemos. Enonces se vuelen más agresivos. Pero lo que tienes que saber sobre cómo vender a la gente actualmente, es que se trata menos sobre el producto y más sobre todo lo demás que les estás vendiendo.

—¿Como en otros productos?

—No. Como en la experiencia. Como en el estilo de vida. Las tiendas de ropa nombran sus líneas de ropa según el tipo de mujer como sus clientes quieren ser vistas. Parece raro fuera de la cultura occidental, pero los gustos de las personas están amoldados por la idea de que puede elegir quién son según lo que compran.

Aziz asintió y frunció el ceño seriamente pasaban por una tienda de ropa. —Así que ¿qué estilo de vida se vende cuando el anuncio tiene una mujer con poca ropa, comiendo una hamburguesa mientras lava un coche?

Laine abrió la boca e inclinó su cabeza hacia el lado. —Um, hedonismo, supongo.

—La hamburguesa se llenaría de jabón. Te pondrías enfermo —dijo Aziz con una sonrisa sincera.

—Laine se echó a reír. —No tomaría ninguna lección sobre comer de anuncios de hamburguesas.

Pasaron más tiempo mirando a su alrededor, pero aunque era agradable y a Laine le gustó la elegante arquitectura del centro comercial, no le estaba mostrando lo que ella necesitaba. Aziz se hizo una seña Faruq, y su coche se acercó a reunirse con ellos en la salida. Veinte minutos más tarde, estaban paseando por el zoco de la ciudad.

La pared exterior del mercado era casi impecablemente blanca, pero cuando entraron dentro, los colores inundaron a Laine. Banderas fueron colgaban sobre sus cabezas entre cada lado de la calle. Cada tienda estaba encima de la siguiente, desbordada con ropa, joyas, ollas, alfombras y otros productos.

Muy rápidamente, Laine notó la diferencia en cómo Aziz se comportaba. Esta mucho menos relajado, y se acercó a ella. Ella inspeccionó a la multitud. La gente no parecía tan diferente de los del centro comercial, pero Faruq se hizo visible al seguirlos. Fue un cambio interesante, definitivamente.

Aziz permaneció a su lado mientras miraban los productos locales. Laine se colocó para que Aziz se elevara detrás de ella, y sacó su bloc de notas para garabatear algunas ideas y hacer algunos dibujos.

—¡Ah, esto inspira a la artista! —dijo Aziz.

—Podía haber utilizado Internet o algo —murmuró Laine.

—No puedo imaginar que eso fuera suficiente

—No. Ni de cerca.

Laine asimiló el ambiente del mercado. Un olor almizclado, humano mezclado con el aroma de especias y carne cocina y perfumes pesados. El código de vestimenta era muy parecido al del centro comercial: enseñando muy poca piel, pero todos muy bien vestidos. De hecho, la gente que iba al mercado podía ir incluso mejor vestida que la gente en el centro comercial. Los hombres pasaban en trajes de estilo occidental o en dishdashas populares localmente. Las largas túnicas colgaban hasta los tobillos y aunque en su mayoría eran blancas, también había en otros colores suaves y frescos. La mayoría de las mujeres, pero no todas, cubrían su cabello con pañuelos encantadoras, adornados al estilo de Hadiya. De cualquier manera, estando bien colocado parece ser un punto de orgullo. Laine estaba contenta de que Hadiya le hubiera dado una selección de prendas de vestir que fueran apropiadas para llevar en público.

La gente iba a lo suyo, apenas dándose cuenta de los dos, aunque uno o dos parecían darse cuenta de Aziz y su escolta. Ella supuso que la mayoría de ellos no reconocía necesariamente a Aziz, igual que la mayoría de los estadounidenses no reconocían al uno por ciento de los empresarios

estadounidenses, a menos que se hubieran convertido en unos grandes payasos en los medios de comunicación. Ahora que ella pensaba, las pocas miradas podrían haber tenido más que ver con la reciente salida de Aziz en Nueva York y los subsecuentes vídeos que con otra cosa.

—¡Oh, qué bonitas! Laine caminó hacia una pared con lámparas colgantes. Brillaban con la luz del sol y de una luz encendida dentro. Probablemente, llamaban la atención más fácilmente de noche, pero los patrones, la forma en que los pequeños fragmentos de azulejo de mosaico se unían para reflejar la luz, fue lo que llamó la atención de Laine.

—¿Te gusta esto? —preguntó el dueño de la tienda a Laine mientras miraba las decenas de lámparas que colgaban, cada una un poco diferente. —Puedo darle un precio excelente.

—Son llamativas. —Laine miró a Aziz. —Tienes mucha luz directa tanto con las lámparas en las paredes y con la luz natural que entra. Hay habitaciones donde sería mejor tener alguna iluminación empotrada o incluso cubierta.

—Estas son muy comunes de tener alrededor —dijo.

—Hm. Esta es una de las razones por las que las pondría en una habitación que tus socios de negocios pudieran ver. Moderno con los muebles, pero manteniendo estos detalles que les daría la sensación de estar como en casa.

—Ten en cuenta lo que te guste. Dudo tenga suficientes aquí para cubrir una habitación —dijo Aziz, deslizando sus manos en sus bolsillos.

Él se giró por un momento. El arte le gustaba, pero parecía que la decoración doméstica general probablemente iba más allá de su capacidad de inversión personal.

—No estoy interesada en colgar una lámpara o dos alrededor del estudio. Laine dio un paso atrás y se hizo una idea de las lámparas, con todos sus colores.

—Tenemos una buena cantidad en existencias, señorita —dijo el tendero.

—¿Su fabricante podría fabricar algo personalizado? ¿Como esta? Laine le mostró un dibujo. —Me gusta la idea de una lámpara de araña, pero no colgando simétricamente así. Por el contrario, ¿hacer que descendan hacia abajo, en una curva?

El hombre frunció el ceño ante la imagen. —Tendría que hablar con el propio artesano.

—Bueno, supongo que podríamos comprar las lámparas individualmente y contratar a alguien para armar la pieza —dijo Laine después de un momento. Miró a Aziz.

Se encogió de hombros. —El costo no es ningún problema.

—Ah, estas magníficas lámparas de aquí, setenta y cinco dinares —dijo el tendero.

Laine levantó una ceja con escepticismo. Al último cambio, el dinar bahreiní valía unos dos dólares y sesenta y cinco centavos. —¿Qué, cada una? De ninguna manera. Tal vez por siete de ellas. Puedo conseguir una de estas en eBay por cuarenta dólares. —¿No hay manera de que estas cuesten doscientos dólares!

Vale, ella estaba bajando un poco el precio que había visto en línea. Pero se suponía que regatear era una actividad común en estos mercados y los del lugar tendían a timar a los occidentales si podían. Y el comentario de Aziz no había ayudado.

¡El artesano, señorita, usted tiene que saber lo que está mirando! El hombre tomó una de las lámparas para que ella la viera.

—Te prometo que cuando he puesto lámparas turcas en los hogares de la clase alta neoyorquina, no les he cobrado tanto y la artesanía era tan buena como esto. Laine señaló a una de las lámparas. —¿A esa incluso le falta un azulejo!

No era así, pero miró hacia arriba en asombro de todos modos.

—¿Estas se mantendrán unidas? —preguntó.

—¿Cómo te atreves? —el hombre estalló. Laine saltó hacia atrás cuando empezó una diatriba acerca de la calidad y el valor de sus acciones.

Aziz se colocó entre ellos. —¿No hables con ella de esta manera!

¡Mantengo la calidad de mi material! ¡Nosotros no vendemos mercancías baratas aquí, señor!
—protestó el hombre.

Laine volvió a la carga. —¿No vamos a pagar tanto! ¡Tal vez te daría 18 dinares por pieza!

La reacción del hombre fue prácticamente apoplético, pero no se acercó ni un paso a ella con Aziz, sobre él.

Pero cuando ella se empezaba él gritó —¡Bien! ¡Bien! ¡Saca la comida de la boca de mis hijos!

Treinta dinares.

—Laine resopló. —Veinticinco.

El hombre la miró fijamente. Ella miró hacia atrás y giró la cabeza. Aziz iba a alcanzarla cuando el hombre asintió con la cabeza y le dijo que eligiera las lámparas que quisiera.

Laine sonrió como un gato de Cheshire.

—No sabía que eso valiera la pena el esfuerzo —le dijo Aziz mientras caminaban lejos del stand. Él había pedido que alguien recogiera su compra por ellos y la llevara a su coche.

—Oh, las podía haber conseguido en algún otro lugar. Obtuvimos un poco más de descuento en el coste, sobre todo en lo que pagaría por el envío, pero realmente necesito acostumbrarme a regatear aquí. —Laine presionó su mano contra su pecho. —Mi corazón va a tope.

—Tú ofendiste su honor, señalando el defecto en su trabajo.

—Estaba mintiendo. No faltaba ningún azulejo.

Aziz la miró con admiración. —Mentiste.

—Los fabricantes y los distribuidores están siempre tratando de timarte. Generalmente no se ponen tan...explosivos. Creo que al final, te va a gustar el efecto de las lámparas. Son un poco diferentes en estilo de las que veo normalmente y una vez que estén montadas, tendrá un buen efecto.

—Debería llevarte a la capital conmigo —dijo Aziz en tono de broma. —Tienes una actitud más feroz hacia los negocios que muchos de mis directores generales.

—No estoy totalmente segura de lo que hace un director general, o lo diferente que es de un director particular o un director de colegio...

Aziz se rió entre dientes.

—Ven conmigo para discutir con la gente —dijo Laine. —Puedo conseguir un acuerdo, pero no estoy tan interesada en el funcionamiento de un negocio y todo el absurdo tedio que conlleva eso.

Parecía muy contento con ella. —¡A mi tigresa le gusta luchar!

Laine asintió. Era verdad, aunque a veces se encontraba metida en discusiones antes de haber considerado las consecuencias de su genio. Alcanzó la mano de Aziz, con la intención de darle las gracias por dar la cara por ella. Cuando tiró de ella y puso unos pasos la distancia entre ellos, ella le

miró sorprendida.

—¿He hecho algo mal?

—Estamos en público —le advirtió Aziz. Aceleró y caminó delante de ella.

Laine dudó por un momento, preguntándose cuál era la diferencia entre ir de la mano aquí y las cosas que habían hecho juntos en Nueva York.

Capítulo Nueve

Laine caminaba por los largos pasillos del palacio. Sus hombros se sentían más ligeros esta mañana. Los nuevos materiales estaban llegando, había contratado un trabajo para la creación de lámparas de la gran sala y estaba convencida de que si bien todo el trabajo estaría acabado cuando se fuera, las renovaciones estarían muy avanzadas. Todavía tenía que decidir algunos detalles importantes, pero el equipo de trabajo que ella había contratado había comenzado en varias de las habitaciones que, aunque actualmente no se usaban, Aziz las querría pronto disponibles para los negocios.

Con una taza grande de un café dulce que Hadiya le había preparado, Laine se encaminó a la oficina de Aziz. Entonces hizo una pausa ante el sonido de gritos. Ambas voces eran de hombre y sonaban muy enfadados.

—¡Traes la deshonra a toda la familia cuando actúas de esta manera! —ladró una voz desconocida.

—¡No tienes nada que decir sobre cómo actúo! —dijo Aziz.

—¡Ella te hace actuar como un loco! —continuó el desconocido. —¡Bailar! ¡Nadar en fuentes! ¡Meterte en peleas! ¡Tu comportamiento se refleja en todos nosotros, tú lo sabes!

—Fue apenas una discusión —Aziz se burló. —Un pequeño desacuerdo.

—Todo el mundo ve tus acciones. Todo el mundo te ve con esta...—Hizo un ruido molesto. —
Mujer americana.

—¡Solo admites ser el cabeza de esta familia cuando te satisface! —Aziz le desafió. —¿Quién ha consultado con el parlamento? ¿Quién ha utilizado nuestras inversiones para evitar que nuestra fortuna familiar disminuya? ¡Vives de mis migajas, hermano!

Los ojos de Laine se salieron de sus órbitas. ¡Su hermano Amin!

—Arrogante y blasfemo —Amin gruñó.

—Nuestro padre me dio las riendas por una razón —Aziz respondió. —¡Vuelve a Manama con

tu familia!

—¡Tus buenas obras no excusan lo que pierdes el tiempo, haciendo el payaso con estas mujeres de baja alcurnia, extranjeras!

Laine pudo oír algo golpear con fuerza contra la pared. Ella se tocó sus labios y se preguntó si tl vez debía volver con Hadiya. Después de todo, se trataba de una conversación familiar.

—¡No hablarás mal de ella! —rugió Aziz.

Laine saltó, casi derramando su café. Nunca le había oído hablar así. Sí, se había enfrentado a los que contradecían sus deseos antes, pero nunca realmente había sonado tan indignado.

— ¿Y qué pasa con esta? —continuó Amin. —¿Por qué la debo considerar de algún valor? Una mujer occidental de ninguna importancia, sin ningún estatus.

—¡Te lo advierto, Amin!

—Y sin fe. ¿Qué estás haciendo con ella? Más diversión, otro juguete.

Laine tragó un nudo en su garganta.

—No puedes ni siquiera casarte con ella —dijo Amin cruelmente. —¡Solo puedes contaminarla más!

Laine se sintió como si hubiera sido golpeada.. ¿Matrimonio? ¿Quién estaba hablando sobre matrimonio?

—Vas demasiado lejos. La voz de Amin era un gruñido profundo en su garganta. —¡Tu esposa no era Shia cuando te casaste con ella, y no dije nada!

—¿Cómo te atreves?

—No me atrevo; no lo hice. ¡Porque los asuntos de tu corazón te los guardas solo para ti! ¡Y te agradecería que me pagaras con el mismo privilegio! Se oyó un golpe fuerte. —No hablarás de Laine otra vez tan irrespetuosamente, o te encontrarás fuera de esta casa y de mis atenciones, Amin. No espero nada más que un estricto cumplimiento de esta regla.

Aziz salió con furia de la oficina, pasándose una mano por su pelo furiosamente y desapareció por el pasillo antes de que Laine pudiera llamarle Eso había sido intenso. Laine había sabido que Aziz tenía mucha responsabilidad en la familia, pero no que efectivamente estaba a cargo de ella. Él había

hablado de su padre como si estuviera vivo, pero si eso fuera cierto, entonces Aziz habría recibido las riendas temprano. ¿Los jeques se jubilaban?

Amin salió de la oficina y vio como su hermano se iba. Se parecía mucho a Aziz, aunque estaba más gris alrededor de la sien y más blando y redondo en todas partes. Laine supuso que tenía diez años más que Aziz, y aunque Aziz estaba más occidentalizado o a la moda actual de Bahrein, Amin llevaba una *dishdasha* marrón, Omán hasta el tobillo, con el cuello y las mangas planchadas bien.

Laine lo miró por un momento, preguntándose que le diría a un hombre que esencialmente la había llamado puta sucia, de la manera más conservadora.

Amin la vió y la miró miraba con un ceño fruncido. Laine juntó sus labios juntos y tiró el pañuelo que Hadiya había preparado a medias sobre su pelo esa mañana un poco más. Ella le hizo gracioso, casi inclinándose hacia adelante.

—Si tiene sugerencias para el rediseño del palacio, estaría feliz de recibirlas — dijo Laine dijo con una sonrisa subártica.

Ella se volvió y salió. Al final ella realmente no tenía nada que decirle, y no quería meterse en medio de una pelea familiar.

Hadiya cerró sus ojos y ayudó a colocar las muestras en la oficina de Laine. —Él está enfadado de que nuestro padre no le pusiera al cargo. Nunca iba a suceder. Lo hace bastante bien en su trabajo en Manama, pero Amin no tiene la visión para administrar los fondos de la familia.

—No he metido a Aziz en problemas, ¿no? Apenas hemos salido desde que llegamos aquí. Solo a un restaurante o dos y a comprar... oh y el Museo. —suspiró Laine. Aziz estaba ocupado otra vez, y eso significaba que quedaría privada de su compañía pronto. No importaba, ya que ella necesitaba planear cómo ella terminaría el trabajo desde casa, pero aún así...

—No eres la primera mujer a la que ha llevado a cenar —dijo Hadiya. Ella se acercó y pasó la mano sobre la cabeza de Laine. —No te preocupes sobre sus discusiones. Los hombres pueden ser excesivos.

—No he visto a Aziz enfadarse así antes.

Hadiya parecía sorprendida. ¿En serio? Mm.

—¿Qué?

Hadiya se inclinó hacia atrás contra la mesa y se encogió de hombros. —Aziz puede ser temperamental. Sin duda es apasionado. Dos dedos tocaron sus labios. —Y siempre se pelea con Amin. Es natural. Es el mediano y recibió el privilegio y la responsabilidad de un primogénito. Aún así. No lo veo enfadarse realmente a menudo. Tal vez te equivocas. Pueden gritarse muy fuerte.

—No, le he visto gritar en el mercado, o a la gente que él sentía que no estaba tratando como se merecía. —No sonó igual que con Amin, antes de que él se pusiera hecho una fiera —protestó Laine.

—Amin debió ir demasiado lejos. Puede suceder, incluso con Aziz. Y si se enfada... Amin tendrá que tener cuidado.

Con esa advertencia, Laine se encontró esa noche con una de las cenas más incómodas que nunca había experimentado. Los cuatro se sentaron al final de la larga mesa de comedor, entre el olor a pintura fresca. Amin no parecía estar dispuesto a decir mucho de nada, así que Hadiya le hacía preguntas frecuentes acerca de su esposa (embarazada otra vez) y sus hijos (tres hasta el momento, que estaban bien). Ella también habló sobre su propio trabajo de profesora, aunque ahora estaba descansando, por lo que podía pasar un tiempo en el palacio.

—Me encantan los nuevos colores, ¿a ti no Amin? —dijo Hadiya, pasándole un plato de carne y arroz a Laine. —Me muero de ganas de ver las lámparas colocadas. Quedará muy bonito.

—Estoy seguro —dijo Amin recatadamente.

Sus grandes ojos se movieron hacia Laine. Eran más oscuros que los ojos de Hadiya y los de Aziz. Pero eso no fue lo que hizo que Laine se sintiera incómoda cuando ella miró en ellos. Fue el hecho de que tuvieran tal hostilidad, mientras que en los ojos Aziz y en los de Hadiya, no importaba la circunstancia, siempre había bondad.

—Pasamos mucho tiempo discutiendo las necesidades para el comedor. Al final, tenemos un montón de acentos tradicionales, así como varias pinturas de artistas bahreinís —dijo Laine. Ella miró a Aziz y sonrió intencionadamente.

Habían pasado una tarde en un museo local y tuvieron la oportunidad de hablar con un artista

sobre su obra. Laine se había sentido con mucha energía después de que permitiría que Aziz la llevara a ver el resto de la ciudad. Había terminado para arriba en un restaurante donde había coqueteado en una habitación privada y Aziz la había hecho cerrar los ojos mientras él la alimentaba con exquisiteces.

Aziz bebió de su copa y le sonrió tímidamente a través de la mesa. Laine le miró y lamió sus labios lentamente. Amin echó chispas por los ojos.

Después de la cena, Aziz se excusó diciendo que él y Laine iban a discutir algunas cosas relacionadas con las renovaciones. Hadiya les dio las buenas noches y dio un pequeño golpe a Aziz y una mirada de complicidad antes de serpentear fuera de la habitación, llevando a su otro hermano del brazo.

—Perdona el comportamiento de mi hermano esta noche —dijo Aziz mientras caminaban juntos por un pasillo que llevaba hacia la salida norte. —Haz esto por mí. Él no merece tu consideración, te lo pido.

—Entiendo que puede estar celoso de ti. Él es el hermano mayor, después de todo.

—Tal vez un poco. Piensa que, hasta cierto punto, me está protegiendo. Pero eso no excusa su grosería hacia ti.

Laine se preguntaba si debía mencionar lo que había oído antes. —Las he tenido peores. Hay mucha gente en el mundo dispuesta a menospreciarme.

—Sugeriría que tu señor. Brandt no merece tu perdón, tampoco —dijo Aziz.

—No. No olvidaré lo que pasó, pero por ahora, no estoy listo para cortar ese lazo. Has que tener buenas conexiones si quieres estar en el negocio. He hecho un buen trabajo aquí hasta ahora, y me tendrá en la oficina muy pronto. Tiene que mejorar.

—No, realmente. La historia no progresa en una hermosa subida hacia lo mejor. Tenemos que luchar para que así sea. Aziz se acercó a un gran par de puertas dobles. Laine recordó que llevaban hacia fuera a los jardines que rodeaban el palacio.

¿A dónde vamos? —se preguntó en voz alta.

—Sólo por aquí.

Laine entró por la puerta.

El olor fue lo primero que golpeó a Laine. El aroma casi abrumador llenó sus sentidos, antes de que pudiera incluso darse cuenta de lo que estaba mirando. Rosas. Rosas, por todas partes. El espacio anteriormente estéril ahora tenía círculos de rosales de diferentes colores, irradiando hacia fuera de una chispeante fuente blanca.

—¿Rosas? —Laine caminó hacia fuera para mirar más de cerca. —¿Cómo pueden sobrevivir rosas aquí?

—Las rosas son más duras de que se cree. Con suficiente agua y alimento, pueden prosperar, incluso en temperaturas inhumanas. Aziz caminó hasta detrás de ella y colocó una mano sobre su espalda. —Cuando hablé con mi jardinero, resulta que la ‘double delight’ es una de las rosas más robustas que se pueden plantar. O sea que las traje.

Laine se inclinó y miró más de cerca. Todas las rosas eran de dos colores. En la primera fila, eran color de rosa y amarillo, pero en otra fila, eran moradas con rayas blancas. Cada fila cambiaba de colores, pero cada una era bicolor.

—Rosas tigre —murmuró Laine, tocando una de los moradas y blancas.

Aziz pasó sus dedos por su cabello. —Algo de belleza para mi flor extranjera.

—¿Para mí? —Pero me iré pronto —protestó Laine.

—Tendrás que volver de vez en cuando para comprobar que tu trabajo se completa según tus normas, ¿verdad? Aziz pasó sus dedos por su cuello. —Incluso puedes querer volver de visita. Este jardín es tuyo, de cualquier manera. Espero que te guste. No sé si nuestro país te ha dado la inspiración que necesitas, pero ciertamente tú me has inspirado.

Laine se rió. Miró la hermosa vista que la rodeaba. Nunca había visto tantas rosas rayadas en un solo lugar. Habían hablado distraídamente sobre traer más vegetación al exterior del palacio, pero su enfoque había sido en el interior. Que él haría esto...

—Aziz, es hermoso —dijo, tocando su brazo.

Él tomó su mano y caminó con ella por un camino a través de las rosas. —La sonrisa en tu cara es todo lo que necesitaba. Que siempre me recordarán a ti, y si me dejas, también será una

recompensa.

—Tengo que hacerlo. En cuanto acabe el trabajo ...—Laine sintió que su determinación se desvanecía. —Tal vez podría enviar un correo electrónico diciendo que necesito otra semana... dos semanas es poco tiempo para unos planes tan grandes.

—Sí, deberías hacerlo.

—Pero estoy en la cuerda floja.

—Voy a hablar con él —declaró Aziz. Cuando Laine abrió la boca para protestar, él tocó su mejilla y meneó la cabeza. —Algunos hombres no pueden oírte No es ideal, pero es cierto. Escuchará lo que tengo que decir, y aceptará el estipendio adicional que envío para garantizar sus servicios, y no se quejará.

Laine no dijo nada. Se sentía extraña dejando que Aziz fuera su protector. Ella había tenido que ser su propia defensora durante tanto tiempo que se sentía extraña de tener a alguien cerca que tuviera el poder para protegerla. Para defenderla. Para mantener su valor con otros que lo infravaloraban.

—Si puedes hacerlo, te lo agradezco. Laine pensó por un momento. —Y gracias por defenderme con Amin esta mañana. Escuché sin querer. Me habría ido, pero los dos hablabais tan fuerte.

Aziz giró su cabeza, casi pareciendo avergonzado. —Somos apasionados.

—Eso me explicó Hadiya. Ya he visto la pasión en ti. Esto era diferente, y solo pensé que debías saber que te lo agradezco. Yo podría ser simplemente alguien que trabaja para ti. Podría ser solo otro affair. Tal vez eso es cierto. Pero evitaste que tu hermano hablara mal de mí. No todo el mundo haría eso.

Aziz se paró y suspiró. —Mi hermano...

Él tomó su mano y la llevó a la fuente a sentarse en el borde. Laine lo miró con curiosidad. La luz del día empezaba a disminuir alrededor de ellos, y las sombras cada vez eran más alargadas.

—¿Aziz?

—Yo soy el jefe de mi familia Eso lo sabes. Aziz pasó sus dedos por ambos lados de su cabello y miró hacia el cielo, como si buscara resistencia. —No tenía que ser así —dijo finalmente. Dejó que

sus manos cayeran en su regazo. —Debería haber sido Amin. No debía haber ni tenido la oportunidad de quitárselo a él.

Laine tomó su mano y la puso entre las suyas.

—Cuando apenas estaba saliendo de la infancia me puse muy, muy enfermo. El tratamiento fue brutal. Sentí como si la muerte fuera a caer sobre mí en cualquier momento. Si no hubiera sido por los recursos de mi familia, yo no habría tenido acceso a estos médicos con sus tratamientos. Sé que soy afortunado, tanto por haber tenido la oportunidad de sobrevivir y por haberlo hecho, a pesar de las probabilidades.

Él la miró con una sonrisa. —No debo vivir, pero lo hago. Y en cuanto se hizo evidente que a pesar de mis expectativas, viviría para tener un futuro, supe que tenía que tener que tomar cada momento, cada oportunidad. No debo tener miedo a vivir, porque esto es lo que Alá me dio

Laine miró hacia abajo, sintiendo sus mejillas arder. Él no pretendía destacar el total fracaso de ella a aceptar su vida, pero sus palabras lo hicieron de todos modos.

—No soy un hombre pequeño. Y nadie me hará pequeño. —Aziz se encogió de hombros. —Sin embargo, estaba muy... descentrado. Es verdad, he disfrutado de tiempo con muchas mujeres. He pasado mi vida como una aventura, y mi padre sabía que podía hacer más.

—Por lo tanto te puso a cargo de la familia —dijo Laine.

Así fue. Pensé que había perdido sus facultades. Amin, aún lo cree. Pero nuestro padre es un hombre astuto. Aziz sacudió su cabeza y sonrió con superioridad. —A ti te gustaría. Es astuto, como tú, con tu azulejo ausente.

—Laine se echó a reír. —¡A veces solo tienes que potenciar lo que tienes a tu favor!

—Eres sabia. Y como tus amigas —dijo Aziz gesticulando hacia las rosas —eres más fuerte de lo que la gente cree.

—¿Has plantado esto sólo para decirme que puedo sobrevivir? Es un poco excesivo.

—En verdad, las he plantado para hacerte sonreír. Aziz se echó a reír. —Apenas para nada más. ¡Estás tan seria cuando trabajas! Simplemente no puedo resistirme a compararte con ellas. Tu tienes tus espinas, también.

—¿Y te gustan^o mi espinas? —Se burló Laine.

—Me gusta que te has controlado de pincharme con ellas —dijo él. —¡Ya te lo he dicho, he tenido una vida muy dura!

—¿Así que, es eso todo lo que quieres? Para vivir. ¿Es eso suficiente?

—Por un tiempo... eso parecía. Aziz se inclinó y besó el cuello de Laine. Ahora que mi padre se me impulsó a hacer más, no estoy seguro. Contenemos a multitudes, Laine. Podemos querer más de una cosa. Como tú. Tú quieres tu trabajo de diseño. Quiere estar cerca de tu familia. Quieres crear.

—No has respondido a mi pregunta —señaló Laine.

—Hm. Aziz acarició el cuello de Laine y lo besó dos veces más.

Ella sabía que estaba tratando de disuadirla a base de besos, pero esta era la primera vez que realmente había sido capaz de rayar la encantadora superficie con Aziz. Y ella quería más de su superficie, si él lo permitía alguna vez Tenazmente, le preguntó otra vez.

¿Qué quieres, Aziz? Laine se dio vuelta y puso su mano sobre su cuello al mirar a sus ojos. — Tú tienes tu vida. Tienes toda la finca Amirmoez. ¿Qué te falta?

Aziz sostuvo su mirada por un momento, luego tomó su mano y la besó. —Necesitas más de una semana para completar este trabajo. Quédate otras dos. Tres. Puedes ver tus rosas florecer.

Laine tomó su rostro con ambas manos y sacudió la cabeza. —Quieres algo con lo que jugar —acusó ligeramente.

—No estoy jugando contigo, Laine —dijo Aziz.

Laine besó sus labios mientras movía su mano hacia arriba a su bíceps. —No te creo —murmuró ella.

Aziz descansó sus manos en las caderas de ella, sujetándola suavemente mientras ella se apoyaba en él y daba beso tras beso en sus anhelantes labios.

Capítulo Diez

—Debes probarme.

Laine levantó el bol frente a ella y parpadeó.

Aziz sonrió enseñando los dientes y levantó una espátula.

—Probar el mío —corrigió ella, estrechando sus ojos sospechosamente.

Aziz levantó las cejas y entró en la cocina con ella. Ella había estado revolviendo lo que dijo Hadiya que se convertiría en un pastel con especias llamado ogaily de gers, y ella inclinó su cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos.

—Te refieres, debo a probar el tuyo. O que debes probar el mío —dijo Laine.

—Oh, sí. He hablado mal. Aziz sólo sonrió y agitó su mano vagamente. —A veces cometo errores en tu idioma.

—A veces —dijo ella, moviendo su cuchara de él —No creo que te equivoques. Creo que sabes lo que estás diciendo.

—¿De verdad? —Aziz se agachó para acariciar su muslo y se inclinó para meterse sus dedos en la boca.

—Debes... tú debes.

Su lengua se arremolinó alrededor de su dedo antes de chuparlo. Laine sentía sus mejillas ponerse más calientes. La forma en la que la miró mientras lo hacía, era cómo la miraba desde el otro lado de la mesa, o cuando pasaban en el pasillo.

—Hadiya regresará pronto —murmuró ella.

—Aún no has probado el mío —dijo Aziz con una mueca. —Lo justo es lo justo, querida.

Laine dejó su bol en la mesa y puso su grande mano entre las suyas. Tomó dos de sus dedos a la vez hasta sus nudillos, probando el dulzor de la masa y la sal de su piel. Ahora Aziz comenzó a reír. Sus ojos se ampliaron mientras la veía chuparle los dedos.

—Eh —Hadiya protestó mientras caminaba hacia la cocina. —¡Espero que te lavaras las manos,

Aziz!

Laine bromeó y se giró.

—Me las lavé antes de comenzar —dijo Aziz defendiéndose.

—Mejor sal de aquí antes de que lleguen mis amigas. Hadiya sacudió la cabeza y se enrolló sus mangas para lavarse. Laine puede quedarse.

—Esto es injusto para mí —dijo Aziz.

—Tú eres un hombre. No es adecuado para ti que pases la tarde con un grupo de mujeres jóvenes. Desaparece. Hadiya hace un movimiento espantando con su mano.

Aziz suspiró dramáticamente y se dirigió a la puerta de la cocina, pero hizo una pausa por un momento para captar la atención de Laine. Sus ojos centellearon de forma traviesa hasta que Laine se acercó y le dio un empujón.

—No se puede separar de ti —Hadiya dijo mientras asumía el control del recipiente que Aziz había abandonado. Tenía mucho que preparar antes de que sus amigas llegaran, y Aziz había sido lo contrario a útil. —¿Es él más que tu cliente ahora?

—Realmente no lo sé. Laine se encogió de hombros y dijo algo que Emma le había dicho una vez. —¡Dicen que la mejor manera de matar una relación debe tomar su temperatura!

—¡Qué triste! Hadiya se rió y continuó con su trabajo en la cocina. Laine se quedó cerca para ofrecerse a ayudar a Hadiya si lo necesitaba, ya que había rechazado la oferta de Aziz de que su chef hiciera el trabajo. A Hadiya le gustaba hacer las cosas para los demás con un toque personal.

Laine pensó en las palabras de su propia hermana mientras cocinaba. Ella amaba los pequeños momentos de coqueteo con Aziz, pero ahora que su hermano estaba de visita eran menos frecuentes. Sin embargo, los dos seguían con sus miradas robadas y sus contactos furtivos. Podría mirar en medio de su trabajo en una sala y ver los ojos de Aziz sobre ella, y simplemente saber que sus ojos la estaban imaginando con su cuerpo desnudo y encontrando una hermosa vista. Si Amin había notado su conversación silenciosa, no había dicho nada.

Aún así, con todo este coqueteo, Laine tenía que preguntárselo. Amin había mencionado matrimonio, pero eso parecía ser lo más lejano en la mente de Aziz. Laine entendía ahora que Aziz

no podía agarrarla con pasión cada vez que le gustara en su propio país, donde la interacción entre hombres solteros y mujeres era mucho más restringida, sobre todo con visitas familiares. Pero tan intensa como eras tu pasión, Aziz seguía tratando su *relación* como una aventura larga y continua. Laine odiaba ser la que estuviera tan dedicada, mientras que parecía que para él su interludio era sólo otra forma extravagante para aprovechar el día y disfrutar mientras que ambos tenían vida en ellos. Mientras que sus regalos y gestos eran dulces, cada vez que presionaba para hablar de su relación en términos más íntimos, tendía a tratar de desvestirla con más que sus ojos, o estaba tranquilo y dejaba la habitación por "negocios" que necesitaba atender. Y dolía.

Laine sabía que ella podía abrirse más. Ella lo había intentado, pero al no saber cual era su posición sobre esas cosas y no ser fiable para dejar a un lado su personalidad caprichosa, le resultaba muy difícil revelarle su alma, aunque él le hubiera dicho algo muy importante acerca de sí mismo.

Hadiya agarró la mano de Laine justo antes de echar sal en una tarta en lugar de azúcar. Con un chasquido de su lengua, Hadiya le quitó el bol.

—Debes aprender a cocinar algún día —ella le castigó.

Puedo cocinar —sostuvo Laine. —He la hecho cena para nuestra familia prácticamente todos los días durante seis años. ¿Hornear? No es realmente en lo mío.

—Es lo mismo —regañó a Hadiya. —¿Cómo puedes hacer uno pero no el otro?

—Cocinar es arte. Hornear es ciencia. Y tengo un bien en química.

Hadiya cerró los ojos y señaló el contador alejado. —¿Qué si tamizas mi azúcar allí?

—Sí, señora.

Después de la merienda de Hadiya con sus amigas, Laine salió a su jardín para revisar sus notas. Con las rosas como fuente de inspiración, había centrado su investigación para algunos de los diseños finales alrededor del concepto de la flora resistente que naturalmente tenía lugar en el desierto.

Ella casi de inmediato había desechado la idea después de la primera búsqueda en su tablet sólo se presentó una gran variedad de cactus. Laine no habría puesto ese tipo de adorno en el suroeste de

Estados Unidos. Con un poco de persistencia encontró algunas fotos buenas de palmeras de dátiles que podría utilizar para una de las salas de conferencias, ya que los dátiles una vez habían sido un cultivo principal del país. Ella había hablado con el pintor que había contratado sobre cómo equilibrar las imágenes en esa sala con unas pocas líneas de un poema sumerio sobre Bahrein.

Ahora, ella examinaba las fotos que había encontrado anoche, mordiéndose el labio, se preguntaba que podría hacer con el concepto. ¿Un cuadro enmarcado? ¿Un jarrón con la imagen en él? Mientras volvía a pensar sobre eso sintió una presencia detrás de ella y se dio la vuelta antes de que Aziz llegara.

—¿Te lo pasaste bien con las chicas? Preguntó, dando un paseo hasta ella.

— Fueron muy acogedoras.

Aziz miró por encima de hombro. —A... Pensé que podríamos ir a ver esto, si estabas interesada. Realmente es sólo un a excursión al desierto, pero no puedo resistir el simbolismo

—Tienes debilidad para los símbolos y los gestos —dijo secamente Laine. ¿Podemos irnos? ¿No estás demasiado ocupado con tus negocios para salir y mirar las plantas en el desierto conmigo?

Los ojos de Aziz oscilaron, y entonces su mano se deslizó debajo de su camisa y a su sujetador. —Podría organizar una apertura.

Laine no creía que Aziz tuviera un problema con mi idioma, pero le encantaba su sentido del humor.

Unos días más tarde, Laine se paró frente a árbol de la vida, un árbol magnífico, tenaz continuó creciendo en medio del desierto de Bahrein. Las fotos que había visto no le hacían justicia. Solo era un árbol, después de todo, pero al mismo tiempo era tan tremendamente grande, prácticamente del ancho de una casa. Las ramas eran tan largas que se arrastraban por el suelo en un lado.

La grande mano de Aziz descansó en su espalda y sintió como si su corazón estuviera atrapado en su garganta. Las agallas puras de este árbol la golpeó. Su corteza era pálida, se estiraba alto en el cielo, un gesto orgulloso y desafiante contra el implacable desierto.

—Dios, no puedo creer que pensara que podría trabajar a partir de una foto de esto. Laine se

acercó al árbol, pisando cuidadosamente la arena. —Siempre amé la pintura de Gustav Klimt , pero estar aquí...

—Desafía a las palabras, ¿no? Aziz besó la parte posterior de su cuello y frotó sus hombros. — Las palabras me fallan a veces, también.

Laine asintió con la cabeza y tocó una de sus manos. —¿Cómo ...? O sea, incluso tiene hojas verdes.

—¿Cómo sobrevive? Es un milagro.

Laine hizo una burla sana. —Debe tener algún tipo de sistema avanzado de raíz.

Ella se acercó al tronco, que estaba rodeado por una pequeña valla. No es que la valla disuadiera a nadie de acercarse al árbol. Había tallas en la corteza, las iniciales de las personas y las líneas de escritura en árabe, y sin embargo continuaba prosperando a pesar de sus cicatrices y el brutal calor . Era por la mañana, pero el aire a su alrededor brillaba y a podía sentir el calor de la arena a través de las suelas de sus zapatos.

—Creo que no hace falta cuestionarlo. —Aziz caminó hasta una rama y pasó sus dedos a lo largo de la corteza vieja, desgastada.

—No lo necesito. Solo quiero. Esta cosa tiene más de 400 años. —Laine siguió con un dedo un poco de la escritura garabateada a través de la corteza. La cicatrización hizo que le gustara más el árbol. —Este árbol es más viejo que Estados Unidos. Es más antiguo que «pienso, luego existo». Ha vivido durante cambios enteros de paradigma. ¿No lo encuentras emocionante?

—Así es, pero tal vez no de la misma manera que tú. Aziz torció sus labios y suspiró. Se rascó un lado de su cabeza. —Me hace pensar en lo corta que la vida es.

Laine lo miró con el ceño fruncido. Ella presionó sus labios juntos y después fue a tocar su brazo. Por supuesto, una longevidad como esa que le hacía preguntarse cuánto tiempo podrían vivir. Ella lo miró con posibilidad, pero lo vio con una certeza que no era totalmente positiva.

—Quisiera ser más como este árbol —dijo Aziz, con un toque de humor en su voz. —Me temo que soy más como tus rosas: mimadas con agua y el cuidado diario.

—Creo que las rosas siempre han tenido que vivir con cáncer —dijo irónicamente, Laine —O

accidentes de coches catastróficos.

Aziz la miró, con sus ojos grandes y curiosos. Ella tragó y se quedó en silencio cuando ella fijó su mirada en el árbol una vez más. El silencio era irritante, sin embargo y ella tenía que romperlo.

—Sólo estoy diciendo. Qué has tomado mucho más que las rosas.

Aziz deslizó sus manos en sus bolsillos y se inclinó contra la rama amplia del árbol. Miró al cielo azul pálido entre el laberinto de sus hojas. —Esto suena sospechosamente a que me estás haciendo un cumplido.

—Podría ser. Laine sonrió. —¿Este árbol podría gestionar una finca inmensa, enorme?

Aziz meneó la cabeza y cerró los ojos. —Te estás burlando de mi.

—Te gusta ser objeto de burlas. Laine se sentó en la barandilla de la valla y presionó su mano al tronco. —Debes mirar este árbol y ver extensas ramas de posibilidades. Este árbol ha vivido mucho más tiempo del que nadie esperaba. Y si nada más, tú desafías las expectativas, te amo por eso.

Aziz no dijo nada por un momento. Entonces Laine se dio cuenta de lo que oído. Esa palabra pesaba en el aire caliente. *Amor*. El corazón de Laine comenzaba a acelerarse mientras la palabra colgaba y comenzaba a hundirse, sin respuesta.

Su respuesta vino como una no-respuesta, con sus labios en su mejilla y sus brazos alrededor de su cintura, y ella lo dejó tocarla por debajo de este símbolo vivo. Y entonces, un poco, debajo de su ropa.

Laine sabía que ella no era en absoluto comparable a este árbol, sobreviviendo como lo había hecho completamente solo aquí. Si Laine estaba sola, era totalmente cosa suya. Si era por Aziz, probablemente esa era su preferencia.

Capítulo Once

—¡Eh, niña!

Laine sonrió al ver el rostro de su padre en su portátil. Bueno... la parte superior de su cabeza.

Nunca podía hacer funcionar la webcam por su cuenta.

—Eh, papá. ¿Puedes mover la cámara hacia abajo solo un poco? Más, más... vale, vale, así está bien.

—¿Me puedes ver? Greg se rió entre dientes. —¿Cómo es Bahrein? ¿Suficientemente caliente para ti?

Laine se rió suavemente. Porque, ¿qué más diría su padre? —Ha sido interesante hasta ahora.

Aunque me he pasado la mayor parte del tiempo en el palacio.

—¿Palacio? Pensé que ibas a la casa de un tipo.

—Es una casa enorme.

Laine pasó unos minutos detallando lo que habían estado haciendo hasta ahora con la renovación y su padre asintió con la cabeza, a pesar de que algunos de los detalles se le escapaban un poco a él.

—Bueno, me alegro de que estés pasando un buen tiempo, aunque sea en su mayor parte trabajando. No creo que te haya visto tan iluminada como ahora desde... honestamente, no sé desde cuando, cariño.

Laine se sentó hacia atrás y respiró profundamente. No estaba equivocado. Pero la situación la confundía. Ella pensaba que amaba su trabajo. Había pensado que todo lo que tenía en Nueva York, incluso las partes que eran difíciles, serían importantes para su felicidad, y le ayudaría a mantener a su familia a lo largo del camino.

Cuanto más tiempo pasaba aquí, menos quería pensar en regresar a su reducido apartamento y a su tensa oficina. Cada día allí era una batalla. Una batalla en la que ella era buena, pero básicamente, nunca había ningún progreso en la guerra. Era la lucha misma, una y otra vez.

Las pequeñas dificultades en sus planes aquí eran los malos materiales, aprender a argumentar de una manera diferente lo que se necesitaba, no era el mismo tipo de lucha. Esta lucha la había energizado, en lugar de haberla agotado. Es posible que cada reto en su trabajo aquí era para la mejora de su proyecto. La mayoría de sus peleas en casa eran simplemente para ganarse el suficiente respeto para hacer correctamente su maldito trabajo .

Después de colgar el teléfono con su padre, Laine dio una vuelta por las habitaciones que estaban en construcción. Hacía listas de todo lo que había aún por hacer. Durante los últimos días, había estado concentrando toda su energía en las renovaciones, sin salir y pareciéndose un poco a su versión tozuda de Nueva York.

Fastidiaba tratar de pensar sobre la incomodidad al final de su viaje al árbol de la vida. Aún así Aziz parecía rejuvenecido por el viaje, y había hablado de él con cariño en la cena del día siguiente. Laine decidió intentar estar contenta por él. Ella sabía lo que era querer encontrar significado en el mundo, después de haber tenido ella misma un encuentro con la muerte.

Laine encontró a Aziz en su estudio, mirando en su ordenador con el ceño furncido. Se tomó un momento simplemente para ver como trabajaba. Sus cejas se juntaron en una línea, y él frotó su dedo lentamente sobre sus labios. Después se enderezó un poco y comenzó a escribir.

Esperó unos minutos para molestarlo. Encontró, vergonzosamente, que a veces estaba contenta sólo de verlo, sin importar lo que estuviera haciendo. Lamiendo sus labios, trabajando, durmiendo. Era menos que digno, pero solo la vista de él le aceleraba su corazón.

Finalmente, ella dejó de mirarle y se movió furtivamente detrás de él. No fue difícil, ya que su oficina era muy amplia. Tenía un sofá y una mesa de café allí.

—¡Ah! Aziz suspiró cuando ella rodeó sus brazos alrededor de sus hombros. ¡Tú!

—¿Ahora quién está trabajando demasiado?

Aziz echó su cabeza hacia atrás y sonrió. —¡Alguien tiene que pagar estas costosas renovaciones!

Laine se rió y besó su labios al revés. —¿Quieres ver la última novedad?

Aziz levantó una ceja y giró alrededor de su silla. ¿Tienes algo especial para mí?

—Algo que creo que te gustará —bromeó ella.

Aziz siguió por el pasillo hacia el ala oeste. Había varias habitaciones grandes en esta área, y aunque aún no habían llegado a todas ellas, Aziz había expresado su preferencia por trabajar centrándose en una habitación que se utilizara para las funciones sociales. Tenía ventanas de espejo grandes hacia el oeste y actualmente solo unas pocas piezas de mobiliario cubierto. El equipo había pintado esa mañana, y Laine estaba extremadamente satisfecha con el resultado.

—Hicimos una luz azul en las paredes laterales. Laine señaló a ambos lados. —El suelo ha sido barnizado, muy necesarios...

Aziz asintió, mirando a todo lo que ella señala.

—Y en la pared posterior, recogiendo la luz al ponerse el sol... —Laine dio vuelta.

—¡Oh! Aziz se inclinó con una risa corta. —¡Has pintado el árbol de la vida!

Laine gritó. —Yo no lo pinté. Necesitaría tres años de clases de pintura para ni siquiera acercarme a esto. No, hice que alguien lo pintara.

—Esto es magnífico. Esto es... No sabía lo mucho que necesitaba una habitación como esta. ¡Tendremos una gala aquí en un mes, y esto será absolutamente perfecto! Aziz la acercó y besó su mejilla.

—Pensé que te gustaría poder reflexionar sobre él cuando quisieras. Especialmente sin tu séquito de guardaespaldas siguiéndote. Además, creo que el artista hizo un bonito trabajo al capturar el árbol y la manera en que los colores del cielo se extienden.

—Algún día tienes que pintarme algo —Aziz murmuró en su oído.

—De nuevo, años de clases...

—Podría arreglar eso. Aziz llegó alrededor de ella y acarició sus pechos.

Con una risa suave, Laine había guiado su mano por su vientre y dentro de sus pantalones. Sonrió, frotando su mano sobre su montículo en un movimiento circular mientras se unía a sus labios con un beso firme. Ella comenzó a jadear con emoción, sintiéndose iluminada por su aparentemente incansable deseo de tocarla.

En los últimos días, parecía como que la única habitación en la que Aziz no podía estar

interesado en perseguirla era en la suya y quizás sólo debido a su no promesa de nunca ir allí sin su permiso. Ahora, ella sentía como él se ponía duro contra ella y sentía la necesidad palpitando entre sus propias piernas. Ella había pensado que su cuerpo podía tener un límite para este tipo de indulgencias, pero Aziz tenía una forma de sacar gemidos de ella que ella no sabía que existieran.

Ella se medio giró para encontrar su beso, manteniendo una mano sobre la suya entre sus piernas y temblando mientras sus dedos largos, hábiles acariciaban arriba y abajo los lados de sus labios sensibles. Ella abrió la boca cuando sus músculos dieron un pequeño salto de anticipación.

—Aziz...—respirando con esperanza.

Aziz presionó la frente contra la suya y luego la guió para apoyarse en uno de los sofás extravagantemente grandes, todavía cubiertos por una sábana. Ansiosa y desesperada por más, Laine se apoyó contra la parte posterior del sofá, separando sus piernas voluntariamente. Las manos de Aziz se movieron sobre sus turgentes nalgas, como si las sintiera por primera vez. Laine dio un gemido impaciente como él desaceleró su ritmo para masajear con movimientos profundos y circulares de sus pulgares.

Después de dejar caer sus pantalones, Aziz se puso delante para desabrochar su cinturón y bajar sus pantalones.

—Estoy lista, estoy tan lista —balbuceó Laine .

Aziz tarareó contra la parte posterior de su cuello mientras desabrochaba la blusa y después la liberaba de ella. Pasó sus manos por su espalda en un movimiento largo, lento, provocando que ella arqueara su espalda de forma seductora.

—Lo estás, ¿no? Aziz se frotó contra ella. —Eres tan buena para mi.

Agarrando su cadera, él empujó su gran erección dentro de ella. Ella gritó suavemente y después pidió más. Aziz se inclinó sobre ella, besando su espalda mientras introducía toda su longitud dentro de ella. Sus empujones eran largos y sin prisas, llenándola deliciosamente con cada golpe.

Ansiosa porque Aziz para tomarar más fuerte, Laine empujó contra Aziz y agarró la cortina. Él fue alrededor, tomando su femineidad en la mano una vez más y acariciándola mientras empujaba.

Ella se corrió, sudando y jadeando ante las acciones inteligentes de sus dedos. Ella se

estremeció y se tensó y luego se relajó en el momento en que él salió de ella y se corrió sobre la funda en el suelo.

Laine se rió y se inclinó hacia atrás contra Aziz. Besó su mejilla y encontró un espacio limpio en el suelo donde sentarse.

—Mi tigresa hermosa bromeó Aziz. —Tan juguetona.

—Más y más cada día. Ella suspiró en su pecho.

Aziz peinó su cabello hacia atrás con sus dedos, inclinó su cabeza y frunció el ceño un poco.

Laine miró curiosamente y cubrió su frente y la cicatriz que tenía allí con su mano. En verdad, se había olvidado totalmente sobre ella durante la mayor parte de su tiempo aquí. ¿Por qué tenía que interesarse por ella ahora?

—Para —susurró.

—Dime lo que sucedió —dijo Aziz suavemente. —No me importa, por supuesto. Solo me lo preguntaba.

Laine miró lejos.

—¿Cómo podría doler compartir este secreto ahora? Aziz le besó en la frente. —¿Después de todo lo que hemos compartido? Es incluso un riesgo, ¿en este momento?

Laine frunció el ceño pensativa, tratando de decidir lo que debería decirle, pero luego sus ojos comenzaron a arder. Esto era todavía demasiado difícil. Debía habérselo dicho esa noche en el jardín de rosas o en el árbol; habría venido mucho más naturalmente.

—Juegas a un juego increíble, pero sabes, no creo que alguna vez realmente te haya visto tomar un riesgo —se burló Laine, girando sus dedos sobre el pelo de su pecho.

—¡Tienes que estar bromeando! Tú eres el que juega a lo seguro, manteniendo a tu jefe, quedándote en casa cada noche cuando podrías estar explorando lo que ellos llaman la ciudad que nunca duerme.

—¡Crucé un océano y dos continentes para decorar tu casa! ¡Me jugué mi trabajo! —Laine echó su pelo hacia atrás. —¿Sabes cuántos apartamentos son robados mientras las personas están fuera de la ciudad durante un mes?

—Aziz se encogió de hombros. —Está bien. Supongo que puedes tomar un riesgo o dos. Pero yo soy el que te trajo aquí.

—¿Fue realmente tanto riesgo para ti? Ya me habías conocido cuando hiciste tu oferta y toda esa investigación sobre mí y mi trabajo. Laine se apoyó en sus codos. ¿De verdad, qué perdías? ¿Que podría decir que no, y qué harías? ¿Obtener otro decorador? ¿Pagarme más para hacerme venir?

—Supongo...

—Y cuando pienso —dijo —había un guardaespaldas en nuestro momento en la fuente grande. Tú tienes todo este dinero y poder. No creo que pudieras meterte en problemas de verdad si quisieras.

Aziz se quejó y se sentó, descansando sus antebrazos sobre las rodillas.

—He terminado con la gente que me dice que no estoy viviendo mi vida bien. Es tu turno de tomar un riesgo. —Laine sonrió.

—¿Me toca? ¿Así que esto es un juego? ¿Estamos jugando?

—No me importa lo que es. Invierte en un fabricante americano. Dale un puñetazo a Amin la próxima vez que fanfarronee. Ten una cita con una mujer que amas por una vez. Consigue un gato.

Aziz lo miró de lado, se levantó y cruzó los brazos mientras miraba fijamente el árbol de la vida. Laine lo miró, admirando la vista desde su posición en el suelo, a pesar de su discusión. Entonces él recogió su ropa y le tiró su blusa despectivamente antes de dirigirse a la puerta.

—La habitación está bien. Sigue con el buen trabajo.

Capítulo Doce

Laine sintió como si hubiera sido golpeada. Retirando su ropa rápidamente, ella se regañó a sí misma por tratar de presionar a un playboy como Aziz a tomarse en serio las cosas que no fueran los negocios. Vivía la vida por el momento, y lo había hecho durante más tiempo del que ella lo había conocido. Por supuesto un empujón de ella no hacía ningún bien.

La verdad era, que todavía tenía un poco de miedo a ser verdaderamente vulnerable delante de él. Compartir lo que le había sucedido de niña, contándole sobre aquella terrible noche que había marcado su frente y apartado a su madre su ella, no era una historia tan dramática, en sí misma. No más que su propia confesión en el jardín de rosas, y había sucedido hace mucho tiempo. Ella solo tenía doce años en ese momento. Pero los dos eventos habían moldeado su vida, así como la de su hermana y la de su padre. Se habían unido mucho alrededor de la pérdida, como árboles que se entrelazan al inclinarse unos con otros. Laine había dedicado su vida a ser la estructura de soporte de los restos de su familia, y tanto ella como su padre habían hecho todo lo posible para asegurarse de que la pequeña Emma tenía todo lo que ella podía necesitar o desear en amor y seguridad.

Si alguna vez tenía que significar algo para ella, algo más que un buen rato y un jefe generoso, tendría que entender la importancia de su familia. Pero reflexionaba mientras sus mejillas le quemaban de humillación, esencialmente él le había mostrado que no serían más que eso. Él incluso ni se sentía de esa manera hacia la mayor parte de su propia familia. Él se llevaba bastante bien con Hadiya, pero su relación no parecía ser como la que Laine tenía con su hermana. Francamente, durante su tiempo allí, Hadiya se había convertido más en una hermana para Laine de lo que era para Aziz.

Perdida en sus pensamientos, Laine se apresuró hasta su oficina. Una mano fuerte cogió su muñeca y le tiró con fuerza.

—¡Tú pequeña puta americana! —Amin le escupió.

Laine parpadeó encima de él con una mezcla de perplejidad e indignación. —¿Qué?

—¡Te he visto ramera, a través de la ventana! ¡Agachándote sobre Aziz, extendiendo tus inmundas piernas y ni casados! Amin estaba lívido, sus ojos crispados y su mandíbula estaba rígida.

—¿Cómo te atreves a entrar en nuestra casa y difundir tan descaradamente tu pecado?

Laine tiró de su mano hacia atrás, pero no podía librarse. —Aziz apenas se quejaba.

—Estás quebrando a nuestra familia tu sola de nuestras tradiciones.

En un nivel instintivo, Laine tenía miedo. Amin se alejaba de la altura de su hermano, pero él era más grande que ella por unos pocas centímetros. En un nivel racional, sin embargo, ella se reía.

—Soy sólo una mujer. ¿Cómo podría ser el grano de arena que destruyera totalmente esta jodida máquina?

Él la golpeó. Duro. Ella se tocó su mejilla y parpadeó vertiginosamente.

—Eres responsable de tus propios actos —logró decir, luchando por levantar su mirada. —Y también Aziz. Él vendría a por ella otra vez. Y este palacio era tan grande que no podía contar con que Aziz la oyera y llegara a defenderla.

—No hables de tus mejoras, mujer —dijo Amin.

Laine se movió para escaparse de él, y él agarró su brazo otra vez.

Pero una mujer bien vestida de Nueva York no iba por la vida sin hacer un curso de defensa personal o tres. Sobre todo, una que tenía un padre que la controlaba todos los días. En un solo movimiento, ella giró el brazo que la sujetaba, agarró su brazo y lo retorció detrás de la espalda.

—¿Qué? ¿Qué estás haciendo?!

—Podría romperte el codo desde este ángulo. Esto sería divertido de explicar a tu esposa, ¿no?

Laine se rió suavemente. —De alguna manera, tengo la sensación de que las mujeres en esta familia no estarían impresionadas con lo que has hecho aquí, incluso si estuvieran de acuerdo en el sentimiento con mi naturaleza 'baja'.

—¡No debes—!

—Seré perfectamente honesta en decir que me importa una mierda lo que debo o no debo hacer. Laine puso más presión sobre la articulación, obteniendo un poco de placer al escuchar gemir a Amin. —Ocúpate de tu propio maldito jardín, Amin. Si quieres más responsabilidad, muestra a Aziz

que puedes tomarla. Empieza tu propio negocio. Crea tu propio camino. ¡No entres en esta casa pisando como si el mundo te debiera algo! ¡Y no te atrevas a poner tus inseguridades sobre mí!

En un riesgo calculado, Laine dejó ir a Amin y lo empujó lejos de ella antes de que se volviera y caminara rápidamente por el pasillo. Amin se había demostrado a sí mismo que era un poco cobarde. Había recibido un golpe de Aziz sin contestar y había esperado hasta que Aziz estuviera lejos antes de enfrentarse a ella. Él no la siguió.

Laine se retiró a su habitación y se sentó en la cama, finalmente comenzó a respirar fácilmente otra vez. Enroscó sus piernas debajo de ella, preguntándose cómo se había caído todo esto tan rápido. Tal vez era inevitable. Cualquiera decorador de interiores sabía que necesitaba una base sólida o estructura sobre la que construir. ¿Cuántos sueños ella había destrozado ella cuando venían clientes con planes que no coincidían con los huesos de la casa? Su trabajo era vender un nuevo sueño, para convertir sus sueños en algo posible.

Ella no había sido preparada para ser la no práctica.

Ella se quitó su ropa y se dirigió a la ducha. Ella había sido muy consciente de la situación en la que se había metido. Había conseguido crear habitaciones gloriosamente bellas, como el salón del ala oeste y el gran comedor, pero había dejado que Aziz entrara en su corazón. Sabía que lo haría, a pesar de todas las razones para no hacerlo. El hecho de que ambos casi hubieran muerto antes de llegar a la pubertad no era suficiente para construir una relación.

Laine se lavó mientras pensaba. Ella siguió pensando mientras se vestía con ropa limpia, una camiseta y pantalones vaqueros de casa, y comenzó a ordenar su habitación y a hacer las maletas.

Cuando se acercó a la oficina de Aziz otra vez, ella ya lo había decidido. Esta vez, no esperó. Simplemente se anunció a ella misma y dijo que su tiempo allí había acabado.

Aziz se levantó y dio zancadas sobre ella rápidamente con alarma en sus ojos. —No puedes irte. ¡El trabajo no está terminado!

—Nunca dije que estaría aquí un mes. Dije que vendría para tener la sensación del palacio, y la tengo. Y dije que iba a comenzar la planificación mientras estaba aquí, y he hecho eso, también. No tiene sentido que pase aquí más tiempo. Laine levantó la barbilla. —Tengo una vida en Nueva York,

Aziz.

Las cejas de Aziz se juntaron al escuchar sus palabras. Después, su mandíbula se tensó y apretó una mano. —Es una vida triste, Laine. ¡Una vida con un trabajo bajo un patético hombre!»

—Ya no veo la diferencia —dijo Laine fríamente .

Aziz abrió su boca para quejarse, pero las palabras parecieron quedarse en su garganta.

Finalmente lo logró, su volumen aumentó con cada palabra: —Yo te he traído a mi casa. Te he brindado toda clase de lujos. ¡Te he dado la oportunidad de tu vida!

—Y he trabajado para ti y tolerado su indecisión, pero eso ya se ha acabado.

—¡Se ha acabado! Aziz se echó a reír. —¡Tú dices que se ha acabado!

—¡Me voy por la mañana!

—¡No, no lo harás! —Aziz, gritó.

—¿Planeas mantenerme aquí encadenada? —preguntó Laine. —¿Planeas abofetearme como haces con tu hermano?

—Yo...—balbuceó Aziz. ¡Claro que no! Yo nunca lo haría, Laine. Te quiero... Pero no debes irte. Todavía no. Yo puedo arreglar...

—Esto no se trata sobre hacer más arreglos. Es sobre tomar riesgos y decisiones. —suspiró Laine. Me aseguraré de que tus reformas avanzan a buen ritmo. Lo mantendré profesional, si tú prometes hacer lo mismo.

Aziz la miró por un momento, su expresión generalmente afable se volvió más y más fría por segundos.

—Entonces vete. Ve a sumirte en la oscuridad. Vuelve a tu vida —dijo él.

Laine respiró y unió su mirada a la de él. —Adoptaré un gato.

Capítulo Trece

Aunque nunca le había molestado antes, tras dos días en Nueva York y Laine se dio cuenta de que la ciudad era un lugar frío y pequeño. Las tiendas eran estrechas y las puertas bajas. Con su metro ochenta, se sentía imponente y desgarbada otra vez y sentía su pelo rozando la parte superior de la puerta de entrada al edificio de su apartamento. Habiéndose sentido tan consumida por su trabajo, Laine nunca había considerado que parte de la razón que no quisiera salir cada fin de semana era que ella no encajaba muy bien.

Laine no podía arrepentirse de decidir regresar. Aunque lo echaba de menos ya, no podía forzar a Aziz a querer algo más con ella y la indulgencia que el señor Brandt había extendido a ella se había llegado hasta el punto de ruptura. No parecía contento del todo cuando ella volvió a su oficina, a pesar de que su porción de la cuenta de Aziz probablemente pagaría la Universidad a su degenerado hijo.

Pero ella había renunciado a esperar nada, que se asemejara a la gratitud o la lealtad de él. Ella también había renunciado a cualquier otra cosa que la frialdad profesional en la oficina. La tensión no era algo que la entusiasmará, pero era inevitable por el momento. La mitad de sus compañeros de trabajo pensaban que ella debería haber sido despedida, y la otra mitad parecía asombrada de la obra que había estado haciendo en el palacio y de la cantidad de dinero que había entrado en consecuencia. Los rumores acerca de cómo había atraído a clientes habían estado flotando por la oficina con malignidad; los resultados también estaban mezclados. Ella esperaba que el vídeo de su baile con Aziz no produjera nada más que problemas, pero al parecer también aumentó la estima de algunas personas por ella.

Su primer fin de semana a su vuelta, después de una larga semana de lucha para que se las cosas en la oficina, Laine decidió conducir hacia el norte para ver a su padre en vez de marchitarse en su apartamento, perdiendo el calor del sol y los brazos cálidos de Aziz.

—¡Bien, muñeca, tienes muy buen aspecto! Greg puso una taza de té frente a su hija mayor y se

sentó al otro lado de la mesa. —¡No creo haberte visto nunca tan morena! A Emma, tal vez, pero ella se echa spray, ¿no?

—Lo hace. Quiere proteger su piel del envejecimiento. Laine envolvió sus dedos alrededor de la taza de té y recordó el delicioso café de Hadiya. Se preguntaba si a la joven le importaría recibir una llamada de una de las ex de su hermano. Hadiya parecía molesta cuando se enteró que Laine se iba. —Utilizaba protector solar cuando estábamos fuera, pero sólo ayudó un poco.

—No estoy criticando. Se te ve muy bien. Greg le dio unas palmaditas en la pierna. —Pero no pareces muy feliz de estar aquí.

¡Lo estoy, papá! ¡Te echaba de menos! Sé, que no llamé a menudo cuando estaba en Bahrein...

—No, no me refiero aquí conmigo. Sólo parecías y sonabas un poco deprimida desde que has vuelto. Él se encogió de hombros y bebió su té. —Debe haber sido la agitación que se obtiene cuando le hincas el diente a algo realmente sustancioso en el trabajo, ¿eh?

—Algo sustancioso. Laine agitó su cabeza en acuerdo.

—Bueno, ese trabajo no está totalmente terminado, ¿no? ¿Volverás a comprobar ese trabajo?

—Lo haré... Si Aziz lo pide. Pero voy a estar haciendo mucho desde Nueva York por ahora.

Laine pasó la punta de su dedo sobre el borde de la taza. —Aunque lo echaré de menos.

No incendiaste el lugar. Podrías volver en algún momento. Aunque no fuera por trabajo. —Se rió. —No es que sea tu estilo, o el mío, pero he escuchado que puedes salir a veces. Solo para pasártelo bien.

—No puedo evitarlo si me dejo llevar. —Laine intentó relajar sus hombros y sentarse. —No lo sé. Simplemente ha sido diferente desde que volví. Antes, yo saltaba ante cualquier oportunidad que el señor Brandt me ofrecía. Me hacía cargo de tantas cuentas que apenas podía respirar. Ahora, no estoy tan motivada para llenarle sus bolsillos. Quiero algo que me excite.

—No hay nada de malo en eso. Es bueno sentir satisfacción por tu trabajo. Me encantaba ser profesor. Prácticamente me tenían que sacar de la escuela en una carretilla.

—La satisfacción no paga las facturas.

Greg agitó su mano. —Vosotras muchachas sois tan autosuficientes. Tienes dos cuentas de

jubilación. Confío en que voy te salgas adelante. Has hecho malabarismos con todo lo demás. Puedes hacer malabares con una carrera con ser feliz.

Laine pensó sobre eso cuando su padre se levantó y fue a la cocina a comprobar las galletas que había insistido en hacer al horno (después de exclamar como hacía siempre que la veía delgada, lo que ella nunca creía). Era tan extraño. Después de haber probado algo diferente, su antigua vida ahora parecía amarga para ella. Estar en casa con su padre estaba muy bien. Pero nada más lo estaba.

Al día siguiente, Laine fue al Museo de arte moderno y estudió las colecciones generales, y una exposición local de un programa continuo de adolescentes de Nueva York interesados en el arte. Antes, evitaba salir y hacer cosas en la ciudad, solo por no tener con quien ir y tener demasiado trabajo que hacer.

Después de su fin de semana, Laine entró en la oficina sintiéndose renovada e inspirada. Se había tomado un tiempo para explorar e investigar en Internet y había llenado su calendario de eventos en Nueva York, así como algunas excursiones a los alrededores. Era una habilidad que había desarrollado para sus clientes pero que nunca utilizaba para sí misma. Necesitaba algo que desear. Necesitaba una vida más llena.

Desde ese punto, a Laine trató mejor a las nuevas trabajadoras temporales, mantenía sus respuestas con Richard y Joel concisas y el hombre más joven siempre parecía que estaba a punto de mojar sus pantalones, cuando ella estaba cerca, y hacía su trabajo a su máxima capacidad. Entonces se fue a su casa y se centró en otras cosas.

El señor Brandt la llamó a su despacho dos semanas después de su regreso a Nueva York. Él repasó con sus ojos su atuendo, una mezcla de su anterior gloria en la oficina con un pañuelo seleccionado por Hadiya y le hizo un gesto para que tomara asiento.

Laine se sentó y le siguió con la mirada mientras paseaba alrededor de su escritorio, sin sentarse. Era un movimiento de poder tan repulsivo, tenerla sentada mientras él estaba de pie. Ella mantuvo su espalda recta y dobló las manos casualmente en su regazo.

—Laine, necesitamos hablar sobre tu reciente trabajo —dijo finalmente.

Laine levantó una ceja. ¿Hay algún problema? Mi trabajo no ha disminuido en calidad.

—Por supuesto que no —dijo el señor Brandt, un poco inestable por su confianza.

Laine acarició su dedo índice sobre el dorso de su mano izquierda e inclinó su cabeza hacia atrás, analizándolo. El señor Brandt pasó sus manos sobre la parte delantera de su traje y se sentó en su escritorio.

—Es la cantidad, querida. Es el vigor decreciente con el que estás tomando cuentas nuevas y cuantas no lo has tomado.

—Tengo una carga de trabajo razonable —dijo Laine, manteniendo incluso su tono. —Tengo tantos clientes ahora como Adrien o Joel. Más que Joel, realmente. Ha sido despedido de dos cuentas. Si no me equivoco, Richards tuvo que tomar la cuenta de Madison de él. Casi la perdimos.

El señor Brandt hizo un ruido en su garganta. —Solía tomar muchas más. Parece que estás bajando el ritmo, querida.

—Creo que mis clientes dirían que el trabajo que estoy haciendo para ellos es puntual y excelente. Laine cuadró sus hombros. —Puedo no estar tomando tantos clientes como antes, pero he traído tantas cuentas para esta empresa y de tanto dinero, que creo que es hora de que alguien de un paso adelante. Tampoco quieres mis manos en tus mejores cuentas de todos modos.

—Te estás tomando las cosas muy personalmente —dijo con una sacudida de su cabeza. —Esto es un negocio, Laine, puro y simple.

Laine sintió que se le calentaba la cara y recordó algo que Aziz le había dicho una vez.

—Todo es personal, señor Brandt. A los estadounidenses les encanta cortar nuestra vida en pedazos y fingir que somos imparciales e infalibles, pero es sólo una mentira que hace más fácil querer lo que queríamos en primer lugar. Ella se encogió de hombros. —Es intensamente personal que usted no me de crédito por el trabajo que he hecho, y es increíblemente irracional que rechace la cantidad de dinero que podría traerle si tuviera el apoyo adecuado.

El señor Brandt comenzó a ponerse rojo. —Señorita McConnell.

—Yo no soy una niña. Soy una mujer que se graduó entre los mejores de su clase en Parsons y que fue seleccionada a dedo por un jeque de Bahrein para decorar su casa palaciega.

—Sí, y he escuchado como fuiste 'seleccionado a mano' —dijo el señor Brandt, complacido casi por el giro de la frase.

Laine hizo una pausa. Ella frunció sus labios, dándole una mirada larga, y su diversión se convirtió en malestar.

—Me has conocido durante suficiente tiempo para saber que un baile y unos rumores poco tienen que ver con cómo me comporto profesionalmente. Laine hizo un ruido de desaprobación en su lengua. —Incluso ahora, esperaba más de usted que fuera partícipe en chismes mezquinos. Honestamente, no me habría importado tanto que me hubiera ignorado si no hubiera tenido tanta fe en usted como hombre de negocios. Realmente esperaba, durante más tiempo del que debía haberlo hecho, que trabajar duro aquí me llevaría a algún lugar. No lo ha hecho. Así que he elegido hacer un buen trabajo y tener una vida.

—Si quieres seguir trabajando aquí, no puedes esperar eludir tus responsabilidades. El señor Brandt golpeó la mesa con rabia.

—¡Espera que haga diez veces el trabajo de los demás, con ningún reconocimiento y la mitad de sueldo! Y espera que lo haga con una sonrisa en mi rostro y una canción en mi corazón, o habré fallado en algo. Laine estaba de pie y con sus manos en sus caderas. —Una vez consideré trabajar aquí como un trampolín, pero ahora veo que simplemente mi tobillo se ha quedado atrapado y espera que se lo agradezca.

—¡No puedes hablarle a tu jefe así!

—Ya no lo estoy haciendo. Lo dejo.

Salir de su oficina no era tan satisfactorio como casi romperle el brazo a Amin, pero estaba entre sus principales experiencias vitales. Sobre todo porque sus compañeros de trabajo al parecer habían estado escuchando, y algunas de las empleadas temporales estaban tratando de contener una risa escandalizada.

Tamara, ¿podrías conseguirme una caja, por favor? Necesito recoger mi oficina —Laine le preguntó a una de ellas agradablemente.

Tal vez ser independiente era demasiado riesgo. Existía la posibilidad de que no fuera capaz de

conseguir suficientes clientes para poder trabajar o que los rumores que corrían sobre ella se hubieran extendido demasiado ya. Pero Laine decidió, mientras guardaba cuidadosamente sus fotos en la caja, que esta era la única manera razonable para poner fin a su tiempo aquí. Ella había pagado sus cuotas y algo, y ella simplemente había superado este lugar. No iba a recuperar su reputación con el miserable apoyo que recibía aquí.

En su salida hacia fuera, el señor Brandt hizo que un guardia de seguridad la siguiera. Ella cerró sus ojos tan fuerte que se los podría haber dislocado. El guardia la ayudó llevando una caja adicional y se alejó cuando estaba en su coche en el garaje debajo del edificio. Ella metió sus cosas en el maletero mientras pensaba sus planes para los siguientes días.

—Eh, Lainey.

Ella miró a Adrian Ramos agitando una libreta de contactos forrada en cuero delante de su cara.

—¿Qué es eso? —preguntó. —¿Y que estás haciendo con la oveja negra del mundo de la decoración de interior?

—Si estás buscando compañía, esta es una lista de posibles clientes que todavía no han firmado con Brandt Interiors. Ramos se echo su cabello hasta los hombros hacia atrás. —Si no, solo he salido a fumar.

Laine cruzó sus brazos y se apoyó contra su coche cuando mientras miraba su agenda de contactos.

—¿Cómo tienes eso preparado? Ni siquiera sabía que me iba a ir hasta hoy.

Ramos se encogió de hombros. —Pienso en irme cada vez que estoy en la sala con ese fósil del sexismo y la idiotez. Y no puedo decir que no saltaría ante la oportunidad de tener cerebro creativo a bordo cuando tenga en marcha mi propia empresa.

Laine agarró el libro y echó un vistazo a través de él. De todas las personas en Brandt Interiors, con el que menos había odiado trabajar era con Ramos. Probablemente porque era tan meticuloso que realmente le gustaba hacer el papeleo, y tenía un montón de ideas, era bastante bueno colaborando y escuchando las ideas de los demás.

—No es que lo necesites, pero empezar una nueva empresa es infinitamente más fácil con ayuda, un lugar donde conocer y clientes para empezar —dijo Ramos —marcando cada artículo en sus dedos bien cuidados. —Sin mencionar que mi record en relaciones con el cliente es absolutamente impecable.

Laine estrechó sus ojos y lo diseccionó visualmente para ver cualquier signo de burla o juicio. Ramos levantó su boca hacia un lado y se encogió de hombros. Él sabía lo que otros decían. Y solo lo mencionaba ahora, claramente, porque él quería un sí de ella. También quería irse de esta empresa.

—Ve —ordenó. —Hazlo oficial. No queremos ninguna fuga entre trabajar para él y reuniones oficiales para lo que esto vaya a ser. Podemos hablar mientras comemos. Laine se hizo con la libreta de contactos. —Y probablemente un margarita.

Ramos se rió entre dientes. —Tú y yo. Conozco el lugar.

Capítulo Catorce

De todas las cosas que Laine había esperado para su vida, estando técnicamente en el paro y trabajando fuera de una galería de arte/cafetería propiedad del novio de su socio de negocios bisexual no había sido una de ellos. En realidad, ella siempre esperaba haber sido ascendida dentro de Brandt Interiors o finalmente haber sido captada por una compañía más grande y haber tenido esencialmente la misma vida, sólo que con mejores beneficios.

Ahora ella estaba escuchando alguna canción indie que nunca había oído mientras Ramos coqueteaba con su novio en la caja. Volvió con un par de recargas gratis a sus cafés con leche, y los dos se pusieron a trabajar.

—Hector te ha hecho un gatito —dijo Ramos, pasándole el café.

—Si eso es un consejo de que necesito desistir de mi destino y convertirme en lesbiana, lo rechazo —dijo Laine, apuntándole con su dedo.

Ramos se echó a reír. Últimamente había estado burlándose acerca de estar tan solo, especialmente en cuanto supo que había retomado la pintura otra vez. Encontró una clase dentro de su gama de habilidades y precio no muy lejos de su apartamento. No aparecería en ningún museo nunca, pero disfrutaba mucho de ir a clase después del trabajo dos días a la semana. Hector, encantador como era, había colgado uno de sus esfuerzos con una etiqueta con el precio de \$100, que, en comparación con los otros cuadros era prácticamente regalarlo, pero era el gesto lo que contaba. Sin embargo, ahora parecía que lo había quitado..

—Vale, tú llama al proveedor del papel de pared, y yo me pongo al teléfono con los chicos de la construcción. Laine retomó la conversación donde la dejó.

Los días eran largos, pero Héctor ayudaba a hacerlos pasar más rápido. Él también tenía una oficina y unas habitaciones libres encima de la cafetería donde podían usar su impresora y el fax o hacer llamadas cuando venían bandas a tocar y el volumen era demasiado fuerte para trabajar. Héctor había agradecido a Laine que ayudara a Ramos a empezar por su cuenta. La propia Laine no estaba

particularmente interesada en la iniciativa empresarial y sentía que los dos hombres realmente la habían ayudado a alcanzar un equilibrio con las cosas que quería hacer.

Esa noche, estaban trabajando tarde. No tenía clase de pintura, así que Laine tenía un poco de tiempo extra antes acabar, cuando notó que Ramos mirando hacia Héctor expectante. Era bastante tarde para que Héctor estuviera abriendo una botella de vino para un cliente, y él indicó que sería dos minutos.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Laine.

Ramos se encogió de hombros.

Miró a los dos sospechosamente los siguientes minutos por detrás de la pantalla de su portátil. Finalmente, Héctor se acercó a ella y puso un cheque delante de ella. Ella lo miró y después a Héctor con incredulidad.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Tu comisión. Por tu cuadro. —dijo Hector.

—¿Alguien lo ha comprado? Laine recogió el cheque como si pudiera disolverse en sus dedos.

—Lo sé, ¿vale? ¿Qué ha pasado con el buen gusto estos días? —Ramos bromeó.

Laine le dio un golpe.

—Bueno, menos la parte de la casa —dijo Hector. —Pero, más un poco más por encima del precio de venta.

— Me he dado cuenta —dijo Laine.

Héctor se encogió de hombros. —Le he dicho al comprador que lo entregarías en mano y que hablarías un poco con él.

Él le tendió una nota garabateada con un numero de una de las habitaciones en la planta superior. Laine lo agarró y después hizo una pausa. El cheque era de Hector, por lo que el comprador ya había pagado por adelantado para verla.

—¿Ha pagado en efectivo? —preguntó Laine. —¿Qué aspecto tenía?

—Venga. ¿Qué daño podría hacerte conocer a un fan? —dijo Ramos.

Laine tomó la nota de Héctor y comenzó a recoger sus cosas. —Si esto sale mal, la culpa será

vuestra.

—Es arriba. No te envío a las profundidades del infierno —dijo Héctor. Le dije que recibirlo allí después tuve oportunidad de tener la pintura envuelta correctamente.

Los labios de Laine se apretaron en una línea.

—Adelante—dijo Ramos, haciendo un movimiento espantándola.

Laine señaló amenazadoramente a los dos a la vez antes de irse. No sabía que le esperaba. Sabiendo que sus amigos le estaban tendiendo una trampa no ayudaba mientras ella subía por la escalera, llevando un cuadro de tamaño moderado que ella había estado segura que nunca vendería. Laine no estaba segura de si quería tener razón o no. Algo se agitó dentro de ella, ante la sospecha de que al otro lado de la puerta esperaba Aziz. Esto era algo que él haría. Las cosas no habían terminado bien entre ellos, y ella no estaba dispuesta a volver a fingir que ella podía disfrutar de su tiempo juntos y esperar nada más.

Cuando llegó a la puerta, ella vaciló. Ella olió a rosas. La ira apareció repentinamente dentro de ella. Estuvo tentada de abandonar la pintura allí e irse.

¿Otro gesto vacío? ¿Otro arreglo para llevarla donde él quisiera?

Con su genio sacando lo mejor de ella, Laine abrió la puerta y caminó, con su lengua lista para ser ácida. Desapareció, sin embargo, cuando vio de pie a Aziz por la ventana y varios jarrones de rosas rayadas dispuestas alrededor del apartamento.

Él estaba allí. Estaba esperando, era real. No un sueño o la memoria de este hombre extraño, poderoso que había tenido su corazón en su mano y lo había tirado lejos.

Su cabeza se giró, y ella dio un paso atrás, frunciendo el ceño profundamente hacia él.

—Oh... eres más hermosa de lo que yo recordaba —dijo Aziz.

—Por favor, para.

—Laine, no huyas de mí otra vez. He traído un poco de su jardín. Aziz hizo un gesto hacia las rosas.

—Estoy triste que tuvieran que morir por esto. Laine se acercó a él y colocó el cuadro. —
Disfruta de tu cuadro, Aziz. Y disfruta de Nueva York. Ella caminó hacia la puerta.

—¡No, espera! Aziz rogó.

Laine se paró. Ella pensó un momento. —Mándale un saludo de mi parte a Hadiya. Tengo que llamarla.

—Por favor, escucha. Aziz se acercó detrás de ella y puso sus manos sobre sus hombros. —Tengo tantas cosas que decirte.

Laine se volvió y lo miró con incredulidad. —¿Por qué estás aquí? ¿Por un cuadro? Y no uno muy bueno. ¿Qué más me quieres decir, Aziz? ¿Sobre mí y mi triste vida?

—No debía haberte hablado tan duramente a usted. Estaba enfadado y no quería que te fueras.

—Obviamente.

—No es excusa. Pero tu vida ha cambiado. Lo sé porque tu oficina trató de asignarme otro diseñador.

Laine cruzó sus brazos y miró hacia abajo. —Lo siento.

—No, me alegra. Dejaste ese lugar tóxico. Fue un buen movimiento.

—Eso espero.

—Simplemente estoy muy feliz de saber que te has liberado de ese lugar. Estoy muy feliz de saber que estás pintando... ¿Harás más para mí?

—¿Tendré que volar a Bahrein para pintar para ti? —ella bromeó.

Aziz se rió entre dientes. —Con toda honestidad... Yo solo...—Suspiró, echó sus hombros hacia atrás y después se sentó en el harapiento sofá de Héctor con sus manos dobladas entre las piernas.

Laine se relajó un poco. ¿Realmente que quería él?

—Necesitaba hablar contigo. Para ser honesto. Necesitaba decirte lo valiente fuiste de venir a mi país, para intentar involucrarte en mi cultura, hacer frente a Amin. Él frunció el ceño profundamente, sacudiendo la cabeza. —Me enteré a través de Hadiya, que oyó de la esposa de Amin, lo que sucedió. No puedo creer que él hubiera... es impensable. Amin ha sido siempre el hermano mayor. Él iba a ser el responsable, y aun después de tomar el liderazgo como cabeza de nuestra familia, sentí que debía mostrarle un debido respeto. Pero después de lo que ha hecho, le he cortado de la fortuna familiar.

Él levantó su cabeza. —Tal vez temporalmente, y aseguraré que su esposa y sus hijos tienen suficiente, pero por ahora, él debe aprender que las acciones tienen consecuencias.

—Bien. Tiene suficiente edad para haber aprendido esa lección ya, dijo Laine un poco duramente. Ella miró hacia abajo y quería tocarle su hombro. Tuvo que haber sido una decisión difícil de tomar para él. —Gracias.

—Debería haber hecho más cuando estabas con nosotros —dijo Aziz. —Debería haber sido más firme. Eres valiente en la forma en la que yo quiero ser valiente...

Laine descruzó sus brazos y se acercó más a él. —¿Tú?

Aziz la miró con ternura y sonrió. —Quería tu servicio como diseñadora porque eres buena. Eres un talento desaprovechado, y me agrada saber que finalmente hayas aceptado esto. Pero...— Tragó saliva y se arregló las cejas. —Cuando las renovaciones estaban en curso, quería que te quedaras porque...

—Aziz.

—No, Laine, por favor. Quería que te quedaras, te necesitaba, porque te adoro. Me encanta tu belleza y tu fuerza. Quería más tiempo. —No pude nunca pasar suficiente tiempo contigo —dijo Aziz.

Laine disminuyó la distancia entre ellos y tocó su hombro. Miró para arriba hacia ella como si estuviera mirando a las propias estrellas, y ella se ruborizó profundamente.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Volver a casa contigo? Laine preguntó, apretando su hombro suavemente.

—Te podría echar sobre mi hombro y llevarte conmigo —sugirió Aziz. —Pero después de los morados que vi en Amin, me pregunto si irías tranquilamente.

—Oh, no, no lo haría —Laine bromeó con una sonrisa.

—¿Significa esto que considerarías...? —Aziz tomó su mano y la besó. —¿Permitirme...?

—Creo que me te he permitido suficiente. Laine cerró los ojos por un momento. —Te he echado de menos. Pensaba que habrías encontrado otro ligue por ahora.

—Nadie puede reemplazarte. Estoy completamente prendado por ti, Laine. No puedo hacer otra cosa que rogarte que perdones mis fallos. Se acercó a su rostro, y ella vino a sentarse junto a él. —

Sabía lo que estabas pidiendo de mí. Simplemente me costó admitir que quería algo más que algo temporal.

Laine levantó sus manos hacia arriba, con sus dedos entrelazados y miró a los ojos grandes de color verde avellana. Cómo los había echado de menos y el sonido de su voz y el olor de él. Cómo extrañaba su humor.

—Lo hice también —ella murmuró. —Nunca pude creer que quisieras más de lo ya habías tomado

—Por favor créeme, Laine. Por favor, déjame mostrarte cuanto te amo. Dame esta oportunidad para realmente hacer el ridículo. Aziz tomó su rostro en sus manos y buscó sus ojos antes de darle un beso en sus labios.

Laine sentía que su corazón le golpeaba el pecho. Ella había cambiado tanto su vida. ¿Podría ella hacer que él encajara? ¿Podría negar lo que ella sentía por él, de cualquier manera? ¿Quería?

—Vamos a ser realistas —dijo Laine. —Ambos vamos a hacer eso.

Aziz se rió y la acercó hacia él. Laine tocó la mejilla de Aziz. A pesar de sus dudas, tenía que creerle ahora. Con todas sus extrañas formas, nunca había estado preocupado por la palabra "amor". Ella acariciaba una mano sobre su cabello grueso, abundante y entonces unieron los labios con un beso suave y acogedor. La mano de Aziz presionó contra la parte baja de su espalda. Él devolvió su beso con fuerza, como para demostrar sus sentimientos a través de su conexión física.

Pero Laine estaba convencida. Ahora, ella quería convencerlo. Ella quería que él entendiera que el riesgo que estaba tomando, admitiendo sus sentimientos hacia ella, era mucho más sabio que lo que él parecía creer. Ella curvó su pierna contra la suya y arañó ligeramente la parte trasera de su cuello.

—¡Ah! Aziz agarró el culo de Laine y la tomó en sus brazos. —¡Mi tigresa!

—Sí —Laine abrió la boca, arqueando su espalda y sus brazos alrededor de los hombros de Aziz. —Tuya —prometió.

Con un gruñido, Aziz puso su espalda en el sofá, besándole su cuello mientras ella se lo ofrecía. Laine echó sus caderas hacia delante, provocando un ruido gutural de Aziz. Él frotó su

erección contra su muslo y se apretó justo debajo de la curva de ella.

—¿Aún estás tomando la píldora? —susurró él.

Asintió Laine, ahuecando su rostro entre sus manos. Ella lo besó ferozmente, con un ardor nacido del rechazo que habían sufrido desde su separación. Estando tan cerca no era suficiente. Ella necesitaba tocarlo, estar unido carne con carne, tenerlo dentro de ella como un solo cuerpo.

—¡Mi camiseta! Ella se rió cuando Aziz le abrió la blusa sin esfuerzo. Le sacó su sujetador y pasó su lengua alrededor por su sensible pezón mientras exprimía su lado. Como siempre, el cuerpo de ella era suyo para adorarlo. Ella gimoteó mientras él pasaba de un pecho y luego al otro, y comenzó a temblar, queriendo más de él todo el tiempo.

Cuando Aziz se apartó, Laine gimió por la pérdida de él, pero sólo estaba sacándose sus pantalones y pronto volvió a ella con besos apologeticos. Colocó un brazo fuerte por debajo de su culo, levantándola hasta que ella puso una pierna sobre su hombro. Su cabeza se reclinó contra el brazo del sofá y ella lo miró con lágrimas en sus ojos.

—Tenía tanto miedo de querer esto —admitió Laine.

Aziz deslizó un dedo dentro de ella mientras la sostenía firmemente. —Yo también lo tenía, pero ahora, nos tomamos nuestra felicidad, ¿verdad? No más miedo. Solo vida y amor, mi dulce, fuerte rosa.

Laine movió sus caderas contra sus dedos, haciendo ruidos suaves de apreciación y mirando en sus ojos como si solo ahora se hubieran visto uno al otro de verdad. Cuando él empujó su erección dentro de ella, ella recordó lo gruesa era y lo cerca que estaba de ser demasiado... pero no. Era perfecto, llenándola completamente mientras él sacudía sus caderas rítmicamente.

Sus ojos se cerraron y él apretó su frente con la de ella. Hacia adelante y hacia atrás, ambos jadearon y gimieron, expresando su pasión y aprecio el uno por el otro. Él puso su mano entre los dos, masajeando su zona sensible, y ella apretando sobre él mientras se estremecía de placer. Una vez un poco y entonces otra vez de forma explosiva. Ella agarró la parte posterior del sofá con una mano, gimiendo como si estuviera poseída y su cuerpo se encendió en éxtasis.

Aziz se corrió dentro de ella con fuerza, con un grito lo suficientemente fuerte para que los

entrometidos socios de Laine abajo supieran que el plan de Aziz había sido un éxito.

Esa noche, Aziz llevó a Laine a su suite de hotel. Siempre había querido ver lo que había al otro lado de la mesa de conferencia donde habían hablado por primera vez del trabajo en Bahrein. Estaban enroscados juntos en una cama ridículamente enorme con sábanas blancas suaves, murmurando planes y posibilidades para un futuro en el que lo podrían tener todo. La familia y la fortuna parecían infinitamente manejables en la relajación poscoital, y Laine se encontró diciéndole más cosas a Aziz más de lo que ella había podido antes. Tocó su frente con ternura y besó su cicatriz y dijo que deseaba conocer a su padre y que Laine conociera al suyo

—Mi padre te adorará —dijo Aziz. —Estoy seguro de ello. A mi madre puede costarle algún tiempo, pero Hadiya ya le ha hablado bien sobre ti. Está preparada para amarte. Él se rió entre dientes. —Cuando te fuiste, Hadiya no paró de meterse conmigo sobre que había hecho para ofenderte. Te la has ganado ella es tu hermana ahora.

Laine sonrió. Le gustaba la idea de tener otra hermana. —Voy a tener que darle las gracias. Debe ha sido difícil conseguir que un tozudo como tu admita que se ha equivocado.

—Oh, pero ahora estoy muy contento de haberlo hecho. Aziz besó su mejilla.

—Voy a tener que intentar volver aquí regularmente. No puedo dejar a mi padre solo, solo para estar contigo. Laine acarició su pecho. —Sin embargo, quiero estar allí contigo tanto como pueda.

—Nuestra familia tiene sus conflictos, pero también valoramos nuestra cercanía. No te alejaría de tu propia familia, Laine. Aziz peinó sus dedos por su cabello. —Yo tengo los medios, y tu tienes la fuerza de voluntad. Encontraremos formas. Estoy seguro de que también puedo programar viajes de negocios para que tú y tu amigo Ramos podáis seguir trabajando.

—Si pudiera volver aquí de vez y en cuando, Ramos podría gestionar la compañía desde aquí —dijo Laine pensativamente, con un bostezo.

Aziz frotó la punta de su dedo sobre su nariz. —Y claro, preferiría que los dos os ocupéis del resto de la renovación de mi casa. No he estado satisfecha con la falta de de visión de tu anterior compañía.

Laine sonrió. Ella reposó su cabeza sobre las almohadas suaves y sintió que su pecho se hinchaba con amor, esperanza y todas las posibilidades que su vida podría tener ahora. Su mundo parecía mucho más grande de lo que había sido hace sólo unos meses. Juntos, ella y Aziz podrían sacar lo máximo de la vida durante su tiempo en este planeta, y se amarían ferozmente en cada momento.

FIN

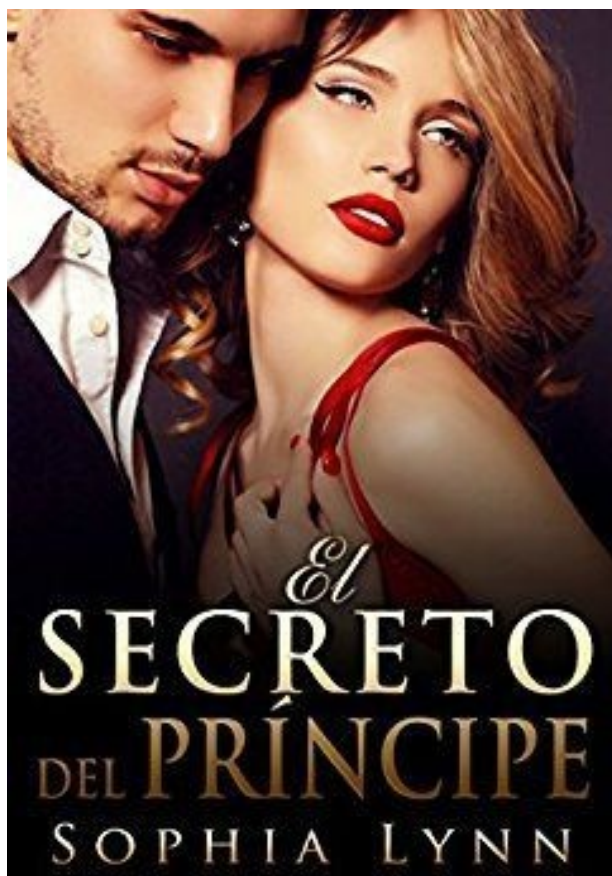
[¡HAGA CLIC AQUÍ](#)

**para suscribirse a nuestro boletín y conseguir actualizaciones
exclusivas sobre todas las ofertas, avances secretos y nuevos
lanzamientos!**

OTRA HISTORIA QUE DISFRUTARÁ

El Secreto del Príncipe

Por Sophia Lynn



¡Libro completo más abajo!

[¡HAZ CLIC AQUÍ](#)

para suscribirte a nuestra lista de correo y recibir actualizaciones

EXCLUSIVAS con ofertas, adelantos y nuevas publicaciones!

El Secreto del Príncipe

Por Sophia Lynn

Todos los Derechos Reservados. Copyright 2015-2016 Sophia Lynn.

[¡HAZ CLIC AQUÍ](#)

para suscribirte a nuestra lista de correo y recibir actualizaciones

EXCLUSIVAS con ofertas, adelantos y nuevas publicaciones!

Capítulo Uno

Philip Andreoli estaba poniendo todo de su parte por ignorar al fanfarrón que tenía a todo el bar revolucionado, pero lo cierto es que cada vez le costaba más. El hombre, de esa complexión rubicunda propia del norte de Europa y la tez ligeramente quemada por el sol debido a su estancia en Mónaco, estaba proclamando en voz alta que los pilotos monegascos eran unos inútiles, que se verían sobrepasados por las fuertes pendientes del circuito y que, lógicamente, acabarían en los últimos puestos de la clasificación. Hasta su mujer se había aburrido de sus despotriques y se había marchado a la mesa de apuestas en busca de compañía más grata.

Philip sabía que lo mejor sería ignorarlo, pero no pudo evitar acercarse al extranjero y darle unos golpecitos en el hombro. El hombre lo miró entrecerrando unos ojos enrojecidos e hinchados.

—¿Qué pasa?

Philip esbozó una sonrisa, consciente de su aspecto. Era alto y delgado, y aparentaba menos de los treinta y tres años que decía tener. Seguramente pensara que era uno de esos niños de papá aficionados a las carreras. Alguien a quien no había que tomarse muy en serio.

—Veo que tiene una opinión muy formada de los pilotos monegascos. Imagino que es consciente de que esta carrera lleva celebrándose en las calles de la ciudad más de trecientos años. Un detalle que, en mi opinión, nos da algo de ventaja.

El hombre soltó un sonoro bufido.

—¡Más a mi favor! ¡Eso precisamente es un lastre! Están acostumbrados a ir a un ritmo demasiado lento. Ahora se enfrentan a pilotos de todo el mundo; hombres que han corrido por las pistas más peligrosas del mundo. Créame, los expertos apuestan por los pilotos suecos o, si me apura, por el equipo noruego.

Philip contuvo las ganas de poner los ojos en blanco. Como sospechaba, el tipo no era más que un fantasma.

—Lo siento, pero mi orgullo patrio me impide darle la razón—dijo—. El príncipe financia al

equipo monegasco. Creo que tengo claro donde residen mis lealtades.

El extranjero resopló con desprecio.

—¡Bah! ¡El príncipe! Un engreído con dinero. ¿Qué merito tiene invertir en el equipo si luego no es capaz de subirse a un coche de carreras?

Philip parpadeó un par de veces. Su madre solía decirle de pequeño que tenía una habilidad especial para meterse en problemas y un demonio en el hombro que le susurraba maldades. Justo como en aquel preciso instante. Y eso que estaba haciendo todo lo posible por contenerlo. Las cosas habían cambiado. Ya no era un mocoso que no quería hacer los deberes.

—Me temo que no estoy de acuerdo —dijo. Y la cosa habría quedado ahí si el hombre no hubiese continuado.

—Tiene todo el dinero del mundo. Nunca ha probado su valía. No hay sitio para esa clase de personas en el ámbito deportivo profesional.

De repente se le ocurrió algo. El demonio que llevaba al hombro soltó una carcajada.

—¿Va a ver la carrera? —le preguntó Philip con educación.

El hombre frunció el ceño.

—Claro. ¿Por qué me lo pregunta?

—Estupendo. Voy a decirle lo que quiero que haga, caballero: se va a quedar aquí y va a ver la carrera que está a punto de comenzar. Me encargaré de que beba todo lo que quiera, invito yo, siempre y cuando no retire la mirada de la pantalla. ¿Queda claro?

Si el hombre advirtió un ligero tono de amenaza en la voz de Philip, el alcohol que ya había ingerido evitó que lo registrara.

—Vaya, muchas gracias. Sin rencores, ¿no?

—Sin rencores —contestó Philip amablemente antes de darse media vuelta y marcharse. Tenía un par de cosas pendientes y, dado que la carrera empezaba dentro de una hora, tendría que actuar con rapidez.

El bar se quedó en el más absoluto silencio cuando se anunció el comienzo de la carrera. En

Mónaco se guardaba un profundo respeto por las carreras de coches. Aquella, además, era de las importantes. Se anunció el nombre de los pilotos y sus patrocinadores y, tras informar que habría un

Algunos protestaron en voz alta. Mario Benezetti era el favorito del público y uno de los pilotos más intrépidos del mundo. Otros, en cambio, esperaban pacientemente a que anunciaran quién sustituiría al famoso Benezetti.

El piloto sustituto apareció sobre el asfalto con un traje para carreras Nomex de color negro. Era alto, delgado y se movía con decisión. A la presentadora tardaron en comunicarle la identidad del misterioso piloto, por lo que probó diciendo algunos nombres al azar mientras tanto. Cuando le comunicaron su identidad, abrió los ojos de par en par y tardó unos segundos en transmitirlo a la audiencia.

—Y hoy tendremos como piloto para Mónaco nada más y nada menos que a Philip Andreoli, ¡el príncipe de Mónaco! —El público se puso en pie y jaleó a gritos, pero la presentadora fue más cauta—. El príncipe Philip lleva sin participar en una carrera desde que su padre le cedió el trono hace cinco años. Por aquel entonces era piloto a nivel nacional pero, ¿ha vuelto a practicar desde entonces? ¿Qué le ha llevado a participar en una de las carreras más importantes del año?

«Hastío y ganas de fastidiar», podría haber dicho Philip.

Sabía que si sus padres aún no se habían enterado, no tardarían en hacerlo. Probablemente incluso antes de que la carrera terminase. Se imaginó a su madre soltándole la bronca mientras su padre lo miraba apretando los puños. Como si aquello le preocupase en aquellos momentos.

«Si no querían que gobernase el país a mi manera, que no me hubiesen puesto a cargo de él», pensó sonriendo para sus adentros.

Todos esos pensamientos se esfumaron en cuanto se metió en el coche.

—Hola, muñeca —murmuró mientras ponía las manos sobre el volante.

Conocía bien aquel coche. Había participado en el diseño, así que aquella máquina tan suya como de los ingenieros que la habían fabricado. Sabía perfectamente la potencia que había bajo el capó y la estabilidad que se había sacrificado para conseguir aquella energía. Para manejar el coche

era necesaria una mano firme y rápida; de lo contrario, el resultado sería catastrófico.

Aceleró el motor y se dirigió a la línea de salida. Notaba cómo el corazón le latía a toda velocidad y su pulso ascendía a causa de la emoción. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había hecho algo así, aunque sus escoltas seguramente no estuviesen de acuerdo.

Ya había influenciado el concepto que tenía la gente de la monarquía. Mónaco se estaba acostumbrando a tener un príncipe que se daba la gran vida y para el que la diversión la proporcionaban los coches deportivos y las mujeres. Un príncipe capaz de mantenerse firme como un soldado tras pasar cinco días de fiesta en un yate.

La pista se extendía ante él. Serían cuarenta vueltas; muchas menos de las que estaba acostumbrado a hacer cuando aún competía como piloto. Aquello indicaba que tendría poco tiempo para recuperarse si no salía a toda velocidad. Tendría que salir disparado en cuanto bajaran la bandera.

«Como si eso fuese un problema», pensó mientras esbozaba una sonrisa. Hacía mucho que no le soltaban la correa.

La bandera cayó, el coche de Philip salió disparado de la línea de salida, y soltó una carcajada.

—¿Y... esto es lo que usted entiende por una modesta casa en la playa? —preguntó Margot mientras observaba el terreno. Si empezaba a reírse, ya no podría parar.

El hombre que la había recogido en el aeropuerto la observó con curiosidad.

—Así es. Se trata de una de las propiedades más sencillas de nuestro cliente. Tiene otras en la ciudad mucho más lujosas y con más comodidades.

El chalet era como mínimo dos veces más grande que la casita en la que Margot se había criado. Estaba situada en una zona extensa y deshabitada junto a la playa y desde el proche que había en la parte trasera se podía bajar hasta la orilla. Se trataba de un edificio de estilo mediterráneo con paredes encaladas y altos ventanales. La luz entraba en todos los rincones de la casa. De repente, Margot se sintió como en casa.

—Pues a mí me parece preciosa —dijo ella—. Entonces, lo único que tengo que hacer es vivir

aquí, ¿no es así?

El hombre asintió.

—Tiene el dossier informativo junto al resto de cosas que le he entregado. Creo que ahí vienen reflejadas todas sus responsabilidades. Tendrá que hacer alguna que otra tarea poco importante de mantenimiento, pero en general, solo necesitamos que viva aquí. Todo el trabajo de jardinería, reparaciones y mantenimiento correrá a cargo del servicio. Su trabajo será...

—Vivir aquí a tiempo completo y hacer de la casa un lugar habitable. Entiendo.

El hombre la miró detenidamente y con severidad por encima de sus gafas rectangulares.

—Ha de saber que no es un trabajo fácil. Es hermoso, no se lo niego, pero exige soledad. No le pedimos que lleve una vida monacal, aunque la comparación es bastante apropiada. Un portavoz de la empresa se pasará de vez en cuando por aquí para ver cómo va todo y asegurarse de que se encuentra sola.

Margot negó con la cabeza.

—Pero sigue sin decirme quién es el propietario de la casa.

El hombre arqueó una ceja.

—Señorita, ya le he dicho que el propietario no es miembro de ninguna *familia de la mafia monegasca*. Más allá de eso, ¿qué otra cosa quiere saber?

A Margot se le escapó la risa al ver cómo la imitaba. Cuando la agencia se puso en contacto con ella no pudo evitar preocuparse. Tal vez se hubiese pasado con las preguntas, aunque luego le dijeron que no pasaba nada, que demostraba ser una persona con iniciativa.

—Supongo que ya me ha dicho todo lo que necesito saber. ¿Va a quedarse un tiempo antes de volver a la ciudad?

El hombre negó con la cabeza apesadumbrado.

—Me temo que aún me quedan cosas por hacer. Mejor la dejo sola. ¿Tiene alguna otra pregunta?

—Nada más —contestó ella—. Muchas gracias.

Aquello no era del todo cierto. Cuando cerró la puerta tras él, se sentó en el sofá y, por unos

instantes, no supo cómo reaccionar.

—¿Dónde me he metido? —preguntó en voz alta a la casa. Sabía que el hombre no le habría sabido responder a aquella pregunta.

Irse a vivir allí le pareció una idea fantástica cuando estaba intentando recomponer las piezas de su vida en Boston. Cuando Pete se marchó y se llevó con él su círculo de amigos, estaba desesperada por encontrar algo que la sacase de la rutina. Sus cuadros no se vendían. Recordaba cómo la propietaria de la galería de arte había sacudido la cabeza con consternación la última vez que Margot apareció por allí para dejarle otro cuadro.

—No pintas *mal*, querida —le dijo la mujer, levantando las manos en un gesto de impotencia—. El problema es que... es más de lo mismo, y supongo que la gente está ya un poco cansada.

Cuando regresó a casa, se puso a mirar las láminas y entonces comprendió exactamente lo que Ophelia quería decir. Los cuadros eran buenos, pero se había estado repitiendo sin darse cuenta. Fue entonces cuando encontró la oferta de casera y no se lo pensó dos veces. Después de todo, llegados a ese punto, no tenía nada que perder.

En aquel momento, mientras paseaba por el salón diáfano y pasaba las manos por los electrodomésticos a estrenar, se preguntó qué sacaría de aquella experiencia. Hacía un mes que había cumplido veinticinco años. Era una joven menuda de pelo negro que llevaba recogida en una coleta cortita a la altura de la nuca. Cuando sus ojos de color ámbar no centelleaban de rabia, desprendían una dulce calidez. Era una artista y una soñadora, pero estos dos últimos años con Pete no se había sentido como tal.

—Bueno, para eso he venido —se dijo con decisión.

No había traído mucho equipaje. Dejó las dos maletas pequeñas en la habitación que le habían preparado y sacó del equipaje de mano un cuaderno nuevo y un lápiz. Ya se pondría más tarde manos a la obra. En aquellos momentos, solo tener el lápiz en las manos hacía que se sintiera bien. Dudó por unos instantes. Entonces salió al porche y contempló la posibilidad de sentarse en una de las sillas antes de decidir hacerlo en las escaleras que llevaban a la playa.

—¿Quién me habría dicho hace un año que acabaría aquí? —dijo, bajando la voz. Sintió una

fugaz punzada de arrepentimiento, pero se obligó a apartar aquel sentimiento. Se imaginó deshaciéndose de él y dejando que desapareciera en dirección al mar, arrastrado por la cálida brisa marina—. Este es el comienzo de una nueva etapa —se prometió a sí misma, y empezó a dibujar.

Capítulo Dos

Maria Coppela era una mujer alta de cabello negro que solía llevar recogido en un moño tirante. Cuando miraba a Philip como estaba haciéndolo en aquél momento, se sentía como si estuviese a punto de ser devorado por un dragón. Aquello no significaba que le cayera mal. Todo lo contrario. Era de los pocos miembros del personal de palacio que le hablaban con sinceridad. Como era evidente, eso significaba que si decía que se había metido en problemas, con toda seguridad tenía razón.

En aquellos momentos, la agente de prensa de palacio parecía a punto de arrancarse el pelo a tirones, pero se limitó a agarrar el teléfono móvil con una fuerza inusual.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —le preguntó, apretando los dientes.

—He estado fuera toda la noche pasando un buen rato con unos amigos —le dijo, encogiéndose de hombros—. No veo dónde está el problema.

—Te has ido de fiesta con una de las mujeres más ricas del continente —le dijo ella—. La princesa Alicia, según el personal a su servicio, aún se está recuperando...

—Alicia siempre ha tenido una facilidad pasmosa para emborracharse —dijo Philip con nostalgia—. Cuando estábamos en Oxford, siempre tenía que llevarla a caballito de vuelta a la residencia porque era incapaz de aguantar la bebida.

La mirada que le lanzó Maria le indicó que le importaban bien poco sus entrañables recuerdos de la princesa de Eistherwal.

—La prensa no habla de otra cosa, y ya hay rumores de todo tipo: desde un compromiso en secreto hasta un bebé.

Philip arqueó una ceja.

—Puedo asegurarte que nunca he tocado a Alicia. Para mí es como una hermana pequeña.

—¿Y qué me dices de su asistente personal y de su amiga?

Philip esbozó una sonrisa felina.

—Ah, bueno... Es que un caballero nunca debe rechazar las peticiones de una dama, y menos si son dos las que te piden lo mismo...

Maria puso los ojos en blanco.

—No sigas, haz el favor. O, ya puestos, ¿por qué no me dejas tranquila durante una buena temporada?

Philip parpadeó un par de veces.

—Vaya, qué directa...

—Pues sí. —Maria asintió—. Sinceramente, entre esto y todos los comentarios que hay a tu alrededor, lo mejor para los dos y para mi salud mental sería que desaparecieras durante un tiempo.

Philip frunció el ceño.

—¿Qué comentarios?

—Lo típico. Que eres una desgracia para la familia real monegasca, que vas a hacer que te maten y vas a terminar con la dinastía, que estás pisoteando todo lo que les es querido a los habitantes de Mónaco... Ya sabes.

—Me desvivo por este país —dijo Philip acaloradamente—. He trabajado por mejorarlo en todos los aspectos: desde la educación a la inmigración, pasando por el cuidado de las personas mayores y...

—Ya lo sé —replicó Maria—. Recuerda, yo soy la que redacto las notas de prensa. Es solo que en los círculos más conservadores se han llevado las manos a la cabeza cuando se han enterado de tu noche de pasión con la princesa Alicia, así que ahora hay muchos fuegos que apagar.

—¿Y te resultaría más fácil apagarlos si me quitase de en medio?

Maria asintió con alivio.

—Eso es: desaparece del mapa y no vuelvas por aquí durante una temporada —le dijo—. Y no hablo de que te vayas a Londres y traslades allí tu comportamiento libertino. Para nada. Vete a un sitio tranquilo, ponte a ver la tele, descansa... Ya me entiendes.

Philip levantó las manos en señal de rendición.

—Me marcharé mañana a primera hora. ¿Te parece bien?

Maria le dedicó una de sus poco habituales sonrisas. Un gesto que transformó su rostro fácilmente olvidable de funcionaria en otro sorprendentemente atractivo.

—Sí. Te avisaré cuando puedas salir de tu refugio.

Cuando Maria se marchó, Philip se permitió sentir algo de lástima por sí mismo. Después de todo lo que había hecho por su país, todavía quedaba gente que pensaba que no podía hacer un buen trabajo si seguía disfrutando de la vida. La situación solo hacía que se volviese más terco. Si creían que aquello era llevar un estilo de vida salvaje, es que no habían visto nada. Durante sus años en Oxford había sido un auténtico gamberro, aunque por suerte la mayoría de sus hazañas no habían llegado a su país.

Se estiró y se puso a dar vueltas por el ático como una pantera enjaulada.

Tal vez fuese buena idea quitarse de en medio durante una temporada. Este último año se había sentido como si hiciera las cosas por inercia. Incluso cuando se lo pasaba bien —y había llegado a pasarlo muy bien— se sentía oprimido por una sensación de aburrimiento y frustración.

Contempló por la ventana la silueta de Mónaco y sacudió la cabeza. Amaba su ciudad. Si había llegado al punto de que le aburría, es que era hora de cambiar de aires.

Le había preguntado a Maria que si había pensado dónde debería marcharse, pero ella se había encogido de hombros.

—Tienes propiedades por toda la costa y alguna en las montañas. Escoge cualquiera. Por mí, como si la eliges tirando un dardo.

Philip no tenía un mapa de papel a mano, pero sí disponía de uno en el teléfono móvil. Cuando lo abrió, contempló los puntos dorados durante unos instantes. En aquel momento no le apetecía irse a la montaña, así que tocó uno de los puntos de la costa al azar. En la pantalla apareció una sencilla casita en la playa; la verdad es que se trataba de un lugar bastante tosco para lo que estaba acostumbrado. Quizás le viniera bien para escapar de todo aquello y relajarse sin más.

Hizo los preparativos necesarios para que lo recogiese un coche por la mañana, y se dispuso a hacer las maletas.

Aunque técnicamente estaba en el exilio por mal comportamiento, no podía evitar sentir algo

de emoción ante la idea de marcharse.

«Tal vez sea buena idea ser una persona diferente durante una temporada», pensó con una sonrisa.

Margot había adoptado la misma rutina durante los últimos cuatro meses. Se levantaba cuando salía el sol y, con frecuencia, salía a nadar en el mar. Lo cierto es que todavía le costaba trabajo acostumbrarse al placer que suponía estar a tan solo unos pasos del mar. Un mar que parecía llamarla. Una vez se duchaba y tomaba el desayuno, se ponía con las tareas de la casa. Normalmente no tardaba más de una hora. A Margot seguía dándole la impresión de que estaban pagándole por no hacer nada, pero el hombre que la había contratado había sido muy claro:

«Su trabajo consiste en vivir en la casa y mantenerla habitable», había dicho con severidad. «No intente hacer más, para eso están los profesionales».

Margot había visto que los jardineros y el personal de limpieza iban una vez por semana. El hombre tenía razón. Se movían con la seriedad y la dedicación de una tropa del ejército, así que ella hacía todo lo posible por no entorpecerles el trabajo. Así, una vez terminaba con las tareas que tenía asignadas, tenía el resto del día entero para ella, por lo que sus dibujos estaban despertando de nuevo.

Ya había pintado varios cuadros en los que había experimentado con los azules y los verdes de la costa. Una de las veces había subido hasta el acantilado con su cuaderno de bocetos para capturar el perfil escarpado de las rocas. Estaba haciendo ejercicio, estaba creciendo, estaba feliz.

Y sola.

Eso no podía evitarlo. Durante el día podía mantenerse ocupada. A veces caminaba tres kilómetros hasta el pueblo más cercano para sentarse en una diminuta cafetería y leer un libro. Sin embargo, por la noche, cuando lo único que se oía era el sonido de las olas golpeando las rocas, la soledad hacía su aparición. No quería volver con Pete, ni mucho menos, pero deseaba la compañía de otra persona; alguien que la rodease con sus brazos. Cada vez que se veía contemplando la idea, sacudía la cabeza con energía.

«Ya me preocuparé por eso más adelante», decía. Después de todo, tampoco es que hubiese

muchos hombres llamando a su puerta.

Una mañana se despertó con ganas de trabajar con lápices acuarelables. Le gustaba la sensación alternante de libertad y control que ofrecía ese medio, así que cogió los materiales y se marchó a la playa. Jugó con los colores durante lo que parecieron horas y, cuando levantó la vista, se dio cuenta de que el estómago le estaba gruñendo y que debería ir en busca de algo de comida. Cuando recogió todas sus cosas, se levantó un aire fresco que le erizó el vello. Un rato antes había observado que había más gris que azul en el cielo, otorgándole al color una sombra más plana y ligeramente amenazadora.

Iba de camino a la casa sin pensar en nada, cuando de repente se dio cuenta de que había un coche aparcado en la puerta. Era un elegante Bentley clásico que hizo que le entrasen unas ganas locas de dibujarlo. Del interior del coche salió un hombre igual de bello.

Margot no solía referirse a los hombres como «bellos»; pero, sin lugar a dudas, ese lo era. Se trataba de un hombre alto, con el cuerpo esbelto y atlético de una escultura griega. El pelo, cortado a la moda y de color castaño, lo tenía ligeramente ondulado e, incluso de lejos, se intuía que sus facciones eran elegantes y serenas.

Pero estaba mirando la casa como si fuese suya, y eso sí que no estaba dispuesta a aceptarlo. Ya había echado de allí a más de un agente inmobiliario en busca de un fondo butre. Cosa que, al parecer, también tendría que hacer hoy. Se disponía a acercarse a él y decirle que se largara, cuando recibió un mensaje de texto en el móvil. Era del hombre que la había contratado.

El dueño de la casa llega hoy. Haz que se encuentre cómodo. Llama a un taxi para que te lleve al pueblo cuando él se instale.

Margot suspiró para sus adentros. La casa no era suya; lo sabía. Pero no pudo evitar sentir que invadían su intimidad cuando vio al hombre mirando la casa de manera posesiva.

Recuerda las instrucciones. Ofrécele todo lo que necesite; acompáñalo al pueblo. Todo saldrá bien. Seguramente se vaya dentro de un par de días, y todo volverá a la normalidad.

El hombre levantó la vista cuando Margot bajó las escaleras que llevaban al jardín de la entrada con el material de dibujo bajo el brazo.

—Hola, querida. ¿Te importa llamar a tu madre?

A Margot la descolocó tanto la pregunta, que no pudo evitar decirle la verdad.

—Mi madre lleva ocho años muerta...

El hombre se quedó horrorizado, y ella dispuso de un momento para confirmar que sí, que aun cuando acababa de quedar como un idiota, era muy atractivo.

—Vaya, esto era lo último que quería que pasara —dijo después de una larga pausa—. Y veo que tampoco eres una adolescente como pensaba, ¿verdad?

Ella le sonrió.

—No.

—Ah, entonces debes de ser la casera de la que me ha hablado mi empleado.

—Bingo —le dijo ella alegremente—. Soy Margot McReady, la persona que ha estado cuidando de la casa. ¿Y tú eres...?

Él pareció algo sorprendido por la pregunta. Margot estaba preparándose para oír el típico: «¿No me conoces?», cuando vio que tan solo esbozaba una ligera sonrisa de disculpa.

—Philip Santiago —contestó, y extendió la mano—. Lamento mucho haber mencionado a tu difunta madre y haber asumido que eras una adolescente.

—Perdonado —dijo ella, apretándole la mano. Le gustó la forma en la que se la estrechaba. Era un apretón cálido y firme, pero que no se alargaba hasta el punto de resultar incómodo—. Espero que, como casera de una de tus propiedades, acabes recordando de mí algo más oportuno que a mi madre y mi falta de altura.

Ella se ofreció a llevarle la maleta, pero él se negó. Había llegado con un equipaje aún más ligero que ella: lo llevaba todo en una elegante bolsa de viaje. A pesar de ser el dueño de la casa, Margot no tardó en darse cuenta de que nunca antes había estado allí.

Ella le ofreció una breve visita guiada por la casa. Le enseñó el jardín, el jacuzzi, la habitación principal y otras instalaciones que pensó que le gustaría conocer. Él caminaba detrás de ella mostrando un correcto aire de interés, y Margot se preguntó quién sería realmente.

No parecía un ejecutivo en busca de vacaciones, lo cual era una pena porque la casa era el lugar

perfecto para hacer una escapada y, a juzgar por la bolsa de viaje tan pequeña que había llevado, tampoco parecía que tuviese planes. Sencillamente parecía feliz de estar allí, cosa que ya hacía que le cayese bien. Le gustase o no, había empezado a ver la casa como suya, y su aprobación la llenaba de orgullo.

—Si te pregunto una cosa, ¿me despedirás? —le dijo de repente.

Había puesto agua hervir para preparar algo de té y así combatir el viento sorprendentemente frío que se había levantado. Philip la miró sorprendido cuando le puso en la mano el vaso de té rojo. Le dio un sorbo y esbozó una ligera sonrisa antes de contestar.

—Bueno, dado que no soy el que te ha contratado, dudo que pueda despedirte.

—Pero eres el hombre para el que trabaja el hombre que me ha contratado, así que podrías complicarme la vida si quisieras, ¿no?

Él la miró sorprendido, algo ofendido, y arqueó una ceja.

—¿Por qué no me dices qué te ronda la cabeza? Ya hablaremos luego de despedidas.

—Es que no quiero que me despidan —dijo ella, esbozando una amplia sonrisa—. Quiero llevarme bien con Dios y con Satán.

Philip soltó un suspiro.

—Creo que así no es el dicho —le dijo—. En fin. Seguramente me arrepienta de esto, pero bueno: adelante, pregunta.

Ella respiró hondo.

—¿Quién eres realmente?

Él la miró con cautela.

—Ya te he dicho cómo me llamo...

—Ya, claro. Si creyese que solo por llamarse Philip Santiago uno podría conseguir una casa en la playa tan bonita como esta, yo también me cambiaría de nombre. ¿Eres el creador de una cafetera súper chula capaz de hacerlo todo? ¿Has heredado un montón de dinero o algo por el estilo?

Él la miró fijamente. En aquel momento se dio cuenta de que sus ojos eran de color verde claro. Dada su complexión olivácea, habría pensado que tenía los ojos marrones. Aquel color pálido

la cogió por sorpresa.

—¿Por qué no intentas adivinarlo? —preguntó él—. Si aciertas, te lo digo.

Ella esbozó una amplia sonrisa.

—Anda, un juego de adivinanzas. Vale. Veamos...

—Tienes tres oportunidades. Si no aciertas, me tienes que enseñar qué hay en el cuaderno que llevas bajo el brazo.

—¡Ja! Te ha salido el tiro por la culata. Te lo habría enseñado de todas formas. —Margot se quedó pensativa por unos instantes—. Vale, a ver: ¿eres una estrella de cine? Te pega. El hombre que me contrató me dijo que no eras de la mafia, que fue lo primero que pensé.

Philip tuvo que contener una carcajada.

—No, pero gracias por el cumplido. No soy una estrella de cine, no. Una vez actué en una obra del colegio, pero si no recuerdo mal, solo tenía cuatro frases.

—Vale. No eres una estrella de cine. A ver. —Margot lo miró de arriba abajo. En cierto sentido, se alegraba de que aquello le hubiese dado la oportunidad de echarle un buen vistazo a un hombre tan atractivo.

—¿Eres una estrella del deporte?

Su actitud le hizo pensar por un momento que había acertado.

—Mmm, ¿qué entiendes por «estrella del deporte»?

—Una persona que vive de ello.

—Ah, entonces no. Lo siento.

Siguió estudiando todas las opciones que tenía en la cabeza que le permitirían a un hombre tan joven ser el dueño de una casa como aquella y, por lo visto, de muchas otras. Podría ser un genio de la bolsa, un millonario de la tecnología, un miembro de la realeza, un magnate del petróleo... Un millón de cosas.

—Vale, último intento... ¿Un político?

Él negó con la cabeza y esbozó una breve sonrisa.

—Qué va. No me han elegido para desempeñar mi puesto. Bueno, supongo que el secreto sigue

conmigo un poco más.

Ella hizo un mohín.

—Podrías decírmelo de buena fe.

—Podría, sí. Y tú podrías cumplir tu parte del trato y enseñarme lo que tienes en el cuaderno.

Margot se lo pasó.

—Que sepas que eres tú el que ha salido perdiendo —dijo ella alegremente—. Te habría enseñado el cuaderno si me lo hubieses pedido por favor. He vendido mi trabajo, no me da vergüenza enseñarlo.

A pesar de la valentía con la que se lo había dicho, no le quitaba la vista de encima mientras él observaba los dibujos. El cuaderno estaba prácticamente completo y, aunque intentaba hacerlo disimuladamente, analizaba su expresión para intentar adivinar qué estaba pensando.

Él miró por encima los dibujos y las acuarelas, asintiendo al ver los paisajes marinos y algunas de las figuras abstractas que había dibujado.

—Parecen bailarinas —dijo, señalando uno de los garabatos que solía hacer antes de ponerse a dibujar.

—Lo son —le dijo ella, satisfecha al ver que las había identificado—. Ese día estaba viendo un programa de danza en la tele. Es bueno capturar el movimiento.

Él se quedó callado hasta llegar a una página que había casi al final, una cuya existencia había olvidado por completo. Si hubiese recordado que estaba en el cuaderno, lo habría pensado dos veces antes de enseñárselo a Philip.

Había realizado el boceto con un lápiz de mina blanda, pero ocupaba media página. Una mañana, al levantarse de la cama, vio su reflejo en el espejo de cuerpo entero de la habitación. Cautivada por el efecto del tejido de las sábanas y las curvas de su propio cuerpo desnudo, había capturado el momento antes de que se le olvidase. No era una pieza erótica. Todo estaba cubierto o esbozado de manera que tan solo sugería su cuerpo. Sin embargo, aquello era precisamente lo que hacía que resultase sugerente y atrayese la atención a la curva de sus pechos, la silueta de su cuello y el pelo ensortijado que caía sobre sus hombros.

—Este es muy bonito —señaló él. Para su sorpresa, no había rastro de lascivia en su mirada.

—¿Tú crees? —le preguntó Margot con cautela—. Hace tiempo que no hago dibujos

anatómicos.

—Me gusta la elegancia de las líneas —dijo él, señalando el dibujo—. Son limpias y suaves.

Decididas.

—Me recuerda a tu coche —soltó Margot de repente—. Él la miró con extrañeza, y ella se lo

aclaró—: Tu coche es precioso. En cuanto lo vi, me entraron ganas de dibujarlo.

Philip soltó una leve risa.

—Puedes hacerlo cuando quieras —se ofreció—. En mi opinión, la base de una buena obra de

arte es la belleza y la elegancia de la modelo. Como en esta pieza, por ejemplo.

Tardó unos segundos en darse cuenta de lo que acababa de decir. Era un cumplido tan sutil y tan

educado que podría haberlo ignorado si hubiese querido. Lo que le sorprendió es que no quiso

hacerlo. Quería perderse en sus ojos de color verde y pedirle que le explicase con más detalle qué es

lo que le gustaba del dibujo. Entonces se obligó a salir de aquella ensoñación, a sabiendas de que no

iba a hacerle ningún bien. Aquel hombre era tan rico que podía vivir como un rey, y ella era

básicamente una casera con pretensiones.

—Cierto —admitió—, aunque me temo que voy a tener que cortar esta conversación sobre el

arte y las modelos de los artistas. Tengo que llamar a un taxista para que me lleve al pueblo.

Philip parpadeó un par de veces.

—¿Y eso?

—Para darte privacidad y que puedas hacer lo que sea que hayas venido a hacer. Me han

reservado una habitación en una posada del pueblo, así que no tengo de qué preocuparme. Lo único

que tengo que hacer es llamar a un taxi.

Justo cuando acababa de decir aquella frase, un trueno sacudió la casa y una lluvia torrencial

empezó a caer sobre ellos. Margot levantó la vista hacia el cielo con consternación. Un cielo que

parecía haberse oscurecido en cuanto ella retiró la mirada.

—Me parece que eso no va a ser posible —dijo Philip, como pensando en voz alta—. Me dí

cuenta al salir del coche. Nos espera una tormenta torrencial. Nadie del pueblo va a venir a recogerte en coche. Ahora mismo todo el mundo estará demasiado ocupado cerrando las escotillas para que no entre agua.

Margot se mordió el labio, nerviosa, y dirigió la mirada a la lluvia que aporreaba el suelo a través de la ventana.

—Podría ir andando. Lo he hecho muchas veces cuando hace bueno.

La risa que emitió Philip fue como un ladrido seco.

—No. De eso nada. Estas tormentas son horribles. Además, el viento tiene mucha fuerza. Como mínimo, acabarás calada hasta los huesos antes de que hayas dado cuatro pasos. Quédate. No soy tan cruel como para echarte en mitad de una tormenta.

Margot quiso aceptar la oferta en cuanto se la hizo. Quedarse en una posada, por muy agradable que fuera, no le apetecía tanto como hacerlo en aquella casa tan acogedora. Aun así, apenas conocía al hombre que la había invitado.

—No quiero molestarte —le dijo—. Si quieres, puedo irme a mi habitación. No oirás ni pío de mí.

Philip sacudió la cabeza.

—No. Para serte sincero, tengo razones de sobra para alegrarme de que la tormenta no permita que te marches.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Eso ha sonado un pelín amenazador...

Él soltó una carcajada y levantó las manos.

—Mis motivos son totalmente inofensivos, te lo prometo. La verdad es que soy un exiliado.

—¿Perdona?

—Para ser lo más claro y discreto posible... Digamos que he... enfadado a ciertas personas de mi círculo. Me han dicho que lo haría todo mucho más fácil si... ¿cómo decirlo? Si desapareciera durante una temporada. Este terreno es uno de los más remotos de todos los que poseo, así que parecía perfecto para esa finalidad.

Ella lo observó pensativamente.

—Así que eres un chico malo, ¿no? —le preguntó. La sonrisa de Philip adquirió un aire arrepentido.

—Un poco —reconoció él—. Aunque veo que sigues intentando sacarme información y ya has perdido tu oportunidad, mocosa. Pero sí, soy una vergüenza a quien han mandado a reflexionar sobre sus pecados durante una temporada. La verdad es que, aunque me había preparado para estar solo, no puedes hacerte una idea de lo que me alegro de haber encontrado a una interesante artista con la que pasar el tiempo. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, tanto si decides entablar conversación conmigo como si no. Si no te sientes cómoda, puedes retirarte a tu habitación; pero, si te parece bien, podemos disfrutar de la compañía del otro sin más.

Ella se rió porque, efectivamente, *había* vuelto a intentar averiguar de quién se trataba. Era un juego divertido, pero lo que le habían dicho cuando la contrataron también era cierto. No era un mal hombre y aquello era lo único que importaba.

—De acuerdo. Me parece un buen trato. Cuando pase la tormenta podemos retomar las negociaciones. Hasta entonces, ¿te apetecen unos tallarines con dientes de dragón? Tengo los ingredientes para prepararlos y serían el acompañamiento perfecto para una noche como esta.

Curiosamente, los tallarines con dientes de dragón estaban deliciosos y picaban un poco. Mientras tomaba la cena que Margot había preparado, Philip no dejaba de lanzarle miradas furtivas. Después de haber pasado un tiempo con ella, le parecía totalmente absurdo haberla confundido con una adolescente.

Era bajita y delgada, pero sus caderas y su figura eran increíblemente femeninas. Se movía con destreza y no paraba de hablar mientras cocinaba los tallarines con gracejo y energía. De repente cayó en la cuenta de que probablemente era la primera vez que veía cómo una mujer hacía de comer.

Casi todo lo que comía provenía de las manos de cocineros profesionales, bien porque formaban parte del personal de palacio o bien porque trabajaban en restaurantes de primer nivel. Había algo fascinante en verla cocinar, en cómo calentaba el aceite y freía las especias. Tras hacerlo,

le colocó un plato de tallarines picantes por delante que desprendían un aroma delicioso. Después de probar los primeros bocados, tuvo que echar mano del agua, lo cual hizo que Margot soltara una carcajada.

—¿No te gusta la comida picante? Lo siento, debería haberte preguntado. Puedo prepararte otra cosa si quieres.

Él le indicó que no con un gesto de la mano.

—No, a lo mejor me cuesta al principio, pero está bueno. Déjame que me acostumbre al sabor.

Ella asintió y se puso a degustar su plato con evidente placer. No era capaz de decidir si era realmente hermosa. Desde luego, atractiva sí que era. Muy mona. No su tipo, eso sí. Prefería a las rubias altas y de belleza glacial. O a las pelirrojas espigadas.

Sin embargo...

Cuando se puso de pie para cortar la fruta del postre, se dio cuenta de que su mente volvía al dibujo que había visto en su cuaderno. No había duda de que se trataba de ella. Recordó las suaves curvas de su cuerpo y la emoción tan pura que transmitía la pieza. Había cierta vulnerabilidad y rebeldía en aquellas líneas. No pudo evitar pensar que sería igual si la viese desnuda.

Philip se obligó a pensar que aquella mujer no era una de sus típicas conquistas. En cierto modo, era su empleada y no era justo mirarla así. Lamentablemente, aquella decisión duró el tiempo que ella tardó en volver con el postre.

—Listo —dijo con orgullo mientras ponía el plato sobre la mesa—. He comprado manzanas en el pueblo, y mira que están buenas, pero es que la miel es increíble. Se la compro a un hombre que tiene paneles de colmenas un poco más al interior. —Había cortado las manzanas en láminas con esmero antes de ponerlas en el plato. Luego las había rociado con miel—. Adelante, atácalas.

La mezcla era dulce y ácida a la vez; lo cual creaba un contrapunto perfecto a los tallarines picantes. Se disponía a decírselo, pero cuando levantó la vista se dio cuenta de que le habían caído unas gotas de miel en la mano. Con una naturalidad pasmosa, se lamió las gotas de miel con la rapidez de un gato. Tan solo percibió un atisbo fugaz de su lengua rosada, pero tuvo que cambiar de postura.

Margot tenía algo que hacía que no pudiera apartar la mirada de ella. No se dio cuenta de que estaba mirándola fijamente hasta que ella levantó la vista.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

—Sí —respondió Philip un momento después—. Lo siento, estaba distraído pensando en lo buenas que están las manzanas con miel.

—Ah, es uno de mis postres favoritos —dijo ella. Cuando sonreía, se le formaba un hoyuelo adorable en la barbilla—. De vez en cuando también me gusta echarle un pelín de guindilla, sobre todo cuando estoy resfriada.

—Cómo te gusta la guindilla, ¿eh? —dijo él, sacudiendo la cabeza—. Yo creo que paso, pero gracias por enseñarme esta combinación. Me ha encantado.

—Bueno, puedes agradecermelo fregando los platos —dijo ella repentinamente—. Aquí no hay lavavajillas.

Él parpadeó un par de veces.

—¿Perdona?

—Los platos —añadió ella—. Yo preparo la comida y tú friegas los platos. Así funcionan las cosas.

Ella asintió. Tenía una forma muy particular de decir las cosas. Era como si, al decirlas, de repente se convirtieran en realidad. No estaba seguro de haber conocido a alguien como ella. La realza no actuaba así, pero desde luego había algo imperioso en su tono y en sus gestos.

—De acuerdo —dijo él, sorprendido por su docilidad mientras esperaba de pie a que se llenase el fregadero de espumosa agua caliente.

Si pensaba que iba a marcharse a otra parte de la casa mientras él fregaba los platos, estaba equivocado. Se sentó a su lado, sobre la encimera, al parecer dispuesta a continuar con la conversación.

—Gracias por permitir que me quede —le dijo—. Estaba dispuesta a buscar una habitación, pero... es curioso, pero en los meses que llevo aquí me he sentido como si estuviera en casa.

A Margot se le escapó una risa nerviosa. Por el rabillo del ojo, Philip vio cómo se colocaba un

mechón de pelo detrás de la oreja y, por un instante, sintió una necesidad tan intensa de acariciarle el pelo que casi pensó que lo había hecho. Tuvo que sacudir la cabeza para despejarse.

—Me alegro de que haya sido tu casa al menos durante una temporada. Eso hace que me guste todavía más. Es la primera vez que vengo.

Ella esbozó una leve sonrisa. En cuanto él terminó de fregar los platos, fue como si hubiese tomado una decisión.

—Ya se ha hecho de noche. ¿Quieres que te enseñe una cosa? Es un sitio muy especial.

Hechizado, se secó las manos y la siguió hasta el salón. Mientras iba de camino, pensó irónicamente que hacía mucho tiempo que no hacía un trabajo de ese tipo. Aquella chica ya había conseguido sacar de él cosas inusuales. No tenía ni idea de lo que quería enseñarle, pero la seguía con interés.

Margot se sentó en el sillón y le indicó que se acercara. Cuando Philip se colocó a su lado, señaló el techo.

Comprobó sorprendido que había un pequeño tragaluz. Era raro, de forma circular. Le costaba imaginar que dejase pasar la luz de alguna forma especial a menos que el sol estuviese situado directamente sobre él.

—Ahora. ¿Lo ves?

Por un momento, Philip no tuvo ni idea de a lo que se refería. Pero, de repente, la luz golpeó el cristal y apareció un reflejo con forma de estrella.

Ella asintió cuando vio que se había dado cuenta.

—Un día me subí a una escalera para verlo bien. Es solo un cristal tintado normal y corriente. La hoja de vidrio del centró está hecha de algún material brillante, por eso atrapa la luz así. Llevo meses sentándome en este sillón para dibujar y ver la tele, pero lo descubrí hace solo unos días.

—Es hermoso y, por qué no decirlo, un poco raro —admitió él, estudiando la ventana—. Algo que resulta fácil pasar por alto a menos que prestes atención, que mires bien.

—Y si lo haces, encuentras una estrella a la que seguir.

Margot le sonrió. Fue un momento fugaz que hizo que no pudiese evitar devolverle la sonrisa.

Durante aquella hora, había olvidado que en realidad era una empleada; alguien que había contratado su familia para que cuidase de la casa.

Se recordó que establecer una relación con Margot, por muy atractiva que resultase la idea, abocaría por seguro a una compleja red de complicaciones.

«No», pensó mientras la miraba observando la ventana, «lo mejor será evitarlo».

Capítulo Tres

Aquella noche, en la soledad de su cuarto, Margot fue incapaz de conciliar el sueño. Por alguna extraña razón, no podía dejar de dar vueltas en la cama, y no tardó en darse cuenta de que era a causa del hombre que dormía a solo unos pasos. Por mucho que lo intentara, no podía quitarse de la cabeza aquellos hombros anchos, la forma tan elegante que tenía de moverse, la manera en que brillaban sus ojos verdes.

«No te dejes llevar por las emociones, chica», pensó. «Primera regla del juego: saber quién está prohibido. ¡El hombre que podría ser tu jefe está en lo más alto de la lista!».

Aunque lo cierto es que no parecía su jefe. Era como si lo conociese de toda la vida. Alguien con el que se había sentido cómoda desde el primer momento y que le hacía sentir bien. Margot se acordó de lo que le dijo una vez una amiga que creía en la reencarnación:

«A veces, cuando amas a alguien con tanta intensidad en una vida, ese deseo y esa necesidad de estar juntos se traslada a la vida siguiente. Os cuesta separaros el uno del otro. Tal vez nunca seáis capaces de hacerlo. Por eso, atraídos con la fuerza de la gravedad, giráis el uno alrededor del otro a través del tiempo».

Margot se burló de la idea en aquel momento, pero ahora le parecía menos absurda. No podía negar que había algo que la atraía hacia Philip. Había percibido la electricidad entre ellos. En el fondo esperaba que le hubiese pedido que acostara con él.

Aunque en realidad no sabía qué habría hecho si lo hubiese hecho. Cada fibra de su cuerpo la habría empujado a decir que sí. Decidió entonces que se alegraba de que no se lo hubiese pedido, aunque en el fondo no estaba del todo convencida.

Cuando por fin se quedó dormida, tuvo unos sueños extraños, como con luces de colores. Pensó en lo guapo que era y en cómo entreabrirla aquellos labios tan bien esculpidos al gemir de placer.

La mañana siguiente salió de la cama y recordó justo a tiempo que tenía que vestirse antes de

salir de la habitación. Vaciló por unos instantes. Las mallas y la camiseta que normalmente llevaba puestos no tenían nada de malo, pero se armó de valor y cogió un vestido de algodón azul que estaba enterrado en el fondo del armario. Era un vestido bastante romántico, uno que no había tenido ocasión de ponerse desde que llegó a Mónaco.

—Me viene bien darle uso, así me aseguro de que no... no se estropea o algo por el estilo —se dijo a sí misma.

Margot se aventuró a salir de la habitación. Se dio cuenta de que todo era distinto cuando había visita. Había cierta expectación en el ambiente; la conciencia de que había otra presencia. Dudó por un momento, y entonces puso rumbo a la cocina.

«Al fin y al cabo, los dos tenemos que desayunar», concluyó. Margot se convenció de que no había nada de malo en preparar un desayuno para dos. Para nada. En absoluto.

La mayoría de las mañanas se preparaba algo sencillo, pero al fin y al cabo hoy tenía compañía. Buscó una baguette y la partió por la mitad. Había preparado mantequilla con ajo unos días antes, así que la extendió generosamente por ambas caras. Luego puso mozzarella y tomates frescos, y colocó las dos mitades bajo la parrilla.

«Mmm, ahora a matar el tiempo».

El sol estaba saliendo por encima del agua. A través de las altas puertas de cristal situadas en la parte trasera de la casa se divisaban la playa y el mar. Había algo sagrado en todo aquello; algo profundamente hermoso. Al empezar con sus estiramientos, notó que algo se liberaba dentro de ella y se relajó. Era como si hubiese encontrado su lugar en el universo.

A medida que se iba moviendo, notaba que su mente se iba quedando en blanco. Era la nada más absoluta, solo su cuerpo. Se concentró en el placer que aquello le proporcionaba.

Cuando terminó flotaba un agradable e intenso aroma a pan tostado, y notó un hormigueo en el cuerpo. Curiosamente, no le sorprendió ver a Philip justo detrás de ella, observándola desde lejos.

Estaba aún más guapo por la mañana. Llevaba puestos unos pantalones de lino caídos con cordón ajustable. Desde donde estaba veía la amplitud de su pecho y aquellos músculos propios de una escultura griega. Llevaba el pelo desordenado de manera adorable y le sonría adormilado.

—Me ha llegado el olor a algo rico procedente de la cocina —le dijo—. He salido para preguntarte si querías compartirlo conmigo, pero me he distraído.

Ella sonrió. Margot no podía negar que le gustaba que la mirase, aunque no lo reconocería por nada del mundo.

—Llevo cuatro años practicando Tai Chi —dijo ella—. Hay que concentrarse un poco más que con el yoga, pero es menos agotador que otro arte marcial. Podría seguir contándote cosas, pero será mejor que coja el desayuno antes de que se queme. Margot retiró el pan en el momento perfecto. Estaba crujiente, pero aún no se había quemado. Mientras esperaba que se enfriara, sacó unas ramas de albahaca del frigorífico, le quitó las hojitas y las cortó en lazos rizados—. Listo —dijo con satisfacción—. Como si estuvieras desayunando en alguna lujosa cafetería de Mónaco.

—En Mónaco no me obligarían a fregar los platos —señaló él. Margot le golpeó de broma con el paño de la cocina.

—No tienes que comértelo si prefieres prepararte...

Él agarró el plato en actitud protectora y sacudió la cabeza.

—Yo no he dicho eso. Ven, vamos a sentarnos a desayunar en la playa. Está preciosa después de que haya llovido.

Había una ligera brisa fresca, pero aquello solo hacía que el humeante desayuno resultase aún más delicioso. Se sentaron juntos en un amplio banco mirando hacia el mar y, mientras comía, Margot se concentró en disfrutar del placer de desayunar contemplando un hermoso día al lado de un hombre tan atractivo como Philip.

Cuando terminó, le dio su plato. Él puso los ojos en blanco con cómica consternación, pero lo llevó a la cocina junto al suyo.

—¿Nadie te obliga a hacer eso en la vida real? —le preguntó, caminando detrás de él.

Él le dedicó una sonrisa divertida.

—No me has obligado a hacerlo —dijo él—. Tan solo me has dicho lo que es justo y yo he estado de acuerdo. Tal vez en algún momento me dejes cocinar a mí y podamos hacer un cambio.

—Me parece justo —decidió Margot—. Espero que seas tan buen cocinero como yo.

Él decidió pasar el día caminando por la playa, y Margot se recordó a sí misma que Philip había ido para relajarse y desconectar. Aunque lo hubiesen pasado bien por la mañana, aquello no quería decir que tuviese que estar todo el tiempo pendiente de ella.

Intentó distraerse por la casa; pero, a pesar de sus esfuerzos, no conseguía quitárselo de la cabeza. Volvió a preguntarse quién sería. Tenía curiosidad por saber cómo se comportaba cuando no lo obligaban a relajarse en la costa de Mónaco; cómo sería sentir sus labios rozando los suyos.

El sol se estaba escondiendo tras el mar cuando Philip apareció de nuevo con expresión desconcertada.

—¿Qué tal? —le preguntó ella, levantando la vista del cuaderno de dibujo—. ¿Era lo que te esperabas?

—Me ha venido bien escapar de la ciudad —dijo, suspirando—, pero si te soy sincero, no estoy acostumbrado a estar tan...

—¿Aburrido?

—«Sub-estimulado» creo que es lo que quería decir. Estoy acostumbrado a las grandes ciudades, donde todo es a lo grande; todo resplandece. Aquí he tenido que volver a la casa porque estaba oscureciendo y ya no se veía nada. No estoy acostumbrado a que el mundo me diga cómo tengo que vivir.

Margot se encogió de hombros, divertida.

—Bienvenido a la forma en la que se ha vivido durante la mayor parte de la historia. Hay mucha gente que sigue viviendo así. Todos los días doy gracias por tener acceso a la luz con tan solo encender un interruptor. En el pasado, la gente habría dicho que es un milagro.

—Que deje de quejarme, ¿no?

Ella se rió.

—Iba a decirte que buscásemos algún entretenimiento. Tenemos tele e Internet, pero a veces los métodos tradicionales son los mejores.

La miró sin entender muy bien a qué se refería hasta que vio la baraja de cartas que tenía en la mano.

—Vamos a jugar —le dijo, sonriendo.

Solo necesitó unas cuantas rondas para darse cuenta de que jugar al póker no era lo suyo. Justo una ronda después, decidió que sería divertido aprovecharse de la situación.

—Vamos a apostarnos algo —le dijo—. El que gane la mano, tiene derecho a exigir algo del otro.

Philip la miró con recelo mientras ella le ponía ojos de cervatillo inocente.

—¿Por qué tengo la impresión de que vas a aprovecharte de mí?

—¿Yo? ¿Que una inocente chica de los Estados Unidos va aprovecharse de un hombre de mundo como tú? Vamos, no te preocupes, no tenemos nada que perder. Será divertido.

Jugaron varias manos para tantear el terreno. Ella le sacó el nombre del perro de su infancia (Rex) y consiguió que recitara un poema (“Lochinvar” de Walter Scott) y, contra todo pronóstico, ella tuvo que contarle la historia de su primer beso.

Después de contársela, ella lo miró con cautela.

—Vaya, se han vuelto las tornas —señaló—. Creía que te tenía dominado.

Él esbozó una sonrisa tranquila y despreocupada.

—Por fin me sonrío la suerte —dijo—. Quién sabe, tal vez a los dioses de la fortuna no les haga gracia que una mujer tan poquita cosa me de una paliza.

Margot soltó un resoplido al oír aquella manera de referirse a ella, pero lo dejó pasar. Jugaron unas cuantas manos más. Ella le sacó un paquete a medio empezar de caramelos que había olvidado que tenía en la maleta, y él consiguió que le explicase cómo hacer esos estiramientos que hacía por las mañanas.

—Le has pillado el truco muy pronto —dijo ella. Él se encogió de hombros con modestia.

—Es solo suerte —le contestó él. Pero ella ya se había dado cuenta de que la suerte no estaba jugando ningún papel. Desde que habían empezado la partida, sus habilidades con las cartas se habían agudizado y sus decisiones se habían vuelto más meditadas. Cuando llegaba su turno, había cierto aire de experiencia en actitud y en la forma que tenía de coger las cartas.

A Margot casi le sorprendió ganar la siguiente ronda.

—Mmm, vale. Quiero dibujarte.

Por algún motivo, aquello pilló a Philip por sorpresa.

—¿Que... qué?

—Creo que te había comentado que de vez en cuando me gusta hacer dibujos anatómicos.

Estaría bien poder dibujar a alguien que no sea yo. Tienes un cuerpo totalmente diferente al mío, así que me vendría bien. —Margot frunció el ceño—. No pasa nada si no quieres hacerlo...

A él le faltó tiempo para sacudir la cabeza con decisión.

—No, no. Sí quiero —dijo firmemente—. Pero mejor con ropa, si no te importa.

Ella le sonrió. Nunca lo habría tomado por alguien tímido, pero había algo más por lo que estaba siendo reservado.

—Hasta donde tú te sientas cómodo —dijo ella bajando la voz.

Margot recordaría haber dicho aquellas palabras cuando perdió la siguiente mano. Estaba preparada para responder otra pregunta o, como mucho, que le pidiera que cocinara algo interesante.

En cambio, Philip hizo una pausa y entrecerró los ojos, pensativo. El silencio se alargó tanto que ella empezó a notar que se le incendiaban las mejillas. Si se hubiese sentido más incómoda, habría empezado a moverse en la silla. En cambio, alzó la barbilla desafiante y le sostuvo la mirada. Aquello le hizo sonreír. Al parecer, había tomado una decisión.

—Vale. Quiero que te quites el vestido.

Margot creyó que no lo había oído bien. Entonces se dio cuenta de que estaba equivocada y abrió los ojos de par en par. La había pillado desprevenida.

«¿Estás segura?» se preguntó. «Si te hubieses tomado una copa de vino, si hubieses sido un poco más valiente... ¿estás segura de que no le habrías pedido algo parecido?».

Se quedó callada durante tanto tiempo, que la sonrisa se borró del rostro de Philip y fue sustituida por un gesto de preocupación.

—He hablado sin pensar —dijo él—. Lo siento, mi comentario ha estado totalmente fuera de lugar, no estaba pensando...

Todavía estaba hablando, cuando Margot se puso de pie deliberadamente. Cuando echó mano al

diminuto broche de los tirantes del vestido, se quedó callado.

Una vieja amiga que hacía striptease le contó una noche mientras estaban viendo una película sentadas en el sofá el secreto detrás del arte de quitarse la ropa.

«Lo importante es que no olvides en ningún momento que lo que vas a enseñar es algo muy valioso. Da igual que sea la clavícula o una rodilla. Muéstralo como si tuviese un valor incalculable».

Margot recordó aquel consejo mientras se desabrochaba primero un tirante y luego el otro. Despacio, se fue bajando el vestido poco a poco. Se alegró de llevar puesto al menos ropa interior a juego, aunque era un sencillo conjunto negro de encaje. Aun así, creaba un hermoso contraste con su piel.

Cuando levantó la mirada para mirar a Philip, este le estaba clavando los ojos con intensidad. La observaba con un deseo y una atención que deberían haberla puesto en alerta, pero no pudo evitar sonreír para sus adentros.

—¿A quién le toca ahora? —preguntó ella con inocencia.

Philip tragó saliva con un sonoro chasquido de garganta.

—Creo que a mí —dijo él.

A Margot no le habría sorprendido que no hubiese sido capaz de retirar la mirada de su escote o de la curva de sus caderas. En cambio, la forma de mirarla sugería algo más. De vez en cuando lo pillaba mirándola de arriba a bajo y ella se movía nerviosa en su asiento. Aquel hombre la observaba solo a ella, y eso la llenaba de orgullo y la excitaba a partes iguales.

No le sorprendió ganar la siguiente mano. Philip lanzó las cartas sobre la mesa con un suspiro.

Margot las miró por encima y sacudió la cabeza.

—¿Pretendías ganarme con estas cartas tan malas? —le preguntó—. Este es el peor movimiento que podrías haber hecho.

—Quería ir de farol —dijo, haciendo una mueca—. Aunque parece que no ha funcionado. Bueno, bella Margot, tú dirás.

Se puso a darse golpecitos en el labio inferior con un dedo, y se dio cuenta de que Philip contenía el aliento. Por un lado, se decía que debía tener cuidado y no jugar aquel juego tan peligroso con un

hombre al que apenas conocía, pero por otro, se encontraba totalmente cómoda en aquella situación.

No había nada que temer y, si se atrevía, la recompensa sería enorme.

—Quiero que me quites la ropa interior —dijo, por fin.

La mirada de Philip se oscureció y, por un momento, solo la miró a ella.

—¿Tienes idea de lo que me estás haciendo? —le preguntó en voz baja. Ella esbozó una sonrisa aún más amplia.

—Más o menos —concedió ella—. ¿Aceptas el reto o pruebo con otra cosa?

Margot se puso de pie expectante, pero en lugar de acercarse de frente, como pensó que haría, se situó detrás de ella. Resultaba muy erótico sentir su presencia y no poder verlo. Le pasó las manos por los brazos con delicadeza y se detuvo en los hombros.

—Llevo queriendo hacer esto desde la primera vez que te vi —le dijo con suavidad. Aquellas palabras en voz baja hicieron que un escalofrío le recorriese todo el cuerpo. Quería darse la vuelta y acabar con el juego rodeándole el cuello con los brazos y apretando su cuerpo al suyo, pero el orgullo la contuvo. Quería obtener su premio. Le desabrochó el sujetador con dedos hábiles y se lo deslizó por los labios con suavidad. Le besó los hombros en el lugar donde se habían depositado los tirantes y acarició la zona donde el broche se había posado. Sus manos avanzaron por sus costillas y se detuvieron en sus pechos sin apenas rozarlos. Sus pezones se endurecieron al contacto con su piel y la suavidad de sus caricias, pero él no fue más allá. Deslizó las manos por sus caderas hasta llegar a las braguitas de encaje. Trazó la línea entre la cinturilla y la piel con tanta delicadeza que hizo que se estremeciera—. Imagino que arrancártelas contaría como quitártelas.

Margot ahogó un gemido al oír aquello, pero no se las arrancó: engarzó los dedos en las braguitas y se las fue bajando lentamente por las piernas. A medida que las deslizaba, iba depositando una ristra de besos en sus caderas, en sus muslos, en la piel sensible de detrás de sus rodillas y, finalmente, en las pantorrillas.

Las sensaciones que estaba provocándole en la piel eran tan intensas que tardó en unos instantes en darse cuenta de que la ropa interior estaba en el suelo.

—¿He cumplido el reto? —le preguntó, situándose detrás de ella. Su voz era ronca y dulce

como la miel, y notó un escalofrío de placer al sentir su aliento en la oreja.

—Sí —susurró ella. Era consciente de que le temblaba la voz, pero eso era lo de menos.

Volvieron a sentarse para jugar otra mano. Ya no era cosa del destino ni de la suerte. Ahora estaban jugando con la determinación de ganar para conseguir lo que querían.

Finalmente, pusieron las cartas sobre la mesa, y el trío de ella no tuvo nada que hacer ante el full de Philip. Margot se dio cuenta distraídamente de que el full comenzaba con la reina de corazones. La imagen le sonreía misteriosamente, como si conociera unos secretos que Margot solo podía suponer.

En lugar de anunciar su reto inmediatamente, Philip se reclinó sobre el respaldo de la silla mientras la miraba pensativo. De repente, Margot fue plenamente consciente de que estaba desnuda delante de un hombre completamente vestido. Se sentía vulnerable y poderosa al mismo tiempo, y se preguntó si aquello sería lo que sentían las sacerdotisas de las antiguas religiones extáticas, aunque no estaba segura de si ella era la adorada o la devota.

—Ya he decidido lo que quiero —dijo él.

Margot arqueó una ceja.

—¿Vas a decírmelo o tengo que adivinarlo? —murmuró ella.

Él esbozó poco a poco una sonrisa deslumbrante. Se fijó en lo blanco y afilados que eran sus dientes antes de que hablara de nuevo.

—No te preocupes, tenía pensado decírtelo. Lo que quiero que hagas es que vengas y me des un beso.

—Parece bastante sencillo —dijo Margot con cautela—. ¿Dónde está el truco?

—No hay ningún truco —dijo él, pero había algo demasiado inocente en su tono de voz—.

Solo un beso. Nada más. Eso es lo único que pido.

Parecía fácil, pero sabía que no era eso lo único que él tenía en mente, aunque llegados a ese punto, tampoco le importaba.

Dejó las cartas sobre la mesa y, se puso de pie siendo plenamente consciente de su cuerpo. Sabía que se estaba mostrando ante él tal y como era, pero por alguna razón aquello resultaba de lo

más natural. Quería que la viera como era. Que fuese más allá de su cuerpo.

Margot notó sus ojos posados sobre ella mientras se acercaba a él. Habría sido demasiado fácil bajar la vista y no levantarla de los pies, pero le clavó la mirada. Saltaban chispas entre ellos, y era consciente de que él también lo sentía.

Philip no se movió cuando se detuvo delante de él. A Margot le dio la impresión de que intentaba descifrar lo que se le estaba pasando por la cabeza. ¿Le daría un casto beso en la coronilla? ¿En la comisura de la boca?

Ella tomó una decisión, pero era como si siempre hubiera sabido lo que tenía pensado hacer. Cuando llegó hasta él, se movía por puro instinto. Su forma de actuar surgía de la necesidad y el deseo.

Se sentó en su regazo con un movimiento elegante y cruzó los tobillos con coqueta timidez mientras giraba el torso para mirarlo frente a frente. Colocó los brazos sobre sus hombros. A esa distancia tan próxima, vio que el verde de sus ojos se había vuelto casi negro. Notaba bajo su trasero redondeado que estaba excitado. El saber que era ella la que había provocado aquella reacción, hizo que miles de mariposas revoloteasen en su estómago y quisiera acercarse aún más a él.

—¿Solo un beso? —susurró ella con voz ronca. Era más una provocación que una pregunta.

Notó que se tensó al oír aquellas palabras y que se obligaba a relajarse. Tenía que controlarse, cosa que le producía un perverso placer.

—Sí —dijo él—. Un beso, y reto cumplido.

Ella asintió al oír sus palabras. Margot acercó los labios a los suyos con una lentitud torturadora. Su sabor era dulce, pero por debajo había cierto toque salado y masculino, algo de lo que sabía que nunca tendría suficiente.

El beso fue dulce, exploratorio. Él la dejó que se tomara su tiempo y le rodeó la cintura con los brazos. Tal vez lo hiciera para mantenerla firme, pero cuando la apretó contra su cuerpo, ella estuvo a punto de retorcerse de deseo.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Reto cumplido —contestó él con formalidad.

Margot se disponía a preguntarle qué es lo que pasaba a continuación, cuando, antes de que pudiera mediar palabra, le enredó los dedos en el pelo con ternura, la sujetó con firmeza y la besó de nuevo.

Su beso había sido suave como una brisa mediterránea. El de él, en cambio, era como un huracán. Rápido, reclamando como suyo todo lo que despertaba a su paso. De sus labios escapó un gemido cuando él introdujo la boca en su lengua con orgullo, reclamándola e incrementando su deseo.

Margot notaba de la firmeza con la que la sujetaba, pero también sabía que ella se aferraba a él con fuerza y le estaba clavando las uñas en los hombros.

—Qué buena estás —gruñó, retirándose un poco. Estaban tan cerca que notaba el aliento en sus labios. Se moría por volver a besarlo, pero él siguió hablando—. Te deseo —continuó—. A estas alturas no es ningún secreto. Pero Margot, no pienso obligarte. No quiero hacerte daño. Dime que es lo que quieres y te lo daré. Solo una cosa... Por favor, no me hagas sufrir. No sé si seré capaz de aguantar mucho más...

Él la miró a los ojos y Margot se dio cuenta de que en su mirada solo había verdad. Quería darle placer. Jamás le haría daño. Ahora era ella la que tenía que hacer frente a su propio deseo, y la única respuesta que salió de sus labios fue un vehemente y exultante sí.

—Sí —susurró ella—, sí, sí, sí...

La única indicación que recibió de que iba a moverse fue el ligero tensar de sus músculos. La levantó en el aire, sujetándola con firmeza por el trasero. Ella se aferró a él, pero en lugar de llevarla al sillón como esperaba, se puso a caminar hacia la pared.

Cuando se dio cuenta, estaba contra la pared y le había rodeado las caderas con las piernas. El deseo de Philip era evidente de una manera inconfundible.

—Llevo horas pensando en esto —susurró él.

Empezó a besarla y se apretó con fuerza contra ella. Margot notaba la pared fría a sus espaldas, pero por delante sentía como si le ardiera cada rincón de su cuerpo que estaba en contacto con el de Philip. Ella le devolvió el beso con un deseo feroz, arrastrando las uñas por su espalda y subiéndolas

de nuevo para enredar los dedos en su pelo. Si él era una fuerza de la naturaleza, ella no lo era menos. Una fuerza que había estado contenida demasiado tiempo.

Margot empezó a moverse contra su cuerpo casi sin darse cuenta; presa de un anhelo cada vez mayor. Había algo primitivo en sus movimientos; algo animal en el deseo que sentían el uno por el otro. Ella se inclinó hacia delante y buscó el lóbulo de su oreja con los dientes. Dudo por unos instantes, pero le dio un mordisco con firmeza. Philip gimió, le clavó los dientes y fue dejando una ristra de mordiscos hasta que ella gimoteó de placer.

—Más —jadeó cuando él se apartó—. ¡Más, por favor! ¡Te necesito!

Philip se retiró lo suficiente para que pudiera ver el deseo en su rostro y la pasión que ella sabía que también se reflejaba en la suya.

—Yo tampoco puedo esperar —reconoció él—. Más tarde, quizás...

Ella pensó que iba a llevarla hasta su habitación, pero tan solo se detuvo el tiempo de ponerla en el suelo. Margot abrió los ojos de par en par cuando vio que simplemente se estaba desabrochando los pantalones para liberar su miembro. Lo que más deseaba era estar tan cerca de él como fuese posible, pero no pudo evitar rodear su erección con la mano.

Sus ágiles movimientos le hicieron gemir de placer y notó que apoyaba la mano en la pared. Percibía todos y cada uno de los estremecimientos que recorrían su cuerpo. Nunca se había sentido con tanto poder. Al principio lo acariciaba con suavidad, pero él puso su mano sobre la suya para enseñarle cómo tenía que hacerlo, cómo acariciarlo para conseguir que de sus labios escapase un gemido ronco.

—Me encanta cuando haces eso —le susurró al oído sin dejar de acariciarlo.

Margot repitió los movimientos varias veces hasta que él le retiró la mano. Habría hecho un puchero, pero la sonrisa que le dedicó era encantadora.

—Como sigas así, voy a olvidar que tú también te mereces disfrutar —murmuró él.

Se disponía a preguntarle a qué se refería, cuando de repente la cogió en brazos y volvió a apoyarla contra la pared. Ahora jadeaba de desesperación. Notaba la punta aterciopelada de su erección deslizándose a lo largo de su sexo; casi dentro, pero no del todo.

—¿Te gusta, cielo? —le susurró—. ¿Te gusta lo que te estoy haciendo?

—Sí, sí —gimió ella—. Más, por favor, más...

Por un momento, se preguntó si iba a negárselo. Si la haría sufrir antes de penetrarla. El corazón se le aceleró solo de pensarlo. De manera impulsiva, se inclinó hacia delante y le acarició el cuello con la nariz y le clavó los dientes en la base del cuello. Él emitió un gruñido a causa del dolor y, justo en aquel instante, la penetró.

La sensación de sentirse tan llena fue alucinante, y no pudo evitar gritar de placer.

—Mira qué tigrecilla acabo de cazar —murmuró Philip cuando entró por completo en ella—.

Ya me ha enseñado los dientes; veamos sin consigo que ruja.

Empezó a moverse dentro y fuera de ella con embestidas lentas, presionándola contra la pared con cada movimiento. Margot jamás habría imaginado que aquella postura le resultaría tan placentera. Notaba cómo la llenaba, cómo su cuerpo le rozaba el sensible clítoris; la sensación de rodearle las caderas con las piernas para mantenerlo tan cerca como fuese posible.

Sintió que el placer ascendía a medida que sus movimientos se volvían más rápidos y la forma en la que su aliento se aceleraba mientras continuaba penetrándola. Ella se aferró a él con más fuerza cuando aquel placer fue aumentando. Esta cerca, muy cerca, pero no estaba segura de que fuese a alcanzar el clímax. No siempre lo hacía. Sin embargo, le bastaba con sentir el de él; disfrutar de su placer.

Margot se dio cuenta de que Philip había llegado a un punto de no retorno. Sus movimientos se volvieron más rápidos; más bruscos. La penetraba una y otra vez y, finalmente, con un último empujón, notó que derramaba su semilla dentro de ella. Ella exhaló un grito al notar la extraordinaria sensación de llenarse de una calidez tan intensa; de estar en los brazos de un hombre que casi temblaba después de haber alcanzado el clímax.

No empezó a relajar su abrazo hasta que él se apartó y la dejó en el suelo. Por un momento, simplemente se quedaron de pie apoyados el uno en el otro. Entonces, ella notó que le colocaba la mano en la barbilla y se la levantaba.

—No te has corrido —murmuró con la voz ronca de placer.

Encogerse de hombros fue extrañamente agotador.

—No siempre lo hago —dijo ella—. Es complicado; además... Philip, ¿qué estás haciendo?

La había llevado hasta la silla y la estaba cogiendo en brazos.

—Nunca abandono mi trabajo hasta que lo he terminado. Nunca dejo un plato de comida hasta que lo he acabado, y nunca considero que una sesión de sexo ha finalizado hasta que los dos hemos terminado. Considéralo una manía, si quieres.

Para su sorpresa, se sentó en la silla y la colocó en su regazo. Esta vez estaba de espaldas a él y con las piernas extendidas sobre las de él. Nunca se había sentido tan expuesta, tan abierta, pero sabía que el placer que había empezado a formarse cuando él había alcanzado el clímax estaba a punto de estallar. Había deseo, pero más que eso, la imperiosa curiosidad de descubrir lo que aquel hombre pretendía hacerle.

—Ahora relájate y échate sobre mí porque, créeme, tigrecilla, de aquí no nos vamos hasta que no hayas terminado ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo ella con un ligero tono de burla. A juzgar por la risa que se le escapó, a él no pareció importarle.

—Muy bien.

Le rodeó la cintura con un brazo para sujetarla y acercó la otra mano hasta su sexo para acariciárselo. Lo tenía algo sensible a causa del esfuerzo previo, pero sus caricias eran delicadas y no tardó en volver a entrar en calor. Margot gimió cuando apartó ligeramente los labios para acariciarle el clítoris, pero no lo detuvo. Por el contrario, se echó sobre su cuerpo y disfrutó de su calidez y cercanía mientras él la acariciaba con íntima maestría.

—Eres una mujer preciosa —le susurró al oído—, no te imaginas cómo me haces sentir. Relájate y déjame darte placer, cielo, porque quiero que te mueras de placer...

Sus palabras se fueron desvaneciendo hasta convertirse en un susurro de cariño y deseo. Sus dedos la acariciaban con delicadeza con una cadencia que le resultaba tan familiar y primitiva como los latidos de su corazón. Notaba que el placer empezaba a formarse en su cuerpo y a extenderse por su cuerpo como si de una llamarada se tratara, propagándose por sus piernas y haciéndose que se

tensaran. Se retorció, intentando apretarse contra su mano, pero al no tener donde agarrarse, no podía hacerlo. Sin embargo, Philip parecía saber exactamente lo que quería, porque presionó con más fuerza.

Fue consciente de que estaba gritando porque notó que se le había secado la garganta. Supo que se estaba tensando por la forma en la que sus piernas se entrelazaron con las de él. El placer fue aumentando y cogiendo velocidad, como si su cuerpo no pudiera contenerlo... hasta que de repente ya no pudo más.

El clímax se extendió como si fuesen fuegos artificiales, con un voraz deseo por él. Todo su cuerpo tembló y se sacudió, consumido por el fuego. Cerró los ojos con fuerza mientras gritaba a causa del orgasmo. Pero él no se detuvo; sus caricias se volvieron más ligeras, pero la presión hizo que el orgasmo se prolongara aún más. Los temblores posteriores al orgasmo la dejaron hecha un manojo de gemidos. Finalmente, se dejó caer sobre él y Philip dejó la mano inmóvil.

—Dios —murmuró ella, apenas consciente de que no era la primera vez que lo había dicho.

Philip se rió por debajo de la nariz y retiró la mano para poder abrazarla.

—Eres increíble —le dijo con suavidad—. He sentido cuando has alcanzado el clímax. Notaba cómo el placer te recorría todo el cuerpo.

Ella rió con suavidad y asintió, apoyada en su hombro.

—Deberíamos levantarnos y limpiarnos —dijo de mala gana—. Yo necesito una ducha, y tu ropa seguramente esté para lavar.

—Qué buena idea...

Hizo el intento de incorporarse, pero él se puso de pie y la llevó en brazos como si no pesara nada.

—¿Ya no necesito volver a caminar? ¿Me vas a llevar de un lado para otro a partir de ahora? Creo que puedo acostumbrarme.

—No —dijo él, bromeando—. El servicio del salón al baño solo está operativo cuando se echa un polvo de infarto.

—Mmm, vale. Suena bien.

El baño situado en la habitación principal era una maravilla del diseño moderno. Cuando los dos se metieron en la ducha con mamparas, el agua cálida cayó sobre ellos como si fuese una lluvia de primavera. Durante un rato, simplemente disfrutaron de la calidez que emanaba de la habitación, pero al rato ella empezó a reírse.

—¿Qué pasa?

—Acabo de darme cuenta de que es la primera vez que te veo desnudo —le dijo entre risas—. No me parece muy justo. Tú me viste completamente desnuda hace una hora.

—A mí sí. No fui yo el que perdió la partida de póker —replicó él.

Ella se disponía a contestarle, pero él cogió agua con las manos y se la echó en la cabeza, provocando que balbuceara.

Justo cuando consiguió recuperar el aliento para quejarse, él la besó de nuevo, y todo lo demás desapareció de su cabeza.

«Esto puede traerme problemas», le advirtió parte de sí misma. Sin embargo, en aquel momento, aquello importaba mucho menos que las chispas de deseo que se estaban formando en su vientre.

Margot se despertó algo desorientada. No estaba en su apartamento en los Estados Unidos ni en la pequeña pero bien equipada habitación en la casa de la playa. Por el contrario, estaba durmiendo en una cama enorme y había un hombre enroscado detrás de ella abrazado a su cintura.

Los recuerdos de la noche anterior le vinieron todos a la vez y no pudo evitar esbozar una sonrisa. Ahora que estaba despierta, era consciente del sutil dolor entre sus piernas y de los mordiscos en el cuello y en los hombros.

Se dio cuenta de lo bien que había dormido y de lo despejada y radiante que se sentía ahora que se había despertado. Había vuelto a hacerlo antes que Philip quien, a juzgar por el ritmo de su respiración, sabía que tardaría un poco más en amanecer.

«Lo suficiente como para que me de tiempo a preparar algo de té...».

Salió de la cama, y se puso su camisa para ir a la cocina. Sonrió al notar su perfume.

Cuando volvía a la habitación con el té y unas tajadas de melón dulce y maduro, cogió el cuaderno de bocetos por un impulso. En la habitación iluminada tenuemente, los primeros rayos de la luz del amanecer se colaban por la ventana brindándole una calidez a la habitación.

Margot dejó la taza de té sobre la mesita de noche antes de volver a subirse a la cama con el cuaderno bajo el brazo. Cuando se sentó con la espalda apoyada en el cabecero, no pudo evitar contener la respiración al ver lo guapo que estaba Philip con aquella luz.

Mientras estaba en la cocina, se había dado la vuelta en la cama y se había destapado. Un trozo de sábana le cubría sus partes íntimas, pero el resto del cuerpo estaba al descubierto. Trazó con la mirada la curva de los músculos de sus caderas, las líneas de sus brazos, y la línea recta de su nariz. Era un hombre increíblemente bello y, cuando quiso darse cuenta, ya tenía el cuaderno abierto en una página en blanco y se había puesto a dibujar.

Se había dedicado a la pintura desde que tenía uso de razón, y creía que sabía lo que significaba la frase *por amor al arte*. Margot siempre había pensado que se refería a hacer algo sin esperar nada a cambio, hecho simplemente por gusto; sin embargo, en aquel momento se dio cuenta de que simplemente significaba que amabas tanto lo que hacías que podrías estar haciéndolo eternamente aunque no recibieras nada a cambio. El lápiz negro se movía con soltura y seguridad sobre la hoja de papel blanco, llenándola con la silueta durmiente de Philip. Cubrió una página tras otra de bocetos, pero no tardó en darse cuenta de que aquello seguía sin ser suficiente.

«Tengo que dibujarlo», pensó. «Así, tal cual está, rodeado de luz y sombras que definen su cuerpo».

Pensó de nuevo en lo atractivo que era, y sonrió. Muy propio de una artista como ella que le gustase tanto un hombre como él. Porque tenía que reconocer que le gustaba mucho. Probablemente no fuese más que atracción. O eso se obligó a pensar. Sin embargo, debajo del placer que había sentido aquella noche y de la dulzura de sus palabras, había otra emoción más intensa, mucho más abrumadora; una emoción a la que era incapaz de ponerle nombre. Aún no. Tal vez nunca.

Estaba concentrada en capturar la curva perfecta de sus caderas, así que no se dio cuenta de que había abierto los ojos. De repente, captó un destello de color verde y su cálida sonrisa, y dejó a un

lado el trabajo.

—He preparado dos tazas de té —comenzó a decir; sin embargo, se dio cuenta de que el té ya se había enfriado—. Bueno, ya hace un rato —comentó sin convicción—. Si quieres, puedo ir a por más.

—Después —dijo Philip, adormilado—. Ahora tengo curiosidad por saber qué haces despierta tan temprano.

—Bueno, como dijiste que podía dibujarte —dijo ella, ligeramente a la defensiva—, he decidido aprovecharme y hacerlo ahora.

Él se espabiló al oír sus palabras y arqueó una ceja.

—¿En serio? ¿Puedo verlo?

Asaltada por una sensación de timidez, le pasó el cuaderno. Siempre se había sentido orgullosa de su trabajo, pero en aquel momento no pudo evitar sentir algo de nervios. Se trataba de un momento importante, aunque no sabía muy bien por qué.

Philip estudió la página con el ceño ligeramente fruncido.

—Cielo, eres una artista increíble, pero no me parezco en nada a este.

Margot parpadeó un par de veces. Se había preparado para oír cualquier cosa cuando lo vio con el ceño fruncido. Pensaba que tal vez se burlaría del dibujo, o que quizás le incomodaría. Miró los bocetos, y sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero ahí no puedes llevarme la contraria —le dijo, esbozando una leve sonrisa—. Eres así; ese es tu aspecto real.

—Me da la impresión de que me ves a través de unas gafas de color de rosa —dijo él, divertido—. Que conste que no me molesta, pero estoy seguro de que no soy tan atractivo.

Ella emitió una suerte de risita e, impulsivamente, acunó su cara con las manos y le acarició la mandíbula. Él pestañeó al sentir sus manos, pero luego la acarició con la nariz.

—Sí que lo eres —dijo ella con orgullo—. Vas a tener que confiar en mi criterio. Entonces, ¿no te molestan los bocetos? Me encantaría utilizarlos para pintar un cuadro. Si no me das tu consentimiento, no lo haré, claro está... pero me encantaría.

Él parecía sorprendido.

—¿Y eso?

—Porque tienes algo... especial —le contestó ella. Por alguna razón, de repente le costaba expresarlo con palabras. Tenía que profundizar en unos sentimientos de cuya existencia era de repente consciente, y no estaba segura de cuál sería su reacción—. Tienes algo que me llama la atención —dijo, por fin—. No es solo que seas atractivo; aunque, evidentemente, eso también influye. Es tu forma de moverte. Cuando te tengo delante, soy incapaz de mirar otra cosa. La forma en la que el sol te ilumina el pelo y los ojos, tus gestos ... Todo hace que me entren ganas de coger el lápiz y ponerme a dibujar. No sé lo que es, pero tienes algo que me gustaría explorar. Me lo debo a mí misma como artista. Si tú me lo permites, claro.

Philip se había quedado sin palabras, pero pareció aceptarlo.

—Si tú lo dices... Confieso que tengo curiosidad por ver el resultado.

Ella sonrió aliviada y se inclinó hacia delante para besarlo. Por unos momentos, se olvidó del arte porque tenía algo más importante en mente.

El beso comenzó lento y dulce, pero cambió en cuestión de segundos. Se volvió más intenso, más apasionado; aunque fue incapaz de adivinar si fue ella o Philip quien lo había cambiado. De repente se hallaba tumbada sobre su pecho y, aunque los separaba una delicada sábana, percibía que se había excitado. Sin pensarlo, se apretó contra él y de los labios de Philip escapó un gemido.

—¿Estoy impidiendo que empieces el día? —le susurró al oído—. ¿Tienes algo importante que hacer y por mi culpa vas a tener que posponerlo?

Él soltó una carcajada.

—No, tigrecilla. Todo lo contrario: me alegro de empezar el día con tan buen pie.

De repente cayó en la cuenta de que aquello no duraría eternamente. Estarían juntos el tiempo equivalente a unas vacaciones. Sin embargo, apartó aquel pensamientos al igual que había hecho antes. Tenía otras cosas más importantes en la cabeza.

Margot pasó la lengua por la delicada piel del cuello de Philip... y le dio un mordisco.

Capítulo Cuatro

A Philip le pareció divertido que, tras sus ejercicios matutinos, Margot hubiese vuelto a quedarse dormida. Tumbada sobre la cama, completamente vulnerable, parecía tan inocente como una niña. Philip sabía que debía levantarse y, al menos, preparar algo de comer para los dos; pero, por el momento, estaba satisfecho con estar tumbado a su lado y observar cómo dormía.

Dormida perdía la vivacidad que le había atraído la primera vez que la vio. Pero en reposo, ponía al descubierto una dulzura que, con los ojos abiertos, solo dejaba entrever. Había cierta sensibilidad en sus facciones, cierta ternura en la curva de sus labios.

Era una artista, pero Philip no podía evitar pensar que ella misma era arte. Recordó haberla observado al alba; cómo el sol de la mañana la había adorado mientras hacía sus estiramientos. Le excitaba, eso era evidente; pero había algo más. Había algo tan hermoso en ella que hacía que le doliese el corazón.

«¿Y si la llevase a la ciudad?».

Fue un pensamiento fugaz, pero no pudo evitar fruncir el ceño. Por mucho que le apeteciera mostrarle sus rincones favoritos, él todavía seguía en el exilio. Maria estaba haciendo todo lo posible por solucionar la situación, pero hasta entonces, tendría que esperar. Consideró desafiar su petición y volver de todas formas, pero entonces Margot se dio la vuelta, aún dormida, y lo buscó entreabriendo ligeramente los ojos. Con un leve risa ahogada, se colocó a su lado. Cuando Margot se aseguró de que estaba cerca, se relajó, y una leve sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Pero qué voy a hacer contigo? —murmuró.

Aquella pregunta nunca antes había necesitado respuesta. Se había encaprichado anteriormente y había ido detrás de actrices y modelos. Había tenido un buen número de aventuras. Sin embargo, a lo largo de su vida nunca había sentido lo que aquella mujer que dormía tan plácidamente en su cama le hacía sentir. Nunca se había despertado en la cama con una mujer tan hermosa y tan centrada en su trabajo, su propio cuerpo, y su propia vida. En aquel momento, había visto algo especial, algo

hermoso.

«Es una persona completa; bella por dentro y por fuera».

Se habría conformado con admirar la belleza de su rostro y de su cuerpo sin más.

Evidentemente, se sentía atraído por ella, pero aquella atracción iba más allá de lo físico. Era algo a lo que no podía ponerle nombre, lo cual le resultaba increíblemente molesto.

Casi como si hubiera percibido su angustia, Margot de repente abrió los ojos. A él volvió a sorprenderle aquel color tan poco común. Un color que, según le diese la luz, le recordaba al de las playas del Báltico o al mejor whiskey.

—Veo que ya has decidido amanecer —dijo ella con solemnidad. Él le sonrió.

—Puedes seguir durmiendo si quieres —dijo él—. ¿Qué tal?

Ella se tocó una leve marca que le había dejado en el brazo. Al parecer, se había entusiasmado un poco con los mordiscos, aunque a ella no pareció importarle.

—Un poco dolorida —contestó ella—. Por lo demás muy bien. Aunque tengo hambre. ¿Tú no?

Él asintió y ella se levantó con una sonrisa en los labios. Philip no estaba seguro de haber conocido a nadie que se despertara con tanto entusiasmo. Si siempre era así de alegre, podría acostumbrarse.

—Vale. Yo preparo el desayuno si tú prometes recoger la cocina.

A él se le escapó una sonrisa.

—¿Qué pasaría si me negase a fregar los platos?

—Que yo me prepararía una tostada y tú tendrías que averiguarte el desayuno.

Margot se encogió de hombros y, vestida con su sencillo y arrugado camisón de algodón, puso rumbo a la cocina. Él se quedó mirándola con cariño antes de seguirla. Le resultaba increíblemente placentero y *divertido* jugar a las casitas con aquella pequeña artista.

Seguro que aquello podría durar un poco más.

Philip la siguió hasta la cocina mientras apartaba sus dudas por el momento.

Mientras Philip fregaba los platos, Margot seguía concentrada en los bocetos que había

dibujado. Tenían cierta tosquedad que le gustaba, pero sabía que desaparecía en cuanto añadiese la pintura. Con un poco de suerte, ese encanto se convertiría en algo más duradero. Esperaba poder capturar el hermoso contraste de luces y sombras, la luminosidad de la piel de Philip, la curva de sus hombros.

—Veo que estás trabajando muy duro en ese dibujo —señaló Philip, asomándose por encima de su hombro.

—Llevo trabajando duro desde que llegué —dijo ella, sonriendo—. Estoy utilizando tu casa como punto de recarga.

—¿Punto de recarga? ¿Se trata de una expresión de artista?

—Es una expresión *made in* Margot —contestó ella—. En los Estados Unidos me sentía agotada. Decidí venir para cargar las pilas. Ser artista es parecido a ser granjero. No se obtiene una buena cosecha a menos que trabajes bien la tierra. Durante un tiempo, la tierra se queda vacía hasta que da el fruto.

—Entiendo. ¿Y cómo llevas la carga de pilas?

—Bien. O eso creo. Envié algunos cuadros a una exposición que tendrá lugar en breve en Mónaco. No los aceptaron, pero tampoco tenía muchas expectativas. Expondrán muchos artistas importantes y sabía que iba a ser difícil que me cogieran. Aun así, intentarlo me hizo sentir bien. Así es la vida del artista: hay que intentarlo una y otra vez hasta conseguirlo.

—Suenas un poco arriesgado —dijo Philip sin mirarla. Miraba el mar y las nubes a través de la puerta de cristales. Margot resistió la tentación de volver a coger el lápiz. La curva de su espalda y la forma en la que su sombra se proyectaba en la habitación hizo que estuviese ansiosa por hacerlo, pero se controló.

—¿Y tú? ¿Nunca has corrido ningún riesgo?

Philip se quedó callado, y Margot temió haber ido demasiado lejos. Quizás aquella pregunta tocaba un tema prohibido para él. O quizás era poco apropiado preguntarle teniendo en cuenta lo que había entre ellos. Se mordió el labio y se armó de valor para decirle que se olvidara de la pregunta; pero entonces empezó a hablar.

—Nunca —admitió—. A lo mejor debería avergonzarme de ello, pero mi vida ha sido siempre bastante segura. Nada me ha amenazado, y siempre he tenido a mi alcance todo lo que he querido. Alguna vez me he jugado algo y, aunque perder habría sido desafortunado, no habría sido devastador. Nunca he sabido lo que es la necesidad y creo que, sin eso, el riesgo resulta un concepto desconocido. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Me niego a creer que tu vida haya sido tan fácil como dices —contestó Margot—. Alguien me dijo una vez que todos tenemos una historia en nuestro pasado que le partiría a cualquiera el corazón, y estoy de acuerdo. No tienes que contármela, pero cuando te pregunté, estoy segura de que se te vino algo a la cabeza.

Él la miró de reojo y esbozó una leve sonrisa.

—Tal vez. Pero permíteme recordarte que soy millonario y que poseo varias propiedades mucho más lujosas que esta. No necesito tu compasión.

Margot negó con la cabeza.

—No es compasión. De hecho, no me cuesta admitir que envidio a la gente con dinero. Sin embargo, de la misma manera que yo me he enfrentado a determinados desafíos en mi vida, también he experimentado inmensas alegrías que dudo que nadie más haya sentido. Mis penas y mis alegrías están tan conectadas, que nunca podría separarlas. Eso no quiere decir que el resto de personas me sean indiferentes ni que se incapaz de mirarte y preguntarme si hay algo que no te hace feliz.

Un sentimiento cruzó momentáneamente el gesto de Philip, pero fue tan fugaz que no sabía si había sido cosa suya. Philip cruzó la habitación y se sentó a su lado. Ella seguía desconcertada, hasta que él le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Eres inteligente y muy amable —dijo, suspirando—. Pero a veces tengo la sensación de que le das demasiadas vueltas a las cosas. ¿Con qué tengo que sobornarte para que me veas con menos seriedad?

Ella soltó una carcajada.

—Si quieres que deje de lado mi alma artística y la auto contemplación, no tienes más que decirlo. En fin. Me siento algo agarrotada y me vendría bien dar un paseo por la playa. ¿Vienes?

—¿Esto es lo que se hace cuando uno está lejos de ninguna parte? —dijo él, poniéndose de pie—. ¿Caminar en la playa, reflexionar sobre nuestras vidas, y fregar los platos?

Margot le sonrió.

—Bueno, hay un anciano en el pueblo que discute con su gato, pero no se lo recomiendo a nadie. El gato juega sucio. Aparte de eso, poco más. Estar aquí me hace reflexionar sobre mí misma y, al mismo tiempo, hace que me abra al mundo. Como mínimo, hará que veas la ciudad con otros ojos.

Él sacudió la cabeza, y la miró divertido.

—Está bien. Vamos a dar un paseo. Me interesa ver si tu punto de vista me abrirá los ojos, o si el mío nublará los tuyos.

Margot le cogió la mano sin pensarlo. Había algo en el gesto en lo que no quería pensar en aquel momento.

—Bueno, ya lo averiguaremos, ¿no te parece?

El paseo fue sorprendentemente tranquilo. Caminaron en un silencio al que en otras circunstancias habrían tardado años en lugar de días en llegar. De vez en cuando, ella señalaba algún ave marina. Otra de las veces, él la apartó para que no pisara una medusa que había llegado hasta la orilla.

Lo que sorprendió a Margot mientras paseaban era la naturalidad con la que se comportaban. Con Pete, por alguna u otra razón, todo había sido como una actuación. Ahora que lo pensaba, se había centrado tanto en ser el tipo de chica con la que él quería salir, que al final nunca pensaba si a ella realmente le caía bien aquella chica.

Sin embargo, estar con Philip era como existir. Se comportaba como ella misma. A su lado, no tenía que adoptar ningún papel. Todo era honesto. Lo cual tenía gracia porque apenas lo conocía.

«Confía en él», se dijo. No había nada que perder. Sabía que para él, aquello eran unas vacaciones y que ella tenía que verlo igual. Se obligó a olvidarse de las preocupaciones que la perseguían. Se concentró en el sol que caía sobre ellos. Escuchó a las gaviotas, sintió la calidez de su mano en la suya, y poco a poco aquel desasosiego fue desapareciendo.

Philip se detuvo por un momento para mirar la línea donde el agua se unía con la arena.

—Mmm.

—¿Qué has encontrado? Si es otra medusa, me toca salvarte.

—Mira.

Philip se puso en cuclillas y cogió una roca oscura que, tras enjuagarla en el mar, resultó ser un trozo redondo de cristal rojo del tamaño de una canica de gran tamaño.

—¡Qué bonito! —exclamó Margot—. ¡Vidrio marino!

—¿Vidrio marino?

—Al mar llegan toda clase de botellas y cristales —le explicó—. A lo largo de los meses, los años, o las décadas, el movimiento del agua y la arena del fondo marino transforma el cristal roto en gemas como esta. Es un vidrio marino de color rojo. No es muy común.

—¿Qué se hace con él? —le preguntó Philip, inspeccionando el cristal en su mano.

—Muchas cosas. Algunas personas los coleccionan, otros los utilizan para hacer joyas. Mucha gente lo devuelve al mar, aunque yo no sé si es muy buena idea; después de todo, no deja de ser basura...

—Toma. Quédatelo.

Ella empezó a protestar, pero él le puso la piedrecita en la palma de la mano, y le cerró los dedos.

—Lo has encontrado tú —protestó Margot.

—Ya, por eso soy yo el que decide qué hacer con él —dijo, sonriendo—. Quiero que te lo quedes. Utilízalo para crear alguna pieza de arte o para hacerte alguna joya. Me encantaría vértelo puesto alguna vez.

Margot pensó que había un extraño eco en sus palabras; como si le estuviera hablando a un futuro en el que volvería a verla. Era raro, pero lo ignoró y se metió la piedra en el bolsillo.

Caminaron durante un rato y, cuando se cansaron, volvieron a la casa. Pasaron el resto del día relajados viendo películas, aunque frecuentemente, sus manos y sus bocas divagaban. Margot nunca sabía cuánto habían visto de la película, pero siempre resultaba menos interesante que la forma en la

que Philip le acariciaba el cuello, el vientre, o los muslos. Ninguna película de acción era tan emocionante como cuando la empujaba sobre el sofá y se ponía encima y descansaba su peso sobre ella mientras la besaba apasionadamente.

Se sentía segura en la playa, pensó mientras caía dormida. Estaban en una especie de burbuja donde nada malo podía sucederles, donde nada podía hacerles daño.

«Es una sensación increíble, pero sé que no durará eternamente...».

Aquello fue lo último que pensó antes de quedarse dormida y, lamentablemente, tenía razón.

Capítulo Cinco

La mañana siguiente, Margot se dio cuenta de dos cosas. La primera fue que se había quedado dormida. Y la segunda, que Philip no estaba a su lado. Justo en ese momento, oyó su voz procedente del salón.

Después de escuchar durante un momento, se sentó en la cama y frunció el ceño. El Philip que hablaba por teléfono no se parecía en nada al hombre con el que había pasado los últimos días. Hablaba con un tono frío y seco, con un punto casi premonitorio.

Margot se mordió el labio, preocupada. ¿Y si le habían dado una mala noticia? ¿Y si estaba enfadado?

Se puso el camisón y caminó hacia el salón descalza. No tenía intención de escuchar a escondidas, pero él estaba en la entrada mirando el mar de espaldas a ella. Enseguida se dio cuenta de que algo andaba mal. La tensión que se había apoderado de sus hombros hacía que hubiese adquirido la postura recta de un soldado. Lo que fuese que estuviera pasando, era muy, pero que muy serio.

—Claro que confío en ti, Maria, pero tienes que entender que esto es demasiado precipitado. Primero quieres que desaparezca de la ciudad, y ahora quieres que vuelva. ¿A cuento de qué?

Se quedó callado, y Margot aprovechó para escuchar atentamente el suave murmullo al otro lado del teléfono.

«¿Maria?, pensó. Al oír el nombre, se le encogió el estómago. «Por favor, por favor, que no esté casado...».

Él sacudió la cabeza, como si la mujer pudiese verlo.

—No. No, lo entiendo. Pero es que tengo cosas pendientes aquí... No, de verdad. No me has enviado al culo del mundo, por el amor de Dios. He conocido... Bueno, tengo cosas aquí que no quiero dejar atrás.

Aquello le dolió más de lo que había pensado. No era alguien a quien había conocido; era una cosa que no quería dejar atrás. Algo era algo.

Philip suspiró y se pasó la mano por el pelo. Había cierta resignación en su lenguaje corporal.

—De acuerdo. No, tienes razón. Sí. Volveré a palacio esta misma noche. Llegaré bien. No, no

hay ningún problema. Por Dios, Maria, no tienes que aparecer siempre para solucionar mis desastres.

Además, ¿quién dice que esta vez ha pasado algo malo? Estás equivocada.

Margot estaba aún más confundida. ¿Palacio? ¿Qué otros desastres había tenido que solucionar la misteriosa Maria?

¿Qué estaba pasando?

Philip soltó un par de enigmáticas respuestas más y colgó el teléfono y contempló el mar.

Margot oyó que maldecía en voz baja.

—Debería decirte que llevo un rato escuchando.

Vio que Philip se encogía y que se volvía para mirarla. De repente pensó que los hombres cuyos secretos habían sido expuestos resultaban peligrosos, pero lo único que había en el rostro de Philip era miedo y culpa.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le preguntó con voz hueca.

Ella se encogió de hombros, incómoda.

—Lo suficiente para tener un montón de preguntas.

—De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

—¿Quién eres?

Margot no supo por qué fue aquella pregunta la que escapó de sus labios, pero en aquel momento, era la que más importaba. Todo lo demás era secundario; necesitaba saber con quién había estado viviendo y a quién había estado amando durante los últimos días. Fue en aquel momento cuando se dio cuenta de que eso era lo que había estado haciendo. El problema es que había estado amando a un desconocido.

Philip se quedó callado durante tanto tiempo que ella se preguntó si le contestaría. Entonces levantó la mirada y vio un gesto de dolor en su rostro. Era como si se hubiese dado cuenta de que aquello haría que todo terminase entre ellos.

—No me apellido Santiago —dijo con pesar—. Es el que aparece en mi pasaporte y en mi

carnet de conducir, pero es solo para asegurarme de que puedo ir a donde quiera sin que todo el mundo esté pendiente de mis movimientos.

—¿Y por qué van a querer estar pendientes de tus movimientos?

—Porque mi nombre real es Philip Andreoli.

En aquel momento el nombre no le dijo nada. Entonces cayó en la cuenta, y aquello la sacudió como un rayo.

—¿Me... me estás diciendo que eres el príncipe de Mónaco? —Margot soltó una carcajada con vacilación—. Estás de broma, ¿verdad?

Sin embargo, en su voz no había rastro de humor cuando siguió hablando:

—No te he mentado —le dijo en voz baja—. Estoy exiliado. La semana pasada salí con unos amigos y como siempre se extendieron ciertos rumores. Para facilitarle las cosas a Maria, mi agente de prensa, accedí desaparecer durante una temporada con la intención de mantenerme a salvo hasta que la prensa se aburriese de la historia y buscase otra víctima.

Margot sentía que todo daba vueltas. ¿A qué se refería con lo de “salir con unos amigos”? ¿Con quién se lo había estado pasando bien? ¿Por qué tenía que desaparecer durante una temporada? De repente, cayó en la cuenta de algo terrible que anuló todas aquellas preguntas.

—Hemos salido sin tener nada de eso en cuenta —dijo ella, entrando en pánico—. ¿Crees que pueden habernos visto?

—¿Ya estás preocupada por los paparazzi? —le preguntó Philip con una leve sonrisa—. No, no te preocupes. Esta casa no tiene una conexión real con mi familia. Somos los dueños de la empresa a la que pertenece la compañía a nombre de la cual está la casa. Nadie me ha seguido hasta aquí, y esto está tan aislado, que nos habríamos dado cuenta si alguien hubiese tomado fotos. Creo que estamos bien escondidos.

—Escondidos... —Ahí radicaba todo, ¿verdad? Se había estado escondiendo; y, aunque lo sabía, hasta ahora no se había dado cuenta. Se estaba escondiendo y en breve la abandonaría en aquel escondrijo—. Con razón no querías decírmelo —dijo sin rastro de emoción y en tono acusatorio—. Con razón evitabas el tema.

Philip parecía molesto.

—¿En qué habrían cambiado las cosas? —le preguntó—. ¿De qué te habría servido saber quién era realmente?

—No. Sé quién eres realmente —dijo ella con dificultad—. Te he acariciado. Te he sentido. Para mí, ese es el que eres. Que seas un príncipe... eso es lo que tú piensas que es lo más importante. Creo... Sé que eso es lo que crees que es más importante que lo que hay entre nosotros.

Se dio cuenta de que aquello lo sacudió como si fuese una corriente eléctrica.

—¿Más importante? Margot, efectivamente, hay algo entre nosotros. Algo muy intenso y que no podemos perder.

Ella sacudió la cabeza con energía.

—¿Y qué es? Una relación en la que desde el principio se han ocultado cosas a propósito. Si lo hubiese sabido, estoy segura de que...

—¿Qué? —exigió Philip—. ¿Qué habrías hecho? ¿Habrías huido de mí? ¿Habrías ignorado lo que los dos queríamos?

—¡No lo sé! —exclamó de repente. El volumen de la exclamación los sorprendió a ambos—. No lo sé. No sé lo que habría hecho. Lo único que sé es que ahora no puedo enfrentarme a esto. No sé cómo va a cambiar las cosas. Es... es demasiado.

Margot se dio la vuelta sin pensar, pero Philip la cogió del brazo y la acercó a él.

—¿Qué quieres decir? ¿Me estás diciendo que nada de lo que ha pasado entre nosotros importa? Solo porque yo...

—¡No lo sé! —exclamó—. ¡No lo sé! Lo único que sé es que las cosas han cambiado y que no te conozco tan bien como creía. Necesito espacio. Necesito tiempo.

—Como quieras —soltó Philip—. Si quieres tiempo y espacio, lo tendrás.

Margot observó con tristeza cómo se marchaba a su habitación lleno de rabia. En cuestión de segundos, recogió algunos objetos personales y volvió a salir.

«Puede permitirse marcharse dejando lo demás atrás», pensó de manera distante. «Después de todo, no le cuesta sustituirlos por otros».

Fue como si el mundo se hubiese doblado por la mitad y se negase a volver a su estado. Era horrible saber tan poco del hombre con el que había establecido una relación tan íntima. Aun así, una parte de ella protestó.

«Sí que lo conoces. Conoces lo más importante. La forma en la que te mira por las mañanas, el tacto de su piel... Nada de eso es mentira».

«Cierto. Pero, ¿con eso basta?».

Para aquello no tenía respuesta.

Philip se detuvo delante de ella con los ojos encendidos.

—¿Y bien? —exigió.

—No sé qué decirte —dijo ella. Aquellas palabras le sonaron vacías y carentes de emoción incluso a ella. No podía ni imaginarse cómo le sonaron a él.

—Muy bien.

Philip pasó delante de ella sin mirarla. Margot intentó decirse que no se podía esperar otra cosa de una aventura en la que se había visto metido sin pensar en las consecuencias. Pero otra parte de sí misma le recordó que aquel era el hombre del que se había enamorado. Sin saber muy bien cómo, acabó en el sofá hecha un ovillo. Hasta ahora nunca había pensado en lo vacía que estaba la casa. En sus paredes resonaba un eco que respondía a otro eco en su interior igual de vacío.

Unas lágrimas cayeron rodando por sus mejillas y ya no pudo parar. Empezó a sollozar como si el corazón se le fuera a romper; unos sollozos que hicieron que se balanceara hacia delante y atrás. La tormenta desapareció rápidamente, pero sabía que el dolor volvería a aparecer antes o temprano.

«¿Qué voy a hacer?», se preguntó Margot.

La respuesta fue la misma de siempre.

«Lo que haces siempre. Ponerte a trabajar».

Como el grito de guerra después de que le rompieran el corazón dejaba mucho que desear, pero no podía rechazarlo. Al fin y al cabo era una artista, y cuando las cosas salían mal, siempre encontraba consuelo en el trabajo que surgía de sus manos.

Cogió el cuaderno de bocetos, pero lo volvió a ponerlo sobre la mesa. Entonces, fue en busca

de los materiales que había apartado para esta ocasión: un lienzo, los pinceles, y las pinturas.

«Allá vamos».

Se puso a trabajar, y sintió como si le hubiesen sustituido la sangre por mercurio. Preparó las pinturas, y la brocha voló sobre el lienzo. No necesitaba comer; no necesitaba dormir; no necesitaba sentir aquella horrible sensación en su interior.

Lo único que tenía que hacer era trabajar. Y así lo hizo.

Philip puso rumbo a Mónaco con la mente nublada por la rabia. Llegó al palacio de terrible humor y le gritó a todo aquel que se atrevía a cruzarse en su camino. Cuando Maria apareció, la fulminó con la mirada.

—¿Sí?

Ella arqueó una ceja.

—He organizado todas tus apariciones para la próxima...

Philip descargó el puño sobre la superficie del escritorio con furia.

—Estoy cansado de que me digas lo que tengo que hacer.

Ella le clavó una mirada fría como el hielo.

—Disculpa, creía que para eso me habías contratado.

—A lo mejor ya me he hartado.

Sabía que Maria era una mujer orgullosa y que si la presionaba un poco más, no dudaría en abandonarlo, cosa que en aquel momento no podía importarle menos. Volvió a provocarla en busca de pelea, pero una vez más, con la calma y la cautela que habían hecho de ella una invaluable agente de prensa, lo observó detenidamente.

—De acuerdo, ¿qué ha pasado? —Philip sintió que parte de la ira se esfumaba y dejaba paso un intenso vacío que era mucho peor. Se dejó caer en la silla, y enterró la cara en las manos—. Si estabas tan desesperado por quedarte un poco más...

—Eso es lo que tendría que haber hecho —dijo de malos modos—. Debería haberte dicho que hubieras esperado veinticuatro horas. Debería haber... hecho muchas cosas. Ahora me doy cuenta.

—Entiendo. ¿Crees que puedes solucionarlo?

Philip se paró a pensarlo. Durante el camino de vuelta a Mónaco había evitado con éxito pensar en los ojos color ámbar de Margot, en la cara que puso cuando le gritó y se rindió.

Cuando se rindió.

Eso era lo que más le dolía. Estaba dolida porque le había mentado, pero también había percibido rabia. No. Lo que más le dolía era que ni siquiera había querido darle una oportunidad a la relación. Había sopesado lo que había entre ellos, y había decidido tirarlo por la borda. Más que dolerle, la idea le quemaba las entrañas.

—Lo dudo.

Maria asintió y la expresión de su rostro se suavizó ligeramente.

—Si no puedes solucionarlo, vas a tener que superarlo. Si te parece, voy a mantenerte ocupado. Si lo único que haces es amargarte, te aseguro que al final acabarás arrepintiéndote.

Se dispuso a protestar, pero se dio cuenta de que tenía razón.

—Ataca, pues, Macduff.

—Dado el contexto de la obra, dudo que sea una buena referencia. Pero sí, una vez más a la brecha. Lo superarás pronto.

Philip esbozó una leve sonrisa al comprobar la eficiencia de Maria, pero cuando se marchó, volvió a sentirse vacío. Ahora que lo veía con perspectiva, se daba cuenta de que había una docena de cosas que podría haber hecho, que debería haber hecho de otra forma.

Pero al final no había hecho ninguna y ahora estaba pagando por ello. Lo último que quería era hacerle daño a Margot, pero era justo lo que había conseguido.

Sacudió la cabeza. Había visto cómo lo miraba y sabía que no había rastro de perdón en su rostro. Cogió el teléfono, donde Maria había añadido algunas de las apariciones que tenía que hacer, y se puso manos a la obra.

Se mantendría ocupado. Trabajaría. Rezaría por que con eso bastase, aunque estaba seguro de que no sería así.

Capítulo Seis

Margot no sabía cuánto tiempo llevaba sonando el teléfono. Cuando salió del aturdimiento, levantó el teléfono y contestó la llamada con la incertidumbre de alguien que había estado despierto durante demasiadas horas.

—¿Sí?

—Hola, ¿Margot McReady?

—Sí...

—Estupendo. Buenos días, señorita McReady, mi nombre es Dominique LeFevre, de la muestra Trouvatine de Mónaco.

—¡Ah! Sí, me acuerdo de usted. —No era una mentirijilla para quedar bien. Dominique LeFevre era uno de los jueces de la muestra Trouvatine y, junto a una educada carta de rechazo, le había enviado una nota dándole ánimos para que no dejase de enviar su trabajo a otras exposiciones. Lo cierto es que era el mejor rechazo que había recibido hasta la fecha.

—¡Estupendo! Iré directa al grano. Se ha caído uno de los artistas de la muestra. Hemos descubierto que sus cuadros los había realizado otra persona, así que lo hemos descalificado. Después de revisar todos los trabajos que hemos recibido, hemos decidido que nos gustaría exponer sus piezas en su lugar. ¿Sigue interesada, señorita McReady?

Margot se quedó inmóvil. Estaba convencida de que no había oído bien a la mujer. Entonces procesó las palabras que estaba oyendo, que fue lo único que pudo hacer para evitar ponerse a gritar de alegría.

—¡Sí! Es decir: ¡sí, sigo interesada! ¿Qué necesita? Creo que tienen mis cuadros...

—Así es. Lo único que necesitamos es una declaración de intereses y objetivos respecto al arte. Después, lo único que necesitamos es que venga la noche de la inauguración, que tendrá lugar el próximo viernes. ¿Le viene bien?

—Por supuesto. —Margot asintió, olvidando que Dominique no podía verla—. Allí estaré. Me

alegra tanto tener la oportunidad de trabajar con usted.

—Y nosotros nos alegramos de poder trabajar con una joven artista tan prometedora como usted —respondió Dominique gentilmente—. Espero verla el día del evento. Si tiene alguna petición especial sobre cómo le gustaría que colocásemos su obra, no dude en llamarme.

Cuando colgó el teléfono, Margot experimento un momento de alegría pura y sin restricciones antes de recordar que Philip se había marchado y le había dejado un vacío en el corazón incapaz de llenar. Por mucho que trabajara, el vacío seguía resonando en su interior. Incluso el éxito de haber conseguido exponer en una galería de arte no había conseguido mucho más aparte de distraerla momentáneamente.

Por un momento, se vio hundida en un agujero negro de desesperación, pero de repente sintió que empezaba formarse una rabia profunda y liberadora en su interior. Él le decía que era una tigresa, y si hay algo que los tigres no hacen es abandonar. No abandonaban y se morían de pena cuando les rompían el corazón. Todo lo contrario: luchaban. Luchaban por conseguir aquello que querían. Hacían planes. Y, desde luego, no lloriqueaban.

Su mente empezó a trabajar como si de una locomotora se tratara, y Margot empezó a hacer una lista con las cosas que necesitaba hacer. La lista era larga, e iba desde asegurarse de que tenía ropa para la inauguración, hasta hablar con el hombre que la había contratado para poder asistir a la exposición.

Pero lo primero era buscar a un compañero para asistir al evento. Había ido a bastantes exposiciones como para saber que atraía a un tipo determinado de joven artista que solía pegarse como una lapa mientras hablaba de su obra sin parar. Tenía un imán especial para atraer a ese tipo de hombre, y teniendo en cuenta su estado de humor en aquellos momentos, se imaginaba que andaría especialmente corta de paciencia.

Margot hizo todo lo posible por evitar pensar en Philip. No tenía sentido pensar en él. Antes, cuando se imaginaba a un miembro de la realeza, imaginaba un concepto extraño y amorfo en su cabeza. Alguien que estaba entre una estrella de cine y un político. Cuando Philip se marchó, ya no tenía sentido pensar así. Philip había desaparecido y tenía que aceptarlo.

Incluso aunque parte de ella gritaba de pánico al saber que lo había perdido, tenía que seguir adelante. Tenía una carrera de la que preocuparse, y tenía que encontrar un acompañante.

Echó un vistazo a su lista de contactos con recelo, pero de repente un nombre sobresalió de la lista. Llamó, consiguió un número, y marcó otro número.

Se sentó en silencio, esperando que descolgaran el teléfono. El hombre que contestó la llamada tenía una voz calmada y amable, de esas que hacían que inmediatamente confiaras en la persona.

—*Allo?*

—Hola. Mi nombre es Margot McReady. Me gustaría hablar con Frederich Thorbjorn, por favor.

—Soy yo...

—Hola, profesor Thorbjorn. Soy amiga de Kate Englington, una de sus estudiantes. Resulta que tengo un problema...

Cuando acabó de explicárselo, Thorbjorn, profesor de la Universidad de Mónaco, le dijo que estaría encantado de acompañarla a la inauguración de la exposición. De hecho, parecía encantado con la idea.

—No estoy del todo seguro de lo que nos encontraremos, pero imagino que será más interesante que otra aburrida y monótona reunión en la facultad.

Dado lo aburridas que podían algunas exposiciones, no estaba segura de poder ofrecerle lo que esperaba, pero le encantó oír aquella voz con un ligero acento. Kate le había comentado que era un hombre divertido y encantador y que podía pasarse toda la noche charlando con él y usarlo como escudo humano cuando los jóvenes artistas empezaran a ponerse pesados.

Cuando terminó de preparar todo lo que necesitaba para la inauguración, se detuvo, algo perdida. Para su sorpresa, el estómago empezó a gruñirle y se dio cuenta de que todavía no había comido nada, así que puso rumbo a la cocina.

En cuanto se puso a freír unos huevos, la asaltaron los recuerdos de haber estado en aquel mismo lugar preparando comida y charlando con Philip. Era raro. Solo habían estado juntos unos cuantos días, pero se sentía como si le hubiesen arrancado una parte mucho más importante de su

vida. No quería ni imaginarse cómo se sentiría si hubiese pasado más tiempo con él.

Aun así, los huevos que había cocinado desprendían un aroma exquisito, así que cruzó los dedos por que aquello fuera una señal de que se estaba sanando. Si era honesta consigo misma, todavía le dolía recordar la última conversación que tuvieron y las cosas que se dijeron. Lo que ella le dijo era verdad, pero ahora daría todo lo que fuera por volver atrás y haberlo hecho con más calma.

—Lo pasado, pasado está —se dijo con dureza—. Hay otras cosas en las que pensar ahora.

Entonces recordó el cuadro en el que había estado trabajando prácticamente toda la semana, y comenzó a reír. Era una risa amarga, pero también había algo sanador en ella.

Se rió tanto, que se le quemó la tostada y tuvo que tirarla. Después de poner dos rebanadas en la tostadora, se sintió un poco mejor.

Había que seguir adelante.

Frederich Thorbjorn resultó ser tal y como como Kate lo había descrito. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años con el pelo plateado y una perilla pequeña y recortada que le otorgaba un aire ligeramente travieso. Era un hombre grande, de aspecto algo intimidante de no ser por sus gafas de montura metálica algo pasadas de moda que le otorgaban un aire amable y distraído. En conjunto daba la impresión de ser un profesor universitario algo despistado, lo cual se ajustaba más o menos a la realidad.

Después de pensárselo varias veces, se puso a rebuscar entre sus bolsas y sacó un vestido que realmente no pintaba nada entre el equipaje para unas vacaciones. Era un vestido largo de color rojo entallado y con un bordado de serpientes a un lado de la cadera. Las serpientes tenían un diseño lo bastante abstracto como para darle un aire de misterio al conjunto. Se apartó el pelo de la cara y se lo recogió en un moño bajo. Cuando se miró en el espejo, se dio cuenta de que no parecía ella, pero tampoco tenía aspecto de que le hubieran roto el corazón, que era lo importante.

La galería Trouvatine estaba iluminada como una tarta de cumpleaños cuando llegaron en el sedán de Frederich. Él le ofreció la mano para que saliera del coche con una elegancia anticuada que

le hizo sonreír. Lo agarró del brazo y esbozó una sonrisa.

—Gracias de nuevo —le dijo—. Le prometo que lo va a pasar bien. Habrá canapés y vino.

A él se le escapó la risa por la nariz.

—Querida, eso ya suena más entretenido que la típica charla con café con colegas de la universidad. Adelante.

Había una docena de artistas exhibiendo su trabajo en la exposición, y Margot se recordó que el que hubiese sido la última en llegar, no quería decir que fuese la peor. Al igual que muchas galerías, la Trouvaine seleccionaba una amplia gama de obras en sus exhibiciones, consciente de que todos los artistas no eran del gusto de todo el mundo. Por lo tanto, en la muestra habría varios estilos, así que Margot echó un vistazo alrededor con curiosidad.

Había una escultora espigada con el pelo rizado que no dejaba de moverse de un lado para otro. Creaba figuras humanas macilentas que se transformaban en animales utilizando piezas de máquinas que recogía de la basura. También había otro artista experto en artesanía textil que había representado la historia del mundo en una línea temporal hecha con lana. Otra mujer estaba profundamente interesada en las características efímeras del hielo esculpido.

Después de un paseo rápido por la sala, Margot descubrió con alivio que su obra no se parecía a la de ningún otro artista. Podía relajarse y empezar a disfrutar de la velada. El fantasma de Philip y lo que había pasado entre ellos seguía persiguiéndola, pero por el momento, podía apartarlo de su mente el tiempo suficiente para pasarlo bien. Entabló una animada conversación con Frederick sobre su proceso de trabajo, las obras que estaba realizando, y las que le gustaría hacer.

Cada vez que tenía tiempo de pararse a pensar, se daba la enhorabuena por tener el aspecto de una artista emocionada por haber realizado su primera exposición importante. Sin embargo, si se detenía demasiado, se arriesgaba a quedarse atrapada en el lodazal del que hacía tan poco que había escapado.

Se relajó, siguió adelante, y se negó a pensar en Philip.

Los días de Philip pasaban tan rápido que apenas tenía tiempo de pararse a pensar. Comprobaba

la agenda y hacía lo que se esperaba de él, yendo de un evento a otro con una determinación fruto de la desesperanza. Le daba la sensación de que si paraba no sería capaz de volver a empezar, así que se obligaba a seguir adelante.

—Si te soy sincera, da un poco de miedo verte así —le dijo Maria una mañana.

Philip la miró arqueando una ceja.

—¿En serio? Creía que estarías encantada de ver que me porto bien.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Es curioso. Sería lo lógico, pero la verdad es que no me siento rara cuando no tengo que solucionar tus líos...

—Vaya, gracias...

—...pero me preocupa lo que eso significa. Llevas muy raro desde que volviste de tu retiro en la playa. Es por la chica de la que me hablaste, ¿verdad?

—Sabía que acabaría arrepintiéndome de haberlo hecho —dijo Philip haciendo una mueca.

Una noche fue a un bar con Maria y, después de tomarse unas copas de whiskey, había terminado hablándole un poco de Margot. Le había dicho que pintaba y le había contado lo que hacía en Mónaco. Creía que había sido relativamente sutil al hablarle de su relación con Margot, pero Maria enseguida se dio cuenta de que había algo entre ellos. Ahora no solo tenía que soportar la desesperación que lo perseguía a todas horas, sino con el hecho de que su agente también lo supiera.

—Sea como fuere, me hablaste de ella. Ya sabes que soy experta en solucionar problemas, así que quiero ayudarte a arreglar esta situación.

Él la fulminó con la mirada.

—No soy un niño, y este problema tengo que solucionarlo yo, si es que es posible hacerlo. No es cosa tuya.

Llegados a ese punto, el rostro de Maria había adquirido un gesto especulativo, como si tras sus ojos estuviera pasando una lista de números y porcentajes. Sabía que lo mejor era andarse con cuidado cuando se ponía así; pero aquella vez, Maria tan solo asintió y lo dejó en paz.

Philip creía que había dejado el tema a un lado, pero sin saber muy bien cómo, había acabado

en el Trouvatiné. Al parecer había una exhibición como otra cualquiera; uno de esos eventos aburridos en los que siempre compraba alguna pieza que no le interesaba lo más mínimo y la acababa donando a algún edificio público de la ciudad.

Philip tenía intención de pasar una noche tranquila, pero la idea se fue a pique en cuanto cogió un folleto de la entrada. Echó un vistazo a la lista de artistas. La mayoría eran conocidos, pero se alegró de comprobar que la Trouvatiné se animaba a incluir algo de sangre fresca dentro del elitista círculo del mundo del arte.

Se disponía a marcharse, cuando de repente un nombre capturó su atención e hizo que se parase en seco. Por unos instantes, creyó que la desesperación había empezado a causarle alucinaciones, pero no tardó en darse cuenta de que no le pasaba nada malo.

Margot McReady.

Si tenía alguna duda, la fotografía las despejó todas. Margot miraba directamente a la cámara con una expresión desafiante. En aquel momento, recordó perfectamente la sensación de acariciarle la mejilla; de recorrerle el cuello a suaves mordiscos.

Por un instante, lo único que quiso hacer fue salir corriendo. Aquello no les haría ningún bien a ninguno de los dos. Entonces cayó en la cuenta. Sabía el impulso que supondría para la carrera de un joven artista tener el apoyo de un mecenas famoso. Qué menos que hacer eso por ella. Se lo debía.

Entró en el vestíbulo y formuló el plan. Compraría una de sus piezas y lo haría público. Aquello le otorgaría reconocimiento dentro de la elitista escena artística de Mónaco, y entonces...

Tal vez te perdone.

Las palabras resonaron en su cabeza como si tuvieran vida propia, pero las deshechó inmediatamente. Ella no le debía nada. Sería un gesto que llevaría a cabo porque le parecía justo.

Entró en la galería, consciente del murmullo que iba levantando a su paso. Había varias personas interesadas en ver que el príncipe de Mónaco había asistido, y entre los asistentes tenía a varios conocidos, por lo que pasó una cantidad considerable de tiempo estrechando manos y saludando a aquellas personas que lo conocían.

Por fin consiguió acercarse a la obra de Margot. Se dio cuenta de que eran cuadros y que no

había ninguno de los bocetos que había visto en su cuaderno de dibujo. Se acercó un poco para examinar uno, e inmediatamente se sintió impresionado por su trabajo.

El cuadro era bastante sencillo. Un paisaje de la playa que enseguida reconoció, pero al que ella le había dado su propia visión. El agua resplandecía a causa de la luz del sol, y en su profundidades distinguió algo enorme y extraño acechando en las oscuridades.

Se dio cuenta de que todos sus cuadros eran así. Ejecutaba los paisajes una habilidad intensa e instintiva, pero en cada uno de ellos había algo oscuro bajo la superficie. Algo que parecía a punto de atacar. Una luz intensa y una oscuridad acechante. Era un concepto que conocía bien, y una parte de él, esa que llevaba días intentando acallar, volvió a echarla de menos.

Estaba decidiendo qué cuadro iba a comprar, cuando percibió un murmullo a sus espaldas. Se giró, y de repente la vio.

Llevaba puesto un vestido rojo que atraía todas las miradas. Era increíblemente ajustado y no pudo evitar admirar cómo se ceñía a sus curvas. Resultaba fascinante verla en su elemento, rodeada de personas que admiraban su trabajo y querían oír hablar de él.

Philip respiró hondo. No sabía si, llegado el momento, sería capaz de hablarle, pero ahora era consciente de que sería de cobardes no intentarlo.

Dio unos pasos en su dirección, pero se quedó paralizado cuando vio que iba del brazo de un caballero de cabello plateado. El cerebro de Philip se negaba a entender lo que estaba pasando hasta que ella se puso de puntillas y le susurró algo al oído. En aquel momento, tuvo que reprimir un ataque de ira.

Dudó unos segundos, dividido entre salir de allí a toda velocidad o acercarse a ellos. Entonces, ella se giró y lo vio. Ya no podía escapar. Margot lo había visto, y la conmoción se había dibujado en su hermoso rostro.

A pesar de las circunstancias, su belleza lo dejó paralizado. La había visto como una joven artista en el contexto informal de la casa de la playa. Ahora, sin embargo, tenía el aspecto de una mujer de mundo; el tipo exacto de mujer que lo cautivaría y por la que iría hasta el final del mundo. De algún modo, las dos mujeres existían dentro de ella, y aquello hizo que el corazón le latiera más

rápido.

Sabía que aún estaba a tiempo. Podía marcharse, realizar la compra por teléfono si seguía interesado, y no volver a verla. Siempre podía hacer eso, pero en cuando lo pensó, se dio cuenta de que nunca habría sido la elección correcta. No para él; no cuando era aquella mujer la que estaba en juego.

Entonces, dio un paso adelante y cruzó la sala para acercarse hasta ella.

Margot tardó unos segundos en reconocer a Philip. Era uno de tantos rostros atractivos en mitad de la multitud, un hombre más en un evento que estaba poblado de hombres atractivos. Sus ojos por poco lo pasaron por alto, pero su corazón lo reconoció enseguida. De repente, sintió como si en la sala hiciese demasiado frío y demasiado calor. Entonces lo miró a los ojos, y todo se iluminó.

Tenía un millón de preguntas en la cabeza, un millón de emociones que luchaban por salir y que no podía controlar.

De repente se dio cuenta de que Frederich la había apretado la mano con suavidad.

—¿Margot? ¿Estás bien? Has palidecido.

—Sí, estoy bien —dijo al segundo intento. Se disponía a decir algo más, pero entonces se dio cuenta con desazón de que Philip estaba caminando hacia ella. Nunca se había sentido así, como si fuese un animal al que iban a dar caza; sin embargo, paradójicamente, aquello fue lo que la salvó.

«No he hecho nada malo», se dijo con firmeza. «¡No tengo por qué tener miedo!».

—Estoy bien —dijo con mayor claridad—. Frederich, permíteme presentarte a un amigo.

Vaciló un poco al decirlo, y vio que la mirada de Philip se oscureció, lo cual hizo que sintiera una punzada de satisfacción.

Frederich se giró para mirar al príncipe con educación y le extendió la mano. Philip se la estrechó cortésmente, pero en ningún momento retiró la mirada de Margot.

—Te presento al príncipe Philip Andreoli —dijo—. Príncipe Philip, este es Frederich Thorbjorn, mi acompañante.

—Encantado de conocerle, príncipe Philip —dijo Frederich, sonriendo—. Parece que hay

varias celebridades por aquí esta noche.

—Sí, pero las estrellas más brillantes están entre los artistas, no los invitados —fue la elegante respuesta de Philip—. Nunca antes había visto todo el grueso de la obra de Margot. Es impresionante. Tengo en mente adquirir un par de ellas.

Frederich sonrió por lo bajo.

—Una sabia inversión, sin duda. Esta joven va a llegar muy lejos. Cuando mi amiga me la presentó, me dijo que iba a acompañar a una estrella en ciernes y, desde luego, no estaba equivocada.

—Vais a hacer que me sonroje —dijo Margot, bajando la vista. Había algo surrealista en la situación; algo que la ponía nerviosa. Aunque no sabía muy bien el qué.

Frederich los miró y, al parecer, se dio cuenta de que pasaba algo.

—Si quiere conocer en profundidad la obra de la señorita McReady, le aconsejo que hable con la artista. Estoy seguro de que un viejo profesor como yo será un estorbo. Si me lo permitís, os dejo charlando un rato.

Margot se dispuso a protestar, pero Philip se le adelantó.

—Es usted muy amable. Los cuadros son preciosos, y lo cierto es que me encantaría que la señorita McReady me dijera cuáles son sus favoritos.

Ante eso, Margot no pudo protestar. Observó con consternación como Frederich desaparecía entre la multitud y se quedaba a solas con Philip, que la observaba como una cobra a su presa.

—Y ahora quedamos dos —murmuró ella.

Si Philip lo oyó, ignoró el comentario. En cambio, le ofreció el brazo.

—¿Vamos? Me gustaría ver algunos de tus cuadros.

Margot quiso protestar. Aquel hombre ya le había hecho demasiado daño. No quería que la cosa fuese a más. Pero el sentido común se impuso. El mundo del arte estaba lleno de escándalos y rumores. Desairar al príncipe de Mónaco en su primera exposición importante desataría una serie de comentarios a los que no le apetecía lo más mínimo enfrentarse.

Se agarró a su brazo y, sin poder evitarlo, lo miró y le sonrió. Aquella sonrisa lo pilló desprevenido. Abrió los ojos de par en par y, cuando habló, su voz sonó menos dura de lo que ella

esperaba.

—Parece simpático —dijo Philip mientras iban caminando—. ¿Hace mucho que lo conoces?

—Es la primera vez que nos vemos —dijo ella—. Es un amigo de una amiga que ha aceptado hacerme un favor.

—Ajá. ¿Y qué favor es ese? —Margot notó cierta tensión recorría su cuerpo y se dio cuenta de lo que estaba insinuando. Aquello la golpeó con la fuerza de un mazazo y se detuvo de golpe para mirarlo a los ojos.

—No puedes estar hablando en serio —gruñó.

Philip no borró la sonrisa de su rostro . Siguió caminando, y a ella no le quedó más remedio que seguirle.

—Vamos, querida —dijo él—. No querrás montar un numerito, ¿verdad?

—Soy americana —le contestó ella entre dientes—. Has de saber que no hay nada que nos guste más que montar un numerito. ¿De verdad piensas que me fui de allí después de que nos... de que nos... y que me busqué un amante?

—Eso es justo lo que parece —dijo Philip con frialdad—. Estoy echando un vistazo por la sala y de repente te veo colgada de su brazo mirándolo embobada y sonriéndole como si fuese el no va más.

—Eres alucinante —siseó ella—. Primero, no lo estaba mirando embobada, y segundo, estaba sonriéndole porque Frederich es una buena persona que me está haciendo un favor. Llevo años asistiendo a eventos de este tipo, ¿y sabes lo que he aprendido? Que nunca debería venir sola porque es probable que algún capullo me arrincone al lado de alguna escultura, me coma la oreja contándome lo mucho que le ha impresionado su último viaje algún país en desarrollo, y luego me tire los tejos diciéndome que hacer el amor es la más exquisita de todas las artes.

Philip la miró estupefacto.

—Eso es... horrible —se atrevió a decir.

Margot lo fulminó con la mirada.

—No tienes ni idea —le soltó ella—. Hay veces en las que esos gilipollas le echan todavía más

morro e intentan ligar conmigo aunque esté con otra persona con la excusa de que quieren comprar un cuadro.

De repente se dio cuenta de que aquello iba por él.

—No era una excusa —le dijo, sacudiendo la cabeza—. Quiero comprar uno de tus cuadros.

Son... son increíbles.

Aún enfadada, Margot lo inspeccionó cuidadosamente, pero no encontró rastro de mentira en su expresión. Solo percibía sincero respeto y curiosidad. Cuando el recelo desapareció de su rostro, le recordó al hombre con el que había estado hacía más de una semana; el hombre que la había conquistado y había hecho que el corazón le latiese a toda velocidad con una simple sonrisa.

—Está bien —dijo ella, aceptando la ofrenda de paz con vacilación—. ¿Cuál te gusta?

—Son todos fascinantes —le dijo él—, pero cuando he visto este, he tenido que pararme. No sé qué tiene, pero lo cierto es que me costó retirar la mirada.

La pieza a la que se refería la había pintado de memoria. Cuando era pequeña, sus padres la llevaban de acampada en invierno y una de las actividades que más le gustaba a su padre era la pesca en el hielo. Recordaba sentirse sumamente pequeña al mirar bajo la gruesa capa de hielo e imaginar lo helada que estaría el agua bajo sus pies. Al principio, el hielo parecía de color blanco, pero al inclinarse para examinarlo detenidamente, comprobaba que en realidad también tenía miles de matices de color azul y verde, con un sedimento oscuro que se asomaba en la superficie y le confería un aspecto de paisaje alienígena. La pieza, más abstracta que las demás, era un estudio sobre el hielo.

—Es lo que recuerdo del hielo que se formaba en un pequeño lago a las afueras de las cataratas Chippewa —dijo ella—. Era muy pequeña, pero sabía que el hielo era lo único que nos separaba de caer en las profundidades del agua helada, cosa que de haberlo hecho, nos habría matado.

—Tiene algo oscuro —reconoció Philip—, pero me gusta. Si sigue disponible, me gustaría quedármelo.

—Vale. Ya me encargo yo. —Le hizo una señal con la mano a una de las asistentes de galería, y esta puso un cartel en una esquina del cuadro para indicar que había sido reservado. Cuando se giró, a Margot le sorprendió comprobar que Philip estaba examinando el cuadro con nostalgia—. ¿En qué

piensas? —le preguntó en voz baja.

—En lo enredados que estamos en aguas oscuras —dijo él con suavidad—. Siento como si estuviera en el agua y tú me mirases a través del hielo, o quizás soy yo el que te mira a ti. Golpeamos el hielo para intentar comunicarnos, pero nada traspasa esa capa tan gruesa, así que tarde o temprano...

—Tarde o temprano, uno de los dos se ahoga —concluyó Margot en voz baja—. Ese no tiene que el desenlace de nuestra historia. Soy una artista; alguien que ve la vida como si fuese una historia. Nosotros decidimos cómo queremos que acabe.

—¿Sí? ¿Y cómo quieres que acabe?

Margot sentía que estaba al borde de un precipicio. Había un enorme abismo frente a ella. Podía retroceder, darse media vuelta, o... lanzarse al vacío. Después de aquello, la cuestión sería si volaría o caería, pero aquello estaba fuera de su control.

—Acompáñame.

Había visto el atrio mientras caminaba con Frederich por la galería. Era extraño, probablemente producto de alguna reforma previa; un espacio pequeño que se encontraba prácticamente a oscuras a causa de una pared a media altura situada a un lado, y una columna al otro. Aun así, ofrecía algo de refugio. Cuando se encontraron frente a frente, Philip la miró con gesto confuso y cauteloso.

—Margot...

Margot decidió que no se fiaba de las palabras que saldrían de sus labios. Ambos demostraron la última vez que discutieron que a ninguno de los dos se les daba bien expresarse con palabras. Sin embargo, había otro tipo de comunicación en la que ambos sobresalían.

Margot atacó como una serpiente; se puso de puntillas, y le rodeó los hombros con los brazos. Lo notaba tenso, pero nada indicaba que iba a rechazarla. Percibió un destello en sus ojos verdes, y lo besó.

Con aquel beso intentó transmitirle todo lo que sentía: lo que lo echaba de menos, lo que lo deseaba, y lo confundida que se encontraba respecto a la relación. Aquello era lo único que podía

hacer, así que puso toda su alma en ello.

Philip vaciló unos instantes antes de abrazarla y sujetarla con firmeza. La alzó, como aquella primera noche en la playa, y la empujó contra la pared de mármol. Margot soltó un gemido que quedó atrapado en los labios expectantes de Philip. Introdujo la lengua en su boca, y despertó ese fuego en su cuerpo que siempre había encontrado con tanta facilidad.

Besarla fue como echar gasolina en una fogata. De repente, fue consciente de que nunca había dejado de desearlo. Aquella necesidad yacía oculta en su interior, y ahora él la reclamaba con una destreza tan íntima que daba miedo.

Margot se aferró a él con fuerza. Lo necesitaba cada vez más. Notó cómo le separaba las piernas con la suya y se frotaba contra ella de manera irresistible.

«No podemos hacer esto aquí», insistió una voz en su cabeza aun cuando la respuesta de su cuerpo era diferente. Dentro de su corazón, sabía que siempre reaccionaría igual cuando estuviera con él.

Philip fue el primero en retirarse. Margot levantó la vista, y un débil gemido escapó de sus labios. La miraba con el aspecto amenazante de un lobo acechando a su presa. Tenía un aire violento y hambriento, casi salvaje. Sin embargo, cuando le retiró un mechón de pelo de la cara, lo hizo con delicadeza.

—Si nos pillasen, las consecuencias serían terribles para ambos, ¿no crees? —susurró—. ¿Te parece que continuemos nuestra... charla en otro sitio?

A pesar del deseo que desprendía su voz, fue capaz de oír la pregunta, y enseguida supo la respuesta:

—Sí. Me encantaría.

—De acuerdo. Yo salgo primero. Quédate un rato por aquí y luego sal a buscarme. Imagino que reconocerás el Bentley sin problemas. Te estaré esperando dentro. —Ella empezó a hablar, pero volvió a cubrirle la boca con la suya. Esta vez, acompañó el beso de un mordisco, y Margot tuvo que contener un gemido gutural—. No me hagas esperar mucho. —Sonó a súplica más que a orden.

A Margot le temblaron las piernas.

Philip desapareció, y ella se quedó pasmada.

Margot respiró hondo, se arregló el vestido, y se recogió el pelo. Sabía que tenía que esperar un poco antes de salir a buscarlo, pero no podía estar sin él. Lo necesitaba como al agua. Tal vez debería preocuparse, pero aquel no era el momento de hacerlo.

Todo brillaba demasiado cuando volvió a la galería. Pasó por delante de las obras expuestas y comprobó con alegría que había vendido otro cuadro. Charló con personas cuyos nombres y caras olvidó al cabo de un rato. Se despidió de Frederich, y se marchó.

Frederich parecía preocupado, pero lo tranquilizó y rechazó su ofrecimiento de acompañarla a casa.

—Tienes toda la noche por delante —le dijo—. No quiero estropeártela.

La brisa nocturna le heló la piel cuando salió a la calle, y se pasó las manos por los brazos para entrar en calor. De repente se sintió extremadamente vulnerable. ¿Y si se había arrepentido? ¿Y si se había marchado sin ella? El miedo empezó a apoderarse de ella, pero se esfumó en cuanto localizó el Bentley aparcado en la calle.

Cruzó la calle con piernas temblorosas y se metió en el interior del coche mientras él sostenía la puerta. En cuanto se sentó, Philip se lanzó sobre ella a devorarle la boca con tanta vehemencia que la levanto del asiento. Fue un beso salvaje y exigente; desesperado. Margot era incapaz de asimilar que la deseaba y la había echado de menos tanto como ella, así que cerró los ojos y se dejó llevar por aquella pasión que los consumía.

Finalmente, Philip se apartó y arrancó el coche.

—Ponte el cinturón —le dijo con seriedad—. Mi ático no queda lejos, pero el camino se me va a hacer largo solo de verte así.

—¿De verme cómo?

La miró de reojo, con un destello divertido en sus ojos oscurecidos por el deseo.

—¿Te has visto? Cuando estábamos en la playa parecías una criatura etérea, un ser de la naturaleza. Ahora te miro y veo a una sirena cuyo canto se vuelve más intenso a medida que me acerco.

Margot se sonrojó, pero no pudo evitar sentir una punzada de orgullo.

—Me paso casi todo el tiempo manchada de pintura —dijo ella mientras se ponía el cinturón—.

Así que de vez en cuando me gusta arreglarme para compensar.

—Menos mal que solo lo haces de vez en cuando. No sé si sería bueno para mi corazón verte así a todas horas.

El ático coronaba uno de los edificios más altos de Mónaco. Si al portero le extrañó ver entrar al príncipe con una desconocida vestida de rojo, no dijo nada. Subieron al ascensor en silencio, aunque Margot tuvo que contener las ganas de abalanzarse sobre él y besarlo sin importarle las consecuencias.

Las puertas del ascensor se abrieron y dejaron al descubierto una sala hundida con amplias cristalerías que ofrecían vistas del cielo de Mónaco. En otras circunstancias, Margot estaría extasiada, pero en cuanto el ascensor cerró las puertas, se lanzó a los brazos de Philip, y se besaron desesperadamente.

—Estás preciosa con este vestido, pero nada me gusta más que verte desnuda —gruñó.

—Quítamelo ya —jadeó ella, apretándose contra él. Se moría por estar con él. Habían estado separados durante tanto tiempo que aguantar más resultaba insoportable. Él intentó ayudarla con el vestido, pero de repente se oyó un rasgido. Margot se excitó aún más y emitió un sonido aprobatorio. Philip terminó de rasgárselo.

Se quedó delante de él en un conjunto de ropa interior de color negro y se los quitó con su ayuda. Margot se acordó de la primera vez que estuvieron juntos, cuando ella se quedó desnuda y él vestido. Esta vez se negaba a que sucediera lo mismo, así que le agarró la chaqueta del esmoquin y tiró de ella.

—Quítate esto —le dijo con la voz cargada de deseo. A él se le escapó la risa por debajo de la nariz y empezó a desnudarse.

Margot pensó por un momento en lo natural que era estar desnuda junto a él, en cómo encajaban. Entonces él la cogió en brazos y puso rumbo a la habitación. A Margot le dio la sensación de que estaba decorada de manera bastante austera. Philip la dejó sobre una cama enorme, y se inclinó

sobre ella.

—Eres preciosa —le dijo, sacudiendo la cabeza—. Pero eso no es lo único que me gusta de ti. Hay... mucho más. Tengo tantas cosas que decirte; hay algo tan especial entre nosotros... No soy un artista. No se me da bien expresarme con palabras. Lo único que soy capaz de decir es que eres preciosa.

Margot esbozó una leve sonrisa y le acarició la cara.

—Tú también —le dijo con suavidad—. Lo supe desde el momento en el que te vi. Eres más que guapo. Eres... como las estrellas que brillan en la noche.

Philip acercó sus labios a los de ella y le dio un beso prolongado. La urgencia seguía estando presente, pero ahora se había transformado en algo diferente. Seguía esperando, acechando bajo cada uno de sus movimientos; pero de momento, disfrutaban del lujo de besarse, de disfrutar de las sensaciones que despertaba el contacto piel con piel.

Él se tumbó a su lado y ella gimoteó cuando comenzó a examinar su cuerpo meticulosamente. Le acarició la cara con la nariz, y depositó una lluvia de besos en sus mejillas, en su cuello y en sus ojos. Evitó los labios, jugando con ella, hasta que ella enredó los dedos en su pelo y tiró con fuerza.

Notó sus manos recorriéndole el cuerpo, apenas rozando sus pechos y sus muslos. Dejaba un rastro de fuego en cada rincón que acariciaba. Ella se retorció bajo sus caricias, pero él no tenía prisa. Tan solo repetía los movimientos una y otra vez hasta dejarla hecha un amasijo de gemidos y deseo. Lo único que podía hacer era rodearle los hombros con los brazos, pidiéndole más sin palabras. Lo besó desesperadamente, pero justo cuando pensaba que le devolvería el beso con más intensidad, se apartó casi con timidez.

—Estás haciéndome sufrir —dijo Margot con la voz algo rasgada.

—Te lo mereces —le dijo Philip. Por la forma en que su voz se quebró, se dio cuenta de que a duras penas podía contenerse. Había un deseo latente; una bestia a punto de ser liberada que se moría por ver.

—Déjate llevar —le dijo con urgencia—. Es lo único que quiero, lo único que necesito. Déjate llevar, por favor. —Sin embargo, seguía dudando hasta el punto de que vio que la miraba con

preocupación—. ¿Qué te pasa?

—Te deseo —le dijo. Había cierta solemnidad en sus palabras—. Te deseo tanto... Es lo único en lo que he podido pensar durante todos estos días. Cuando te he visto con ese vestido del brazo de otro hombre, ha sido como si se desatara algo dentro de mí. No es algo agradable ni amable, pero quiero ser un buen amante. No quiero hacerte daño. No quiero asustarte.

Lo dijo muy serio. Como si de aquellas palabras no fuese a salir nada bueno. La miraba con cautela, como si estuviera convencido de que iba a marcharse o iba a decirle que no quería volver a verlo.

Margot reaccionó con rapidez y le puso las manos en las mejillas. Lo acercó y le dio un beso rápido y reconfortante.

—No he venido hasta aquí para que me entregues solo una parte de ti —le susurró en los labios—. No estoy aquí para que te contengas. Si tienes una bestia dentro, yo también. Si quieres hacerme un poco de daño, soy culpable de lo mismo. Ahora estamos juntos. ¿Quién sabe hasta cuándo? Si esta es la última vez, no quiero volver la vista atrás y arrepentirme de todo lo que deberíamos haber hecho juntos. ¿Me entiendes?

—¿Qué estás diciendo? —dijo con un gruñido.

Ella le sonrió.

—Te deseo. Déjate llevar. Quiero que te entregues por completo.

En aquel momento, se dio cuenta de que se liberó de las cadenas que él mismo se había impuesto. De repente, se tensó todo su cuerpo y se echó sobre ella con la fuerza de una tormenta tropical. La reclamó con sus labios e introdujo la lengua en su boca simulando lo que quería hacerle. Sentir el peso de su cuerpo era un placer adictivo, y aquello fue antes de que separase sus muslos con la rodilla.

—Huelo tu deseo —le dijo al oído con voz ronca—. Sé que me necesitas...

—No hay momento en el que no te necesite —susurró ella—. En el que no te desee...

Se retiró y ella se quejó, pero fue tan solo para colocarle la mano entre las piernas. Notó que le separaba los pliegues de su sexo con hábiles dedos, que lo deslizaba por su abertura hasta llegar al

clítoris, que tanto necesitaba su atención.

—Eres preciosa —le dijo, esta vez sin rastro de veneración. El tono era salvaje y exigente, como el del vencedor de que está extasiado con su premio. Justo un momento después, deslizó un dedo dentro de ella y soltó un sonido gutural de satisfacción al comprobar lo húmeda que estaba. La rudeza de los movimientos le sacó un gemido, hizo que lo deseara aún más, y apartó más las piernas.

—No quiero que te corras así —le gruñó al oído. Su aliento y el calor de su cuerpo hicieron que un escalofrío le recorriera la espalda.

—¿Con qué soñabas todas esas noches que hemos estado separados? —susurró ella—. ¿Qué imaginabas que me hacías cuando estabas solo?

Lo dijo con un ligero tono de burla, pero él tan solo sonrió.

—Voy a enseñártelo, tigrecilla...

La puso bocabajo con un movimiento rápido y ágil. De repente ya no podía verle la cara, se sentía atrapada entre las escurridizas sábanas, y arqueó la espalda excitada. Sentía que siempre había querido sentirse así con él. Necesitaba ser reclamada, y Philip estaba dispuesto a hacerlo.

—Sí, preciosa... —murmuró, recorriéndole la espalda posesivamente con la mano—. ¿Tienes idea de cuántos hombres te estaban mirando esta noche, eh? ¿De cómo ese vestido atraía todas las miradas? —Le apretó las nalgas con fuerza, hasta el punto de resultar casi doloroso; pero aquello hizo que la caricia fuese aún más exquisita. Se estremeció, extasiada por el tono de voz casi cruel que empleó

»Piensa en todos esos hombres a los que les gustaría estar en mi lugar. En todos esos hombres que te deseaban, que te imaginaban así. Ahora, imagínate cómo hace que me sienta.

Margot gimió cuando le apartó las piernas para arrodillarse entre ellas. Se acercó a su cuerpo, buscó un hombro, y le dio un mordisco con firmeza.

»Quiero marcarte —dijo con un gruñido—. Quiero que todos vean que eres mía y que no pueden apartarte de mí...

Ella comenzó a preguntarle cómo iba a hacerlo, pero entonces le levantó las caderas. Con las caderas en alto y las piernas tan abiertas, era consciente de lo expuesta que estaba. Sabía que veía la

carne más íntima y, al pensarlo, soltó un gimoteo.

»Esto me pertenece —dijo, apretándole las nalgas con brusquedad—. Voy a enseñarte lo que significa...

Agarró con firmeza sus caderas y se puso de rodillas detrás de ella. Por un momento, lo único que notó fue la punta de su polla deslizándose por su abertura de manera provocadora. El suave movimiento la excitó aún más, y la hizo gemir de deseo. Notó que cambiaba de postura y, con un solo movimiento de cadera, la penetró.

Margot soltó un grito agudo, pero él no se detuvo hasta que se enterró hasta el fondo de ella. Le clavó los dedos en las caderas con firmeza; no podía escaparse ni aunque quisiera. Se sentía poseída por completo, y sí, cómo él le había dicho, marcada.

—Por favor, dame más —jadeó—. ¡Por favor! ¡Te necesito! ¡Te necesito! ¡Más! ¡Por favor!

A Philip se le escapó la risa por la nariz y dijo con voz ronca:

—Quiero que estalles de placer como yo —le dijo con firmeza—. No pienso dejarte con ganas de más...

Quería preguntarle a qué se refería, pero entonces deslizó una mano entre sus piernas. Notó sus dedos firmes y fuertes masajeándole el clítoris, y se retorció contra su cuerpo.

—Así, muy bien —le dijo—. Voy a follarte hasta que no puedas ni pensar...

Tampoco es que fuese capaz de pensar en aquel momento, pero entonces flexionó los dedos y su cabeza estalló en una tormenta de placer. Él comenzó a moverse y a presionarla con movimientos cada vez más frenéticos. Cuando se dio cuenta, la estaba embistiendo con tanta fuerza, que la habría estrujado contra la cama de no ser porque se estaba agarrando.

Margot notó que el clímax ascendía cada vez más rápido y con más violencia. No podía hacer nada para controlarlo. Se retorció de placer y deseo hasta que no era más que un manojo de sensaciones que pedía más y más a gritos.

—Por favor, por favor, te necesito, te necesito tanto, Philip —jadeó. Entonces él le acarició el clítoris y presionó su cuerpo con tanta fuerza, que estalló de placer. Su cuerpo se tensó; era como si la hubiesen empujado por un precipicio. Se dejó llevar y sintió como si una corriente de electricidad

recorriese todas sus extremidades y la hiciese temblar. Lo único que podía hacer era aferrarse a las sábanas arrugadas que tenía debajo mientras cada parte de su cuerpo ardía en llamas.

El orgasmo sacudió lo más profundo de su ser, y cerró los ojos para entregarse a las sensaciones. Cuando dejó de temblar, notó lo que las embestidas de Philip se volvían más rápidas, más erráticas. Puso ambas manos en sus caderas, y alcanzó el clímax. Ella gimió al notar las sacudidas de su cuerpo al liberarse, y se arrastró hasta un lugar en el que lo único que quería era estar así de feliz y satisfecha para siempre.

Se quedaron así durante varios instantes. Ella a cuatro patas, él encima de ella, todavía dentro.

«Así me siento segura», fue el pensamiento fugaz que cruzó la mente de Margot. «Aquí no hay crueldad, no hay preguntas que no encuentran respuesta».

Pero no podían estar así eternamente. Finalmente, él se retiró, y fue al cuarto de baño para limpiarse. Cuando volvió, la echó sobre la cama en silencio para limpiarla a ella. Sus movimientos eran suaves como la luz del sol. Margot se dejó llevar por el placer del encuentro.

Mientras la acariciaba con ternura, el cansancio se apoderó de su cuerpo. Llevaba días corriendo, y ahora su cuerpo pedía a gritos descansar.

—No quiero dormir —murmuró—. No quiero que esto se acabe.

Philip le sonrió con melancolía.

—Descansa, tigrecilla —le dijo—. Ahora no necesitas hacer más, solo lo que tú quieras.

Lo cierto es que quería muchas cosas. Quería besarlo y abrazarlo. Quería volver a hacer el amor con él, quería cocinar para él de nuevo. Quería volver a estar con él en la casa de la playa, antes de que las cosas se hubiesen complicado tanto. Quería un futuro en el que pudieran estar juntos.

Pero no podía decirle nada de eso. Eras cosas demasiado grandes, demasiado profundas, demasiado *difíciles* después de lo bien que la había hecho sentir.

Por el contrario, se acurrucó bajo las sábanas, y se apretó a él. Así se sentía bien. Tan bien, que no se imaginaba durmiendo de otra manera. Dormir con Philip hacía que se sintiera a salvo.

—Te quiero —susurró, sin saber si lo había dicho en sueños o si se lo había dicho al hombre de verdad.

Satisfecha, se quedó dormida con una sonrisa en los labios.

Philip tardó más en quedarse dormido. Mucho después de que ella lo hiciera, seguía tumbado en la cama mirando el techo. Su cuerpo aún sentía los remanentes del placer, y, aunque era incapaz de prever el futuro, lo que sí sabía es que no quería que aquella fuese la última vez que estaban juntos.

Habría sido más fácil si solo fuese el placer que le proporcionaba su cuerpo lo que necesitaba. Pero había algo más. Había habido otras mujeres durante el breve intervalo de tiempo que habían estado separados. Mujeres que le habían llamado la atención, mujeres que le habían dado a entender de manera bastante inequívoca que era bienvenido en sus camas. Se había sentido tentado, pero al final las había rechazado. Y no porque no fuesen inteligentes o atractivas.

Pero ninguna era Margot. Y él solo la quería a ella.

Sus palabras resonaron en su cabeza. Ella hablaba de amor. Aquello lo descolocó.

No tenía ni idea de lo que podía ofrecerle, pero tenía que decidirlo cuanto antes. Mientras ella dormía, permaneció despierto y le dio vueltas.

Capítulo Siete

Margot se despertó sola en la cama, y de repente supo que algo no iba bien. Se espabiló un poco, y cayó en la cuenta. Estaba sola en la gigantesca cama de Philip. De él, no había rastro.

Caminó descalza y desnuda hacia el cuarto de baño, donde se lavó la cara y encontró un cepillo de dientes nuevo para ella. Había una bata de seda colgada detrás de la puerta. Era tan grande que seguramente fuese de Philip. Se la puso y, por un momento, lo único que hizo fue disfrutar del tacto de la seda en la piel desnuda. Salió del cuarto de baño y se dirigió al salón.

Allí estaba Philip con la ropa que se solía poner en la casa de la playa: unos pantalones sueltos y una camisa de lino desabrochada.

—Buenos días —dijo ella con timidez. No sabía muy bien por qué, pero estar delante de él vestida con su bata la ponía más nerviosa que estar completamente desnuda.

Philip no pareció darse cuenta. Le dedicó una cálida sonrisa, y le tendió la mano.

—Ven aquí. Siéntate a mi lado —le dijo con suavidad—. Tenemos mucho de que hablar.

—Me siento un poco rara —dijo ella, abrazándose a él. Le resultaba lo más natural del mundo apoyar la cabeza en su hombro, ponerle la mano en el corazón y sentir sus latidos.

—¿Y eso?

—No sé... Si no hablamos de nada serio, es como si estuviéramos en un lugar seguro, protegidos del resto del mundo. Un sitio en que solo estamos tú y yo a salvo de todo. Pero si vamos más allá...

—Sí, de eso es de lo que me gustaría hablar contigo —dijo él.

—¿Sí?

—Sí. Me importas mucho, y anoche me dijiste que me amabas. Creo que... podríamos tener una relación muy placentera para ambos. —Lo expresó con tanto desapego, que se le erizó el pelo de la nuca. Notó que el desasosiego iba creciendo, y se apartó un poco.

Él frunció el ceño, pero continuó hablando.

—Soy el príncipe de Mónaco, y como es evidente, todos mis movimientos y los de mi amante serían analizados con lupa. Si vamos a estar juntos, tenemos que ser muy discretos. Puedo pagarte un apartamento en este edificio. También hay un estudio que podrías utilizar para lo que te hiciera falta. Podemos pasarlo bien, y nadie se enteraría de nada.

—¿Por qué? —le preguntó ella bajando la voz—. ¿Por qué es tan importante que nadie se entere?

Philip pestañeó un par de veces y la miró con cautela.

—Anoche lo pasamos muy bien. No tenemos que volver a pasarlo mal si dejamos las cosas claras desde el principio.

Aquellas palabras fueron como un mazazo. Tuvo que cerrar los ojos para evitar ponerse a llorar, gritar, o darle una bofetada. Nada de eso sería buena idea.

—Si lo pasé mal cuando te fuiste, no fue porque echase de menos el sexo —le dijo con sinceridad—. Si para ti eso es lo único que importa, entonces he cometido un error.

—Claro que no es solo sexo —añadió él con cierta vacilación. Margot se encogió de dolor. Pensó en lo que acababa de decirle: «Me importas mucho, y anoche me dijiste que me amabas».

Había sido una estúpida.

—Philip, has hablado muy claro —dijo, poniéndose de pie—. Gracias por la oferta... Lo pasaríamos muy bien, pero... lamentablemente, no puedo aceptarla. Me temo que no estaría a la altura.

—¿Que no estarías a la altura? Lo único que te he *ofrecido*...

—Sé perfectamente lo que me has ofrecido —respondió con crudeza. Philip se calló. La miró fijamente, y ella sintió una punzada de dolor al ver sus hermosos ojos verdes. Sabía que no podía aceptar su propuesta. No podría ser un secreto oculto a los ojos del mundo. Cuando se enamoraba, necesitaba entregarse por completo a su pareja, y ella esperaba lo mismo de él. Algo que, al parecer, no estaba dispuesto a ofrecerle.

—Voy a ducharme —dijo en voz baja—. Me iré cuando me vista.

Hizo acopio de dignidad y salió de la habitación. En parte, a pesar de todo lo que había pasado, esperaba que fuese en busca de ella. Sin embargo, no pasó nada.

Al salir de la ducha encontró un vestido nuevo sobre la cama y un mensaje en su buzón de voz indicándole que había un taxi esperándola en la puerta.

Se vistió con un vacío en el pecho. Todo había terminado. Lo que le esperaba era monótono y gris.

Cuatro días después, Philip seguía obligándose a actuar con normalidad. Sonreía ante las cámaras, concedía entrevistas, y cumplía con sus obligaciones en el parlamento. No había cambiado nada. O al menos, intentaba convencerse de ello.

Cuando estaba muy atareado, casi podía olvidar lo que había pasado; sin embargo, el resto tiempo le asaltaban imágenes y recuerdos de Margot. Le parecía verla entre la multitud. Por las noches tenía la sensación de notar su cuerpo cálido y suave acurrucado junto al suyo. De no ser porque sabía que estaba completamente sano, habría pensado que estaba volviéndose loco.

Cuando un día le gritó a uno de sus asistentes y despidió al hombre con gesto impasible y rojo de ira, Maria fue en busca suya

—Se acabó —le dijo.

Philip se preguntó si se estaba pasando con él. Pensó despedirla, deshacerse de aquella voz de la conciencia que le indicaba cada dos por tres que necesitaba ser una persona decente, pero sacudió la cabeza. Todavía no estaba tan acabado, así que se conformó con fulminarla con la mirada.

—¿Vas a mandarme otra vez de retiro? —le soltó—. ¿Me he convertido en un ser tan depreciable que lo mejor es mantenerme fuera de la vista de los demás?

Maria lo observó con calma.

—Sabes que no es eso lo que voy a decirte. Sin embargo, si sigues así, la gente no tardará en darse cuenta de que algo anda mal. Cógete el fin de semana libre. Vuelve el lunes, y empezaremos de cero.

Philip se puso de pie. Después de todo, tenía razón. Estaba a punto de salir por la puerta, cuando ella lo llamó:

—Ha llegado un paquete a tu nombre. Lo tienes en recepción.

Aquello despertó su curiosidad, así que se dirigió a recepción, donde le entregaron un paquete de gran tamaño. Al verlo frunció el ceño, y se lo llevó a casa. Cuando estuvo solo, cortó el papel marrón con un cuchillo y se topó con un marco de madera que protegía el lienzo.

El corazón empezó a latirle a toda velocidad incluso antes de ver el cuadro. Arrancó el marco y el relleno con manos temblorosas, le dio la vuelta y... se vio a sí mismo.

De repente, recordó aquella mañana en la que, al abrir los ojos, vio a la mujer que le había robado el corazón inclinada sobre un cuaderno de dibujo, concentrada en retratar cada parte de él. No le había dado importancia, pensando que se trataba de un capricho de artista, pero ahora veía cómo su talento había salido a la superficie. Margot era como una tempestad, y el retrato que le había hecho lo había calado hasta los huesos. Había capturado su lado más vulnerable, viendo cada parte de él con ojos claros y precisos. Era como si lo hubiesen abierto en canal; algo que lo habría destrozado de no ser porque amaba tanto a la artista.

Porque amaba tanto a la artista...

Aquellas palabras resonaron en su cabeza y en su corazón. Sabía que eran ciertas. Había sido demasiado cobarde para reconocerlo; le preocupaba demasiado lo que la prensa podría decir; los problemas que traería a su vida. Aquello lo enfureció. Por culpa del miedo, había dejado escapar a la mujer que le había conquistado el corazón por completo.

De repente se dio cuenta de que había una nota en el marco. Le daba hasta miedo cogerla. Al abrirla, vio que no eran más que unas líneas.

He terminado el cuadro y no sé qué hacer con él. Me recuerda demasiado a ti, y no puedo ni quedármelo ni venderlo sin sentir que te he traicionado. Quiero que te lo quedes tú y, tal vez en el futuro, me recuerdes con cariño.

Había tantas palabras no dichas detrás de aquellas líneas; tanto dolor contenido en aquellos espacios en blanco.

Philip se sintió momentáneamente cegado por el dolor, pero entonces apartó el cuadro y echó mano a las llaves del coche.

Fue el mismo impulso que lo llevó a participar en la carrera. Que le aseguraba que tenía que

montarse en el coche. Se negaba a aquel fuese el final de la historia, así que lo cambiaría.

«Por favor, Margot, no te olvides de mí, por favor...».

El aeropuerto estaba abarrotado. Margot se encontraba en el centro, en mitad de todo el jaleo, y se sentía como el ojo del huracán. Estaba en una calma absoluta, tal y como se había sentido desde que se marchó del ático de Philip. Había vuelto a la casa de la playa para recoger sus cosas, y se había puesto en contacto con las personas que la habían contratado para ofrecerles sus disculpas y renunciar a su puesto de trabajo.

Ahora se disponía a coger un avión para volver a los Estados Unidos. No sabía que le esperaba allí, pero rezaba por que no fuese el vacío que sentía en aquellos momentos.

Margot se dio cuenta poco a poco de que se había formado un alboroto en la terminal. Por la multitud se extendió un murmullo suave como una brisa. Ella estaba como ausente, ajena a todo, hasta que de repente se dio cuenta de que había un hombre delante de ella.

—¡Philip!

Philip se arrodilló delante de ella. Levantó un brazo para acariciarle la mejilla con vacilación, como temiendo que lo rechazara.

—Te necesito —le dijo—. Te necesito y me da igual que se entere todo el mundo. Te quiero tanto, Margot. Por favor, no me abandones.

Margot era consciente de las miradas y de los flashes de las cámaras, que harían que aquel momento quedase grabado en la conciencia colectiva para siempre. Lo miró, y tomó su mano entre las suyas.

—¿Tienes idea de lo que estás haciendo? —le preguntó—. ¿Entiendes lo que está pasando?

—Por supuesto —contestó él en voz baja—. Y volvería a hacerlo una y mil veces con tal de mantenerte a mi lado. Margot, ¿te quieres casar conmigo?

Margot sintió un torbellino de emociones en su interior: amor, ganas de reír, y la felicidad más intensa que jamás había conocido.

—Sí —dijo ella, y volvió a repetirlo en voz alta hasta que todo el aeropuerto estalló en vítores

y gritos.

Philip la estrujó entre sus brazos, y ella supo allí y en ese momento, que amaría a aquel hombre durante el resto de su vida.

¡FIN!

[¡HAZ CLIC AQUÍ](#)

**para suscribirte a nuestra lista de correo y recibir actualizaciones
EXCLUSIVAS con ofertas, adelantos y nuevas publicaciones!**